



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NUEVO CONCEPTO
DEL
DICCIONARIO DE LA LENGUA

DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. JULIO CASARES Y SANCHEZ

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 8 DE MAYO DE 1921



MADRID
G. KOEHLER. - PACÍFICO, 35
1921

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NUEVO CONCEPTO
DEL
DICCIONARIO DE LA LENGUA

DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. JULIO CASARES Y SÁNCHEZ

Y CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 8 DE MAYO DE 1921



MADRID
G. KOEHLER. - PACÍFICO, 35
1921

DISCURSO

DE

D. JULIO CASARES Y SÁNCHEZ

PLAN DEL DISCURSO

TEMA: - Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua

I

Concepto usual de «diccionario».—Necesidad de ampliarlo.—La catalogación de las palabras subordinada a la invención y progresos de la escritura.—1.ª fase: Pictogramas, símbolos e ideogramas.—El diccionario correspondiente a esta fase es el ideológico.—2.ª fase: Signos compuestos.—Criterio gráfico de catalogación: Diccionarios por claves.—3.ª fase: Fonogramas, silabarios y alfabetos.—Criterio fonético: diccionarios de la rima.—Criterio gráfico-fonético: diccionarios alfabéticos.—Modos de catalogación posibles en el estado actual de la escritura: por ideas, por raíces, por claves, por sonidos, por orden alfabético.—El orden alfabético es un arbitrio ingenioso, pero no es un criterio racional.

II

El Diccionario y la psicología del lenguaje.—La palabra como complejo psicofísico.—Representación esquemática del doble nexo: concepto→palabra y palabra→concepto (C→P, P→C).—Distinción entre el léxico activo y el léxico latente.—Determinación experimental de la relación $\frac{C \to P}{P \to C}$*.—Tiempo de denominación y tiempo de comprensión.—El mecanismo de la memoria y la función del lenguaje.—La ley del ejercicio funcional.—La asociación retrógrada.—Interpretación de los experimentos.—Conclusiones que se deducen para la lexicografía.—La clasificación del vocabulario.*

III

Ensayos de catalogación del léxico.—En la antigüedad.—En la época moderna. —Examen y comparación de los sistemas de Roget y Boissière.—Métodos de clasificación según la lógica.—Algunas normas para la catalogación ideológica del vocabulario.

IV

Utilidad científica y ventajas prácticas de la clasificación del vocabulario.—La Real Academia y el diccionario analógico.—Insuficiencia de los diccionarios alfabéticos.—El vocabulario alfabético no logrará su máxima eficacia hasta que se convierta en complemento del futuro diccionario metódico.—Conclusión.

Mucho lamento, señores Académicos, que, así como hay en el ceremonial de la Corte días de gala sin recepción, no haya en los Estatutos de esta Real Academia días de recepción sin gala, para el caso, por dicha vuestra insólito, pero posible, como véis, de que alguien se os entre por las puertas, no abriéndolas con la llave de oro de los propios merecimientos, sino a favor de un resquicio indulgente que le brindó vuestra hidalga benevolencia. Así me sería lícito rehuir esta fiesta solemne, que, destinada a ser coronación excelsa de grandes hechos y de nombres gloriosos, se muda en trance amargo para quien, cual yo ahora, ha de comparecer públicamente ante vosotros con las manos vacías. Porque, para prueba de humillación, ya es para mí bastante la de sentirme mentalmente comparado con los claros varones de quienes voy a heredar la honrosa medalla.

Fué el último de ellos, en el tiempo, no en el valer, el excelentísimo Sr. D. Augusto González Besada. Político eminente, siempre dispuesto al sacrificio patriótico, orador profundo y diserto, dechado de energía persuasiva y de comprensión deferente, prez del foro español e ilustración y gloria del Parlamento, supo alternar el estudio constante de los problemas sociales y económicos con los graves cuidados de la gobernación, y todavía logró dejarnos muestra

gallarda, en su breve labor literaria, de lo copioso de sus lecturas, de la finura de su ingenio y de su delicada sensibilidad. Ante vosotros, que, además de apreciar mejor que nadie la obra total del insigne tribuno, tuvisteis la suerte de conocer al hombre laborioso y modesto y al amigo bondadoso y leal, la respetuosa evocación de su memoria es el único panegírico discreto que puede salir de mis labios.

Entraré, pues, derechamente en el tema de este discurso, ya que me urge aprovechar el exiguo crédito de atención que me atrevo a solicitar de vuestra cortesía.

I

Voy a hablaros del diccionario por ideas, base a mi juicio de los futuros diccionarios de la lengua; y por si os pareciere harto ambicioso el enunciado, adelantaré la advertencia de que no patrocino innovaciones, sino más bien la vuelta atrás, el retroceso de la lexicografía hacia los tiempos de su primera infancia.

Concepto usual del diccionario

Lo primero que se echa de ver al encararse con el concepto usual de «*diccionario*», es la necesidad de restituirle toda su legítima amplitud, libertándolo de cierta restricción rutinaria que lo desnaturaliza y empequeñece. DICCIONARIO, ha dicho esta Real Academia recogiendo con puntual fidelidad la noción generalmente admitida, es el «libro en que, por orden alfabético, se contienen y definen o explican todas las dicciones de uno o más idiomas, o las de una ciencia, facultad o materia determinada».

La definición conviene exactamente a todos los repertorios de voces que solemos tener a nuestro alcance, y con esto queda hecha su mejor defensa; pero, en cuanto tomemos un punto de vista algo más elevado, advertiremos que si la compilación de vocablos ha de disponerse precisamente «por orden alfabético» para merecer el nombre de diccionario, habrán de carecer de éste por siempre jamás todas las lenguas privadas de alfabeto. Y esta conclusión, que desde luego suena a cosa absurda, es también históricamente falsa. Justamente la lengua que en fecha más remota y con más relativa perfección ha logrado inventariar su caudal léxico, la lengua china, posee un sistema de escritura basado en la representación ideográfica dentro de la cual no se concibe nuestro criterio de catalogación por

abecé. A pesar de esto ¿quién negará la condición de diccionario a copioso repertorio de voces chinas publicado por Hsü Shen hacia el siglo primero de nuestra era? Y, viniendo a los tiempos modernos, ¿qué otro nombre sino el de diccionario se habrá de dar y se da universalmente a la monumental obra patrocinada por el emperador K'ang Hsi, en la cual se registran y definen más de 44.000 caracteres?

Necesidad de ampliarlo.

Conviene, pues, reformar la definición corriente a fin de que pueda caber en ella todo repertorio de voces sistemáticamente ordenadas, sean cualesquiera los procedimientos seguidos para la catalogación.

La catalogación de las palabras subordinada a la invención y progresos de la escritura.

Veamos ahora cuales fueron esos procedimientos, desde el instante en que la maravillosa invención de los signos visibles permitió fijar de alguna manera las palabras, haciendo así posible su conservación y ordenamiento, y como los ulteriores progresos de la lexicografía hubieron de subordinarse estrechamente a la evolución y adelanto de la escritura.

Primera fase: Pictogramas, símbolos e ideogramas.

Hoy se tiene por cosa averiguada que todas las escrituras de que se ha servido y se sirve la humanidad civilizada fueron pictográficas en su origen. La primera invención de todos los pueblos para representar, por ejemplo, la palabra «*sol*», consistió en pintar o grabar una imagen más o menos aproximada de dicho astro: imagen que en los más antiguos monumentos de la China y de Egipto está figurada por un círculo con un punto en el centro. Como era de esperar, los signos así obtenidos, que suelen recibir el nombre de caracteres figurativos o «pictogramas», ofrecen una curiosa semejanza (1) en los tres más antiguos tipos de escritura que se conocen: la jeroglífica, la cuneiforme y la china (2). En todas ellas el signo de

---

(1) Esta semejanza sólo se observa comparando entre sí los monumentos más arcaicos de los distintos sistemas, pues, con el tiempo y a consecuencia principalmente de la distinta técnica empleada en cada uno de ellos, los signos evolucionaron de tal modo que apenas es posible imaginar su primitivo parentesco.

(2) Para no complicar nuestra demostración prescindimos deliberadamente de los jeroglíficos mejicanos y de la escritura calculiforme de los Mayas del Yucatán.

«*agua*» se formó trazando dos o tres líneas paralelas levemente onduladas o quebradas; la palabra «*montaña*» se escribió figurando abreviadamente el perfil de una cordillera; la voz «*pescado*» se representó mediante el diseño de un pez, y así sucesivamente (fig. 1.ª).

Inmediatamente después de la mera reproducción pictórica, inadecuada por su naturaleza para la representación de la mayor parte de las cosas e inaplicable en absoluto a la expresión de conceptos inmateriales, hubo de surgir el procedimiento simbólico, mediante el cual la copia del objeto se empleó para figurar, no ya el objeto mismo, sino sus partes, propiedades, usos, etc., o bien para evocar,

	Sol	*Agua*	*Monte*	*Pez*
Escritura jeroglífica				
» cuneiforme				
» china arcaica				
» » moderna	日	水	山	魚

Fig. 1.ª
Caracteres figurativos o «pictogramas».

a manera de metáfora, alguna otra cosa o idea parecida o conexa. Así, el carácter chino correspondiente a «*flecha*» adquirió la acepción traslaticia de «*recto*», «*justo*»; la imagen de las «*piernas*» de un hombre tomó el valor de «*andar*» en los jeroglíficos egipcios, y el signo de la «*estrella*» pasó a significar en la escritura cuneiforme, primeramente «*cielo*» y luego «*dios*». (Véase la fig. 2.ª).

A pesar de tan ingeniosos descubrimientos, que llenarían de legítimo orgullo a nuestros antepasados, quedaba aún mucho camino por andar, sobre todo en punto a la representación escrita de las

ideas abstractas; entonces se imaginó combinar entre sí los elementos figurativos ya inventados y así nacieron los nuevos caracteres llamados «ideogramas» o «compuestos sugestivos», que enriquecieron considerablemente el sistema de expresión gráfica. En las inscripciones jeroglíficas, una «*estrella*» debajo de la «*luna*» sirvió para representar la «*noche*»; en la escritura cuneiforme el signo del «*agua*»

		Significado recto	Significado metafórico
Escritura jeroglífica		«*piernas*»	«*andar*»
» cuneiforme		«*estrella*»	«*cielo, dios*»
» china	矢	«*flecha*»	«*recto, justo*»

Fig. 2.ª
Caracteres simbólicos

colocado dentro del de la «*boca*» dió origen al carácter compuesto que significa «*beber*»; y yuxtapuestos los caracteres chinos del «*agua*» y del «*ojo*» produjeron el ideograma correspondiente a «*llorar*» (fig. 3.ª).

Catalogación ideológica

Claro es que mientras las lenguas estuvieron atenidas a la escritura preferentemente (1) figurativa e ideográfica, todo conato de

(1) Decimos «preferentemente» porque, aunque no sea lícito dudar del proceso evolutivo *pictograma > símbolo > ideograma > fonograna*, admitido y puntualizado ya por los filólogos chinos antes de la era cristiana y demostrado históricamente, en cuanto a Egipto, por los descubrimientos de los últimos veinte años (Alexandre Moret, *L'écriture hiéroglyphique en Égypte*, SCIENTIA, volumen XXV, 1919), no es menos cierto que hasta en los más arcaicos monumentos de cualquiera de las tres grandes ramas pictográficas de Oriente, se descubre la existencia de verdaderos sistemas de escritura en plena madurez, en los cuales aparecen ya utilizados, siquiera sea en distinta proporción según la época, todos los procedimientos de expresión gráfica de que hemos hecho mención sucinta, juntamente con los fonogramas, de que hablaremos luego, y con otros signos propiamente fonéticos equivalentes a sílabas y aun a letras.

repertorio o catalogación de voces había de ser necesariamente ideológico. Las imágenes esquemáticas de las cosas, meros diseños simplificados, sin ningún elemento común, gráfico ni fonético, no podían ofrecer por sí mismas diferencias o afinidades en que basar un criterio de ordenación; sólo cabía considerar los signos como reproducción o copia de lo significado y agruparlos entonces suponiendo

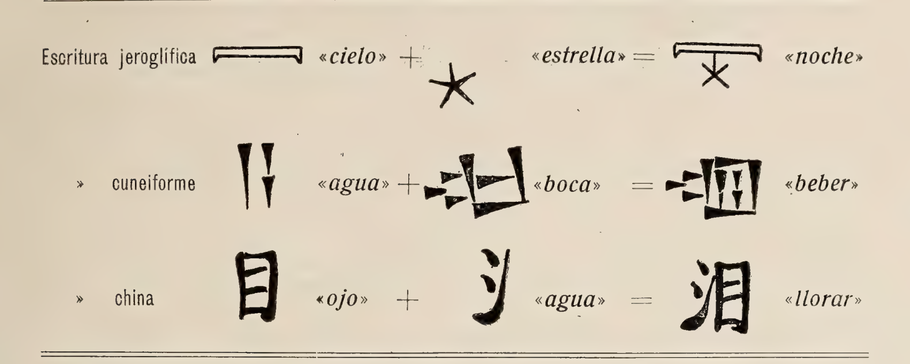


Fig. 3.ª
Ideogramas

entre ellos las mismas relaciones que la inteligencia suele advertir entre las cosas o ideas representadas. De manera que, aun siendo, por ejemplo, absolutamente irreducibles entre sí los símbolos de «*agua*» y de «*lluvia*», la asociación natural, que en nuestra mente liga ambos conceptos, aproximaría también sus respectivos símbolos y los haría ir a parar en un mismo apartado del diccionario primitivo.

Ahora bien: ¿existió realmente tal diccionario? De los acadios, sumerios y demás pueblos cultivadores de la primitiva escritura cuneiforme, nada nos consta a este respecto. Tampoco se tiene noticia de que los egipcios intentasen inventariar sus caracteres (1). En cuanto a los chinos, cuentan con un antiquísimo diccionario por mate-

(1) Como indicio curioso del sistema que habrían tenido que adoptar, puede citarse el *Catálogo de signos jeroglíficos de la Imprenta Nacional de Francia*, en el que se ha seguido, para la distribución de los tipos, el único cri-

rias, el *Eul-Ya,* que, si hemos de dar crédito al testimonio conteste y tradicional de los letrados indígenas, es obra nada menos que del príncipe Chen-Kong, que vivió en el siglo XI antes de Jesucristo; lo cual vendría a probar que, al proponer yo ahora la ordenación ideológica del vocabulario, os presento una novedad de hace más de 3.000 años.

Segunda fase: signos compuestos

Pero, a contar desde la invención de los caracteres compuestos (1), que habían de significar un paso gigantesco en el progreso de

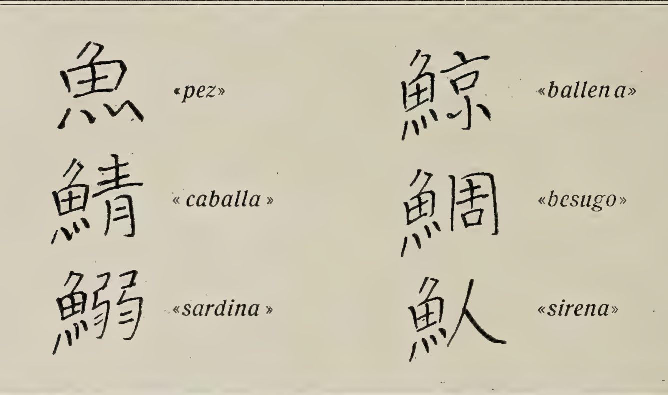


Fig. 4.ª

la escritura, apareció en China la posibilidad de una clasificación gráfica del léxico, basada en los caracteres como tales, es decir, en el trazado mismo de la palabra escrita. Tomemos, por ejemplo, el pictograma de «*pez*», que ya nos es conocido. Bastó añadirle el símbolo de «*debilidad*» para que significase «*sardina*»; unido al signo de «*verde*» pasó a designar cierta variedad de «*caballa*» que tiene el

---

terio posible: el de la clasificación por materias. Dicho catálogo, que comprende 2.743 caracteres de imprenta, está dividido como sigue: Capítulo I. Partes del mundo. Cielo, astros, tierra. Cap. II. El hombre: hombres y dioses, mujeres y diosas, partes del cuerpo humano. Cap. III. Los animales: mamíferos, pájaros, saurios, batracios, peces, insectos, reptiles. Cap. IV. Los vegetales: árboles y plantas, hojas, flores y frutos. Cap. V. Construcciones..... Y así hasta 20 capítulos.

(1) Se incluyen en esta denominación los ideogramas que ya hemos mencionado y los fonogramas de que hablaremos más adelante.

dorso de ese color; combinado con el carácter de «*capital*» (principal) se empleó para representar la «*ballena*», y así sucesivamente fué sirviendo de base a todos los signos compuestos correspondien-

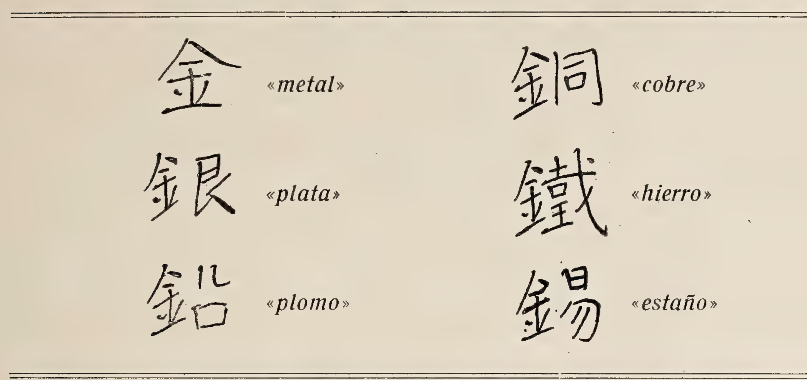


Fig. 5.ª

tes a los habitantes del mar, sin excluir a las «*sirenas*», cuya expresión gráfica fué, naturalmente, el pictograma de «*pez*» combinado con el de «*persona*» (fig. 4.ª).

De igual manera el signo de «*metal*», que también designa el

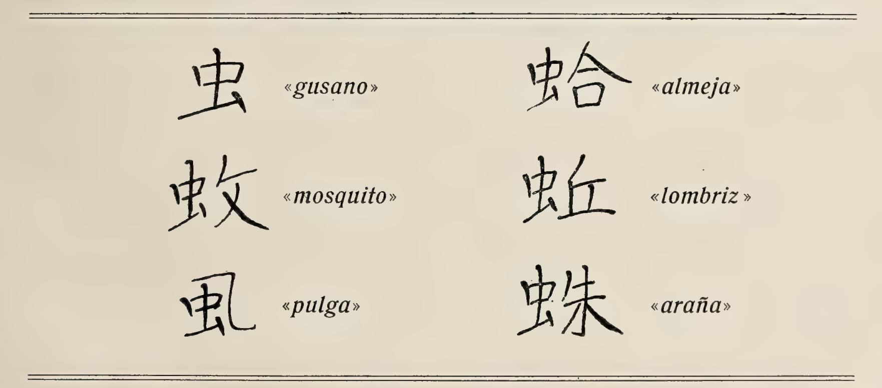


Fig. 6.ª

metal por excelencia, el «*oro*», entró como elemento fundamental en la representación escrita de los diferentes metales (fig. 5.ª).

El carácter «*gusano*» formó parte integrante de los principales nombres de insectos y de otros animales parecidos (fig. 6.ª).

El signo de «*pájaro*» sirvió para componer los caracteres de las distintas clases de aves (fig. 7.ª).

También los carácteres que expresan afectos, pasiones, estados de ánimo, etc., tienen, en general, un componente común que suele ser el símbolo del corazón. Así, «corazón» y «otoño» significan «*tristeza*»; «corazón» y «romper», «*encolerizarse*»; «corazón» y «disolver», «*pereza*».

Claro es que, a tantos siglos de distancia de la época en que se inventaron estos caracteres, y a través del abismo que separa la

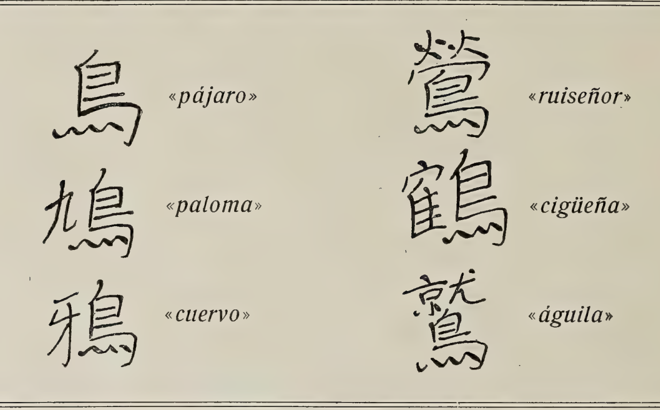


Fig. 7.ª

ideología oriental de la nuestra, no siempre nos es dado reconstituir el proceso mental que presidió a la formación de los signos compuestos. La combinación de los símbolos de «palabra» y de «lamer» para representar la «*adulación*», nos parece, sin duda, una feliz ocurrencia no exenta de malicia; expresar la idea de «*bondad*» y de «*amor*» uniendo los signos de «mujer» y de «niño», es también una manera de sugestión que a todos se nos alcanza; y hasta la encarnación de los conceptos de «*bienestar*» y «*paz*» en la imagen de una «mujer» bajo «techado» nos resulta asequible, aunque tal vez no sea admitida sin reservas en algunos hogares occidentales. En cambio, el signo de «gusano», de que antes hemos hecho mención, nos ofrece algunos tipos de compuestos desconcertantes. Agrupado con el carácter de «cerrar» se aplica a la «*almeja*», y unido al de «fidelidad», «perseverancia», designa a la «*hormiga*». Hasta aquí

nos podemos entender; donde cesaría toda comprensión, si las leyendas y tradiciones vernáculas no viniesen en nuestra ayuda, sería en casos como los siguientes: «comer» más «insecto» igual a... «*eclipse*». «Insecto» más «arte» igual a... «*¡arco iris!*» (1).

Pero lo interesante para nuestro propósito no es perseguir la etimología de los caracteres, ocasionada a grandes despropósitos (ni más ni menos que en occidente), sino observar que, desde el momento en que un signo simple podía, a manera de radical, dar origen a una copiosa serie de compuestos, el principio de clasificación de las palabras por medio de la escritura estaba asegurado: bastaba dar un orden conveniente a los signos considerados como primitivos y agrupar tras de cada uno de ellos sus respectivos derivados. De esta manera logró formar Hsü Shen su ya citado diccionario *Shuo Wen*, en el cual se registran y ordenan los caracteres tomando como base 540 signos radicales, que, por razón del oficio que en este caso desempeñan, han recibido el nombre de *claves*. Reducido posteriormente el número de estas claves y fijado en 214 desde la publicación del gran léxico de K'ang Hsi, el sistema ha seguido en uso hasta nuestros días, y yo puedo asegurar, por experiencia, que la busca de una palabra en los diccionarios chinos o japoneses no es mucho más molesta que en nuestros repertorios alfabéticos (2).

Catalogación gráfica.

Séanos lícito insistir, antes de pasar adelante, en que hasta aquí el resultado de la ordenación de palabras sigue siendo fundamentalmente ideológico; pues, aunque a veces, como ya hemos indicado, la asociación de símbolos haya seguido procesos psicológicos que nos parecen hoy tortuosos y aun inexplicables, puede decirse

(1) Según la leyenda cuando un astro se eclipsa es que se lo comen ciertos insectos; el arco iris es obra también de otros insectos de colores.

(2) Las claves están ordenadas con arreglo al número de trazos de pincel con que se escriben, y figuran al margen de las páginas. Una vez aislada del carácter que deseamos conocer la clave que le sirve de fundamento — operación que resulta facilitada por la posición fija y forma especial que toman las claves en composición (compárese el signo chino moderno de «*agua*» de la figura 1.ª con el de la fig. 3.ª)—basta contar el número de trazos restantes. Supongamos que se trata del signo «*sirena*» (pág. 16). Clave: «*pescado*» (11 trazos: al final del diccionario). Trazos añadidos: 2 (estará entre los primeros compuestos de la clave, debajo del número 2).

que, por regla general, debajo de cada clave se agrupan series de conceptos emparentados con el significado de ella y afines entre sí. De manera que la clasificación por claves, a pesar de ser propiamente un procedimiento gráfico y no ideológico, puesto que los signos sólo se ordenan con arreglo a cierta parte de su trazado que les es común, produce, en cuanto a los significados, la catalogación de las palabras por materias. Y ahora reanudemos el examen de la escritura china en el punto en que ya se inicia su evolución hacia la representación fonética de los vocablos.

Una lengua cuyas palabras son de una sola sílaba forzosamente ha de ser pobre de léxico. No quiere esto decir que en ella quede sin lograr expresión verbal algo de lo que necesita ser nombrado en el lenguaje de un pueblo culto; sino que, descartadas de entre las combinaciones de sonidos posibles en un determinado sistema fonético todas las que no quepan en una sola emisión de voz, las restantes combinaciones, es decir, las monosilábicas, se acabarán mucho antes de que queden cubiertas las necesidades del lenguaje y habrá que volverlas a usar; de donde se originará la aplicación de un mismo fonema a los más diversos objetos (1). Y si aun en nuestras lenguas polisilábicas ocurren con relativa frecuencia los homónimos, a pesar de que en ellas las combinaciones de combinaciones permitidas pueden considerarse prácticamente inagotables, imagínese lo que sucederá en el chino. Más de 40 cosas o ideas completamente heterogéneas reciben el nombre de *shi* (2); *lü* representa unos 30 vo-

---

(1) No faltan autores que supongan, con fundamento a mi juicio, que el monosilabismo actual de la lengua china es consecuencia de la pérdida de sílabas o articulaciones finales. Así se explicaría, mejor que con ninguna otra hipótesis, la enorme proporción de homónimos que se da en dicha lengua. Es como si en inglés se dejase de pronunciar la consonante final de las voces *lich* (ortográficamente: («leach»), *lid* («lead»), *lif* («leaf»), *lic* («leak»), *lip* («leap»), *liv* («leave»), *lich* («leech»), *lic* («leek»), *liv* («live»), etc., etc. Todas estas palabras quedarían niveladas en el monosílabo *li*, que significaría según los casos: «legía», «dirigir», «hoja», «rezumar», «salto», «dejar», «sanguijuela», «puerro», «vivir», etc., etc.

(2) He aquí algunos de esos significados: «historia», «emplear», «cadáver», «mercado», «ejército», «león», «confiar», «poesía», «tiempo», «conocer», «sólido», «proclamar», «diez», «piedra», «generación», «comer», «casa», «comienzo», «asunto», «potestad», «jurar», «oficial», etc.

cablos, *puh*, 25 y, en general, se calcula que, por término medio, le tocan a cada voz de las usuales unos 10 significados (1).

Bien se comprende que, si el lenguaje no hubiese hallado medio de salvar este escollo, no habría podido desenvolverse hasta convertirse en vehículo apropiado de una civilización tan intensa y tan difundida geográficamente como la china; y el medio consistió en anteponer a la palabra de sentido dudoso otra que determinase y fijase su significado (2): algo así como si en castellano para distinguir «cura» (sacerdote) de «cura» (acción de curar), dijésemos «iglesia-cura» y «médico-cura» (3).

Tercera fase: fonogramas.

Pues bien, la trasposición a la escritura de este procedimiento de la lengua hablada dió lugar a la creación de una nueva clase de signos, los llamados «fonogramas», que constituyen, ciertamente, la inmensa mayoría de los caracteres en uso. Si admitimos, para dar idea *grosso modo* de la naturaleza de los fonogramas, que nuestra escritura es ideográfica y que para representar el vocablo «corte» (incisión) hemos imaginado combinar el símbolo de «cuchillo» con el de «orificio», habremos obtenido un ideograma A, cuya pronunciación será, naturalmente, «corte». Supongamos ahora que debemos buscar expresión gráfica para otra palabra que también se pronuncia «corte» (trozo de tela para un traje). Procediendo a la manera china añadimos al carácter A el símbolo de «tela» X, y enriquecemos la escritura con un nuevo ideograma B, que será igual a A + X, y que se leerá también «corte». Ya tenemos dos caracteres, A y B, de distinto significado, pero con una misma pronunciación y con

(1) Esta acumulación de significados no debe confundirse con la pluralidad de acepciones que se observa en nuestras voces occidentales, la cual supone únicamente la coexistencia de momentos distintos de un mismo proceso semántico.

(2) No hago aquí mención de los tonos porque los considero, contra la opinión general, restos de un antiguo sistema fonético empobrecido (véase la nota de la pág. 20), y no una adquisición del lenguaje para diferenciar, mediante la intensidad y el acento, monosílabos de igual composición articulatoria.

(3) La frecuencia con que, naturalmente, se presentan en el lenguaje estas parejas de voces las ha hecho en la mayoría de los casos indisolubles; de donde resulta que, prácticamente, el idioma es más bien bisilábico que monosilábico.

un elemento gráfico común (A). ¿Se adivina ya lo que había de ocurrir a la larga, una vez generalizado el procedimiento? Pues que estos elementos gráficos (A, en nuestro ejemplo) comunes a una o varias docenas de homónimos, irían perdiendo poco a poco dentro de los ideogramas su oficio significativo—que se iría refugiando en el signo complementario, X—hasta quedar reducidos a una función puramente fonética. Así, llegado el caso de escribir «corte» (residencia del soberano) emplearíamos el signo A, ya completamente vacío de contenido conceptual, para indicar tan sólo la pronunciación del nuevo carácter, y le agregaríamos un signo ideográfico Z («emperador» + «ciudad»), que diese razón del significado: he aquí el fonograma. Esto es, un carácter mixto, uno de cuyos componentes nos presenta a la vista un significado, sin darnos el menor indicio de pronunciación, mientras el otro componente nos ofrece la grafía de un sonido sin resto alguno de contenido conceptual.

Catalogación fonética

Desde este momento la adquisición de la escritura fonética estaba asegurada. Ya era fácil no sólo representar la pronunciación de los signos, hablando así indirectamente al oído como antes los pictogramas e ideogramas hablaban directamente a la vista, sino también reproducir meras combinaciones de sonidos y aun transcribir o imitar voces ajenas al idioma, nombres geográficos de otros pueblos, apellidos extranjeros, etc. Y entonces fué posible la introducción en la lexicografía de un nuevo criterio de clasificación: el criterio fonético.

Mas como la escritura no había llegado todavía a un verdadero análisis de las articulaciones y la unidad fonética representable era la sílaba, la ordenación de vocablos hubo de hacerse con arreglo a las terminaciones, de lo cual resultaron series como *pez*, *tez*, *vez*, *prez*, *hez*, etc.; es decir, se formaron léxicos fonéticos del tipo de nuestros diccionarios de la rima.

Más tarde, y merced a un ingenioso artificio, se logró aislar también la articulación inicial y se obtuvo al fin una completa identificación fonética de los vocablos. ¿Cuál es, por ejemplo, el monosílabo que empieza como «cielo» y acaba como «bien? No cabe duda

de que es «cien». ¿Y el que principia como «mal» y termina como «par»? «Mar», etc. Ordenadas, pues, las finales y las articulaciones iniciales y dispuestas en cuadros sinópticos al frente del diccionario, con referencias a las páginas correspondientes, ya era posible buscar en él cualquier palabra con sólo conocer su pronunciación; así como, inversamente, en el diccionario por claves se conseguía averiguar la significación de los caracteres aun ignorando su sonido.

Y aquí parece haberse estancado definitivamente para los chinos la evolución de su escritura. Para los chinos, digo, porque esa misma escritura, adoptada por otros pueblos, ha continuado su natural progreso hacia la notación analítica de la palabra hablada. Los japoneses, cuyos vocablos polisílabos no podían acomodarse al procedimiento imaginado para fijar la pronunciación de los monosílabos de China, escogieron, de entre esos caracteres fonéticos vacíos de significación, a que hemos hecho referencia anteriormente, los necesarios para representar los sonidos de su lengua y, previa una importante simplificación del trazado de dichos caracteres, formaron con ellos un silabario de 47 signos (1), que reproduce las articulaciones de la palabra hablada, con más exactitud y precisión, por cierto, que la lograda mediante el abecé en la mayoría de los idiomas europeos.

La última etapa de la evolución gráfica, correspondiente a la invención del signo alfabético, es decir de la *letra*, tal como se empleó ya en fecha remotísima en las inscripciones cuneiformes y egipcias (2), sólo la ha conocido la escritura china por obra de los coreanos. Pero ni este descubrimiento, ni el del silabario japonés, han tenido consecuencias para la lexicografía del Extremo Oriente. La

---

(1) En realidad son dos los silabarios que se emplean: el *kata-kana* y el *hira-kana*. Su uso no excluye, sino que completa, el sistema ideográfico importado de China.

(2) El tránsito de los egipcios desde la escritura pictográfica a la creación de un verdadero sistema alfabético está fuera de duda y se supone ocurrido unos 35 siglos antes de la era cristiana (Breasted, *History of Egypt*, pág. 45.) Las causas de que tan importante invención no prosperase se atribuyen al gran empeño que pusieron los escribas en conservar el aspecto decorativo del jeroglífico y principalmente al carácter misterioso de la escritura.

civilización de Corea no ha alcanzado en ningún tiempo el grado de madurez necesario para convertir el idioma vernáculo en materia de estudio, y en cuanto a los lexicógrafos del Imperio del Sol Naciente, se han contentado con adaptar a las necesidades de su idioma el diccionario chino por claves o han transcrito modernamente en letras latinas sus silabarios para utilizar el sistema alfabético europeo.

Escritura alfabética

No es esta la ocasión adecuada para exponer y analizar las encontradas opiniones emitidas acerca del origen del alfabeto fenicio, ni para perseguir la propagación y sucesivas transformaciones de éste y de los alfabetos semíticos hasta llegar a los tiempos modernos. El hecho es que hoy todos los pueblos cultos —con la excepción ya señalada del Extremo Oriente— disponen de un sistema de signos alfabéticos destinados a reproducir separadamente los elementos fonéticos irreducibles —sonidos y articulaciones— que se combinan para formar las palabras del respectivo idioma.

Claro es que estos sistemas, imaginados no pocas veces para lenguas esencialmente distintas de las que luego habían de adoptarlos, y conservados tradicionalmente sin tener cuenta en ellos de la transformación incesante de los sonidos representados por las letras, ofrecen hoy en algunos casos, a más de la inevitable imperfección inicial, múltiples huellas de un manifiesto desacuerdo entre la ortografía y la fonética. No ha de maravillarnos, pues, que, en lugar de tener cada sonido un signo único y cada signo un solo sonido, haya letras que se pueden pronunciar de varias maneras y fonemas cuya expresión gráfica puede adoptar diversas formas (1).

Pero, en fin, prescindiendo de estos defectos, más sensibles en unas lenguas que en otras, la actual escritura alfabética puede jac-

---

(1) Sabido es que según la ortografía inglesa el signo de la vocal *a* puede tener hasta siete sonidos diferentes. En nuestra misma ortografía castellana que es, sin duda, una de las más fonéticas de Europa, la correspondencia entre signo y pronunciación deja mucho que desear. Para convencerse de ello basta examinar cualquiera de los sistemas de notación convencional que se han empleado para reproducir nuestra fonética. El adoptado, por ejemplo, en la *Revista de Filología Española* se compone de 53 signos, sin incluir los destinados a marcar la cantidad, acento y timbre nasal de las vocales.

La necesidad, siempre sentida, de contar para fines científicos con una nota-

tarse con razón de haber aprisionado y hecho visible la palabra, distinguiendo y fijando con relativa precisión sus diversos elementos fónicos. Toca ahora a la lexicografía incautarse de la muchedumbre de voces así fijadas, constituir con ellas un tesoro y organizarlo de la manera más racional posible.

Modos de catalogación posibles en el estado actual de la escritura

Nada interesan para el caso las distintas categorías lógicas en que pueden separarse los vocablos por razón de sus respectivos oficios como partes de la oración: este es asunto propio de la Gramática. El lexicógrafo no ha de ver en la palabra más que la representación sensible del concepto, pero teniendo siempre cuenta de que, supuesta la mutua y necesaria cooperación que se prestan pensamiento y lenguaje —sin la cual ni éste sería otra cosa que un rudimentario sistema de señales ni aquél habría logrado sobrepasar las formas elementales de conocimiento— no es lícito en modo alguno desvincular el signo y lo significado cual si fuesen dos realidades con existencia propia e independiente. La sílaba «luz» por ejemplo, sería una combinación inerte de sonidos, como «chor», «pel», «criz», etcétera, es decir, no sería signo de algo, no sería verdadera palabra, si no fuese la encarnación de un concepto; y este concepto nunca habría llegado a formarse sin que las abstracciones que lo integran hubiesen hallado un núcleo en que cristalizar, un símbolo en que fundirse y sustentarse. Podemos, ciertamente, sin el auxilio de una fórmula verbal, evocar en nuestra conciencia la imagen del sol y el recuerdo de las sensaciones visuales que la acompañan; podemos, sucesivamente, ir proyectando en nuestra mente toda clase de imágenes y percepciones relacionadas con otros cuerpos luminosos; pero, abstraer de aquí la idea genérica de «luz» y pensarla en un solo acto, comprendiendo en ella cuanto tienen de común los colores del iris, el arrebol de los crepúsculos, el fulgor de los astros, la fosforescencia del mar y los diversos modos de iluminación imagina-

ción precisa e inequívoca de los sonidos del lenguaje ha dado origen a muy diversos procedimientos, entre los que merece especial mención, por su exactitud, aunque no por su sencillez, el imaginado por Jespersen *(Lehrbuch der Phonetik*, 2.ª edic. Leipzig, 1913). En este sistema la *u*, por ejemplo, se representa como sigue: α 3ª β g γ 3 j δ 0 ε 1.

dos por el hombre... eso jamás habría sido posible sin la trascendental ayuda del signo, es decir, de la palabra.

Así, pues, si los términos significado y signo, idea y expresión verbal, representan dos aspectos de un mismo todo psico-físico (la palabra), compenetrados como el alma y el cuerpo en la unión substancial del compuesto humano, el criterio ideal para la catalogación de las voces sería aquel en que las normas deducidas del estudio y comparación de los vocablos, en cuanto a su contenido conceptual, coincidiesen con las bases de clasificación establecidas en vista de la forma externa (hablada y escrita) de las palabras. Pero semejante criterio, que habría de ser simultáneamente ideológico, fonético y gráfico, ni ha sido formulado hasta ahora ni tiene visos de ser aplicable jamás a ninguna de las lenguas conocidas (1). Sólo existe un linaje de diccionarios en que, siquiera sea parcialmente, se realiza la catalogación paralela de signo y significado: los diccionarios por raíces.

Diccionarios por raíces

Si revisamos, en efecto, el vocabulario de cualquier lengua indoeuropea, atendiendo a los dos aspectos de la palabra (contenido y forma), advertiremos que ciertos grupos de vocablos semejantes o afines por el concepto lo son también, en cierto modo, por su expresión externa.

En castellano, por ejemplo, las voces *cabeza, capital, cabo, caporal, capitán, capataz, decapitar*, etc., ofrecen un segmento conceptual común, coincidente con la combinación sonora, también común, *cab* o *cap*, que representa, dentro de cada una de dichas voces, un núcleo significante al que se anteponen o posponen otros sonidos de valor secundario. Aislados estos núcleos, agrupadas todas las palabras en cuya formación intervienen, y referidas éstas a aquéllos como a su origen, se llega a la constitución de ver-

(1) Me refiero únicamente a los idiomas naturales. En algunas de las lenguas artificiales imaginadas como medio de comunicación universal y formadas con arreglo a sistemas rigurosamente lógicos, sí sería posible ese diccionario en que la analogía formal, gráfica y fonética, llevase aparejada la afinidad de los conceptos. Véase a este propósito la obra del Sr. Sotos Ochando mencionada más adelante.

daderas familias (1), en las cuales el parecido formal de los individuos se combina con un parentesco de significados más o menos remoto.

Ahora bien, como la evolución fonética y los cambios de sentido siguen trayectorias, no sólo independientes entre sí, sino a menudo divorciadas de la lógica, resulta que, a veces, mientras la raíz se desfigura de tal modo que únicamente el filólogo experto logra identificarla, la divergencia de los significados llega a un punto en que todo indicio de filiación común desaparece para quien no conozca al pormenor las sucesivas etapas del proceso semántico. Así, en *cabotaje*, *decapitar*, *caudillo* y *biceps*, el núcleo significativo adopta las formas *cab*, *cap*, *cau* y *ceps;* y en cuanto a la afinidad de conceptos ¿quién la advierte a primera vista entre *cabildo*, *caudal*, y *capullo?* De aquí que la catalogación por raíces, utilísima para fines científicos y docentes, sea evidentemente inadecuada como sistema general de lexicografía.

La ordenación del vocabulario fundada sólo en la manifestación sensible de la palabra puede ser: estrictamente fonética, si se atiene a la expresión sonora (hablada) de la idea; puramente gráfica, si se basa en la forma visible (escrita) del signo, y gráfico-fonética, si se propone conciliar ambos criterios.

Diccionarios fonéticos

Con arreglo al sistema fonético, la agrupación de las voces se determinará considerándolas más o menos afines según el mayor o menor número de elementos sonoros que posean en común. Así, corresponderá el primer grado de parentesco a los homónimos, como *vela* (de barco) y *vela* (bujía), y por igual razón a los homófonos, como *quilo* (líquido fisiológico) y *kilo* (medida de peso), pues aunque entre los dos últimos se advierte una diferencia de escritura, esta diferencia no trasciende al mundo de la palabra hablada, en el que sólo importa la disposición y naturaleza de los timbres

(1) Algo de esto intentó la Academia francesa en la primera edición de su Diccionario (1694). En lugar de seguir rigurosamente el orden alfabético, puso a continuación de los vocablos primitivos, que llamó *chefs de famille*, todos sus derivados y compuestos.

(sonidos vocales), de las articulaciones (consonantes) y de las intensidades (acentos) (1).

Vendrán después las voces que sólo difieran en la articulación inicial, v. gr.: *jándalo, sándalo, vándalo,* o *tomo, lomo, pomo, romo,* etcétera; luego tocará el turno a los vocablos que coinciden tan sólo a contar desde el acento principal (rima consonante), empezando por los esdrújulos que, naturalmente, presentan mayor cantidad de sonoridades comunes, y acabando por los agudos; y, por último, se agruparán, también con la debida gradación de esdrújulas, llanas y agudas, las voces asonantes, en las que el parentesco fónico se reduce a la mera conformidad de timbre y acento (2). Tendríamos, pues, un diccionario de la rima.

Desde el punto de vista gráfico, conviene distinguir la representación inmediata del concepto, tal como la hemos visto en los pictogramas e ideogramas, de la representación que pudiéramos llamar de segundo orden, en la que el símbolo escrito sólo se propone substituir al símbolo hablado, convirtiéndose, por tanto, en signo de otro signo. En este segundo caso está comprendido nuestro sistema de escritura.

Diccionarios alfabéticos

Si el alfabeto pudiese cumplir adecuadamente su misión (para cada sonido un signo único y para cada signo un solo sonido) y si además las letras estuviesen racionalmente ordenadas con arreglo a sus analogías fonéticas, es indudable que la catalogación de vocablos según el mayor número de letras comunes y en posición idéntica, llevaría aparejada la formación de series de palabras tan afines por la grafía como por la pronunciación. Pero ya sabemos que, de estos dos requerimientos, el abecedario satisface imperfectamente el primero y desconoce el segundo en absoluto. Por lo que hace a la deficiente correlación de signos y sonidos, hallamos, por ejemplo, que la misma articulación velar oclusiva sorda que se representa

(1) Prescindimos deliberadamente de otros elementos o cualidades del sonido articulado, como son el tono, la cantidad y la perceptibilidad.

(2) En realidad habría que determinar si los asonantes esdrújulos, por ejemplo, no tienen en muchos casos mayor afinidad sonora que los consonantes agudos. Compárese *sándalo-cántaro* con *maravedí-aquí.*

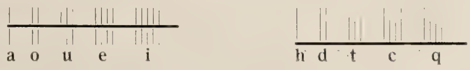
con *k* en *kilo*, toma la forma de *qu* en *quilo* y de *c* en casa, mientras por otro lado la letra *g*, que en *genio* es velar fricativa sorda, pasa a ser sonora en *liga* y se convierte en oclusiva (velar sonora) en *gana* (1). Y en cuanto a la absurda colocación de las letras dentro del alfabeto, basta considerar que sonidos tan semejantes unos a otros como son los de las vocales, aparecen arbitrariamente dispersos entre las consonantes, y que éstas, a su vez, se ofrecen en confuso desorden: separadas las que por el modo o punto de articulación debieran hallarse próximas (*k*, *q* y *g*; *t* y *d*; *b* y *p*, etc.), y contiguas las que por su distinta naturaleza habrían de estar alejadas (*b* y *c*, *f* y *g*, *k* y *l*, etc.) (2). De donde se deduce que el sistema de ordenación de nuestros diccionarios alfabéticos es indirectamente gráfico y sólo parcialmente fonético.

Cualquiera que sea el relativo valor práctico de los procedimientos de catalogación de voces por ideas, por claves, por raíces y por sonidos, es innegable que a favor de cualquiera de ellos puede alegarse un fundamento lógico, puesto que las características que sirven de norma para la clasificación están tomadas de la esencia misma de la palabra, ya en cuanto significación, ya en cuanto signo. Basta apelar al sentido común para comprender por qué se congre-

(1) La mejor prueba de la falta de correspondencia regular entre letras y sonidos está en las copiosas listas de palabras de dudosa ortografía que suelen incluirse en las gramáticas.

(2) No todos los alfabetos presentan este mismo desorden. El sánscrito, por ejemplo, en la ordenación lexicográfica, o sea la que se sigue en los diccionarios, ofrece una disposición sumamente metódica: comienza por las vocales breves seguidas de las largas correspondientes, vienen a continuación los diptongos, luego los distintos órdenes de consonantes (guturales, paladiales, linguales, dentales y labiales), después las semivocales, las sibilantes, la aspiración *h* y la resonancia nasal *anusvara*.

Otro alfabeto, que parece haber tenido cuenta en algún modo del valor fónico de los signos para disponerlos por orden, es el ogámico, que durante largo tiempo predominó en la escritura de Irlanda. He aquí dos de los cuatro grupos que lo forman:



También responde a un criterio fonético el uso de un signo auxiliar de los silabarios japoneses, el *nigori*, que convierte el sonido de *ka* en *ga* el de *ta* en *da*, etc.

gan en series homogéneas palabras como «toro», «vaca», «buey», «ternera», «novillo», etc. (agrupación ideológica), o signos como los reproducidos en la fig. 8 (agrupación gráfica),



Fig. 8.ª

o voces como *carne, descarnar, encarnación, carnívoro, carnero,* etc. (agrupación etimológica) o como *pálido, válido, cálido* (agrupación fónica). En cambio si alguien nos preguntase por qué en nuestros diccionarios alfabéticos van juntas, y precisamente una delante de la otra, las voces *gitano* y *glacial,* sólo podríamos aducir razones de utilidad práctica, apoyadas en una arbitrariedad convencional: el orden de colocación de los signos del abecé.

En efecto; no se puede decir de la ordenación alfabética que sea gráfica a la manera de los diccionarios chinos por claves, puesto que nuestras combinaciones de letras no guardan la menor relación, ni formal ni ideológica, con las cosas que expresan. Tampoco cabe sostener que dicho procedimiento sea fonético, por cuanto voces perfectamente iguales por el sonido andan dispersas en los léxicos a causa de su diverso signo inicial, al paso que otras veces el mero hecho de coincidir en este signo aproxima vocablos entre los cuales no existe el menor parecido sonoro.

La única base, pues, de toda catalogación alfabética está en el valor ordinal que hemos concedido a las letras a consecuencia de haber respetado, como cosa sagrada, su respectiva posición dentro

de la serie. Que la *c* ocupa el tercer lugar, pues toda palabra que se empiece a escribir con dicho signo, ya tenga éste el valor de interdental fricativa o el de velar oclusiva, entrará sin más quebradero de cabeza en el apartado número 3 de los 27 que componen el casillero. Dentro ya del apartado, ordenamos las voces con arreglo al valor de la segunda letra; después, dentro de las subdivisiones que resulten, con arreglo al valor de la tercera, y así sucesivamente hasta que al fin la palabra *cizañero*, por ejemplo, va de un modo automático a colocarse inmediatamente delante de *clac*, con tanta fijeza y exactitud como el número 27 se sitúa precisamente antes del 28 y después del 26 (1). Convengamos en que semejante artificio es, sin duda alguna, ingenioso, cómodo y expeditivo; pero convengamos también en que es a todas luces inadecuado y mezquino si la lexicografía ha de avanzar algún día por caminos científicos hasta emparejar dignamente con las demás ramas de la lingüística y si, en orden a la conservación y florecimiento del lenguaje, ha de desempeñar la alta misión, que a mi entender, le está reservada.

El orden alfabético es un arbitrio ingenioso, pero no es un criterio racional

Para tratar de definir cuál sea esa misión y cuáles los medios que para ponerla por obra han de emplearse, me parece que habrá de sernos útil considerar brevemente el problema a la luz de la psicología del lenguaje.

(1) Alguna vez se ha tomado como base de la ordenación, en lugar de la letra inicial, la letra final. Así consta, por lo menos, del diccionario hebreo árabe de Haja ben Sherira, donde las voces estaban alfabéticamente dispuestas por orden de la última letra radical.

II

El diccionario y la psicología del lenguaje

Si observamos atentamente cómo existe y vive en nuestro interior cualquier palabra, podremos distinguir en ella tres principales componentes: el concepto significado, la imagen auditiva de la palabra y su imagen visual, cada uno de los cuales encierra a su vez un contenido complejo.

La palabra como complejo psicofísico

Supongamos que se trata de analizar la voz «borrasca». Por lo que hace a la idea representada veremos que dicha palabra puede evocar en nuestra mente, prescindiendo de percepciones complicadas y de asociaciones circunstanciales, el recuerdo de una sensación visual (el mar alborotado), de otra acústica (el ruido de las olas), de otra táctil o muscular (la presión del viento sobre nuestro cuerpo), de otra olfatoria (la del aire de mar aspirado) y hasta de otra gustativa (la presencia de partículas salobres en los labios) (1). En cuanto a la palabra misma, como signo, hallaremos que su representación mental puede tomar dos formas, una auditiva y otra visual. La auditiva se compone de la imagen acústica que la palabra hablada produce al penetrar en nuestro oído y de la imagen cinestética que gobierna los movimientos articulatorios de nuestros órganos de fonación cuando pronunciamos «borrasca»; y la representación visual comprende, juntamente con la imagen óptica de la palabra escrita,

---

(1) Claro es que no todas las palabras poseen igual potencia de evocación, ya que la multiplicidad de recuerdos depende de la variedad de los sentidos a que afecte la cosa representada.

otra imagen cinestética correspondiente a los movimientos musculares necesarios para obtener la expresión gráfica del vocablo (1).

No hemos de detenernos a exponer cómo la patología del lenguaje, ofreciendo a la investigación de fisiólogos y psicópatas los más variados tipos de afasia, les ha permitido aislar los distintos componentes de la palabra y estudiar sus recíprocas conexiones (2). Bástenos saber que la existencia de estas conexiones está suficientemente comprobada, y que tanto su asiento, dirección, intensidad y persistencia, como su relajamiento, perturbación y restablecimiento son, desde hace varios lustros, materia de experimentación. Para nuestro propósito actual sólo una de esas conexiones tiene importancia: la que une el concepto (C) con la representación oral de la palabra (P), en sus dos direcciones C→P y P→C. La simbolizaremos provisionalmente en el siguiente esquema (fig. 9.ª) y trataremos de investigar su naturaleza y funcionamiento en relación con los fines de la lexicografía (3) .

---

(1) Esta imagen puede ser múltiple en un mismo individuo, si además de la escritura ordinaria cultiva la mecanográfica, la estenográfica, la telegráfica, etc.

La Naturaleza de las dos imágenes cinestéticas, la articulatoria y la gráfica, ha sido muy discutida por los psicólogos. Algunos llegan hasta negar su existencia y otros rebajan su categoría mental hasta el plano de lo inconsciente, para dejar reducidas ambas imágenes a meros hábitos sin representación posible en la conciencia. Véanse a este respecto los trabajos de J. Froment y O. Monod y los de Claparède en *Archives de Psychologie* (T. XIII, 1913.)

(2) He aquí las principales variedades de afasia. *Afasia* propiamente dicha *(afemia* de Broca): el enfermo a pesar de tener expeditos los órganos de fonación no puede articular las palabras. Entiende lo que se le dice, pero no puede contestar. *Sordera verbal*: el enfermo oye la palabra, pero no la comprende; en cambio entiende la palabra escrita. *Ceguera verbal:* el paciente ve la palabra escrita, pero no la comprende. Puede escribir, pero no entiende lo que escribe *(alexia). Agrafia:* el enfermo oye, entiende, responde a lo que se le pregunta y lee en alta voz, pero no puede escribir.

Entre la multitud de esquemas imaginados para servir de interpretación a estos fenómenos, merece especial consideración, a mi juicio, el contenido en la obra de Wundt: *Völkerpsychologie. Die Sprache* (Leipzig, 1911. I, pág. 570.)

(3) En la presente ocasión no se emplea el término «concepto» con la significación restringida que la lógica le atribuye: es más bien un equivalente de idea, y comprende no sólo a ésta y a la imagen genérica, sino también a la simple representación mental de las cosas.

Distinción entre el léxico activo y el léxico latente

Para ello empezaremos por separar el acopio total de palabras que almacena nuestra memoria en dos grandes grupos: el de los vocablos que usamos de ordinario y el de los que no solemos usar, aunque nos sean igualmente familiares. El primer grupo, que constituye lo que pudiéramos llamar el «caudal de léxico activo», se compone de varios centenares de voces, patrimonio común de cuantos hablan un mismo idioma como lengua materna, y del vocabulario especial de la rama de actividad o de los estudios a que cada uno se dedica. Así, el léxico activo del labrador, del artesano

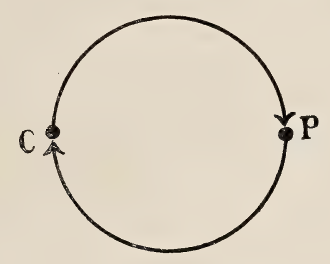


Fig. 9.ª

y del facultativo coincidirán en las palabras necesarias para la mutua comunicación cotidiana, y diferirán en el tecnicismo más o menos copioso de la respectiva faena, oficio o facultad. Ejemplos del léxico activo son, para todo el mundo, *silla, perro, agua, boca, blanco, negro*, etc.; para el labriego, *mancera, esteva, bieldo, aporcar*, etcétera; para el albañil, *llana, recocho, enlucir, cuezo, alcotana;* para el matemático, *mantisa, binomio, hipérbola*, etc.

Todas las voces de este grupo tienen como característica constante la de seguir inseparablemente al concepto o a la imagen que representan. El otro grupo, por el contrario, está formado de palabras que, a pesar de tener para el individuo una significación perfectamente definida, no acuden, por lo general, a su memoria, aun cuando en ella las reclame la idea a que sirven de signo. Supongamos que se trata de calificar a una persona como muy dada a los placeres de la carne. En seguida se ofrecerán a nuestra mente los adjetivos *lujurioso, lascivo, libidinoso, voluptuoso* y alguno más, con lo cual se habrá agotado nuestro caudal de léxico activo; pero si

luego nos presentan una lista con las voces *lúbrico, salaz, liviano, torpe, carnal, mocero, mujeriego, licencioso, braguetero, sátiro, fauno, mico,* etc., etc., las reconoceremos, todas o las más de ellas, como ya sabidas y como representación adecuada de la idea que tratábamos de expresar. Oídas o leídas, esas palabras hubieran hecho surgir sin titubeos el concepto a que se refieren; en cambio, presente el concepto, las palabras no fueron evocadas.

¿Quién no ha contestado alguna vez al saludo de un transeunte conocido sin que le sea posible por el momento recordar su nombre, a pesar de tener la certeza de saberlo? Así también cruzan por nuestra mente a cada paso ideas e imágenes de cosas cuya denominación nos consta conocer y que, con todo, no podríamos nombrar. Y cuando más tarde, sea a consecuencia de un proceso mnésico subconsciente o por otro motivo, se nos ocurre la palabra olvidada, no sólo se iluminan inmediatamente en nuestra conciencia la imagen o el concepto correspondientes, sino que al propio tiempo se formula el convencimiento firmísimo de que la asociación de nombre y cosa, reanudada en aquel instante, es exacta y fué oportunamente registrada en nuestra memoria.

Pues bien, todas esas voces que entendemos perfectamente al escucharlas, pero que jamás acuden espontáneamente a nuestros labios; todas esas palabras que nunca utilizamos para pensar, hablar o escribir por nuestra cuenta y que, sin embargo, nos sirven para comprender lo que escriben, dicen o piensan los demás; todos esos vocablos que están como adormecidos en un rincón de la memoria en espera de que los llamemos por su nombre, son los que constituyen la segunda categoría del caudal léxico individual, que denominaremos «léxico latente».

Claro es que entre las voces de este grupo y las del léxico activo no cabe trazar sino una divisoria indecisa, o mejor una zona intermedia, que recoja las asociaciones intermitentes de palabra y concepto, las que por falta de ejercicio comienzan a relajarse y las que a cada paso se establecen o se reanudan; pero siempre tendremos de un lado de esta zona los casos en que la comunicación entre la representación mental y la palabra está igualmente expedita

en ambos sentidos—del signo a lo significado y de lo significado al signo—y del otro lado los casos en que la comunicación sólo funciona normalmente en una dirección: del signo a lo significado; no de otro modo que en la comunicación telefónica ocurre a veces que un interlocutor oye perfectamente al otro, pero no consigue ser oído por él.

Ya por aquí se echa de ver que el esquema adoptado anteriormente para simbolizar el doble vínculo C→P-P→C sólo puede aplicarse con propiedad a las voces del léxico activo. Las del caudal de léxico latente, en las cuales la asociación C→P se muestra sensiblemente debilitada, intermitente o rota, estarían, sin duda, mejor representadas por el siguiente esquema:

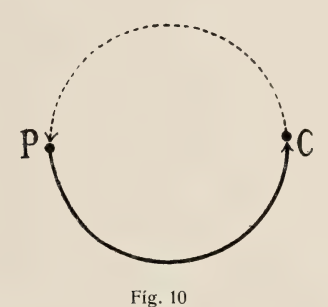


Fig. 10

Pero es el caso que también en los vocablos pertenecientes al caudal activo, es decir, en aquellos en que la palabra y la idea se evocan recíprocamente con perfecta normalidad, se advierten diferencias importantes entre el camino que va del signo a lo significado (P→C) y el que une lo significado al signo (C→P): el primer trayecto es más expedito, más seguro y notablemente más corto.

Para la inmediata comprobación de estos fenómenos basta consultar nuestra experiencia cotidiana. Nunca encontramos, en efecto, las palabras que nos son necesarias para la expresión de las ideas con la misma facilidad y rapidez con que evocamos las ideas contenidas en las voces que escuchamos o leemos. En cambio la comprensión del vocablo es, por lo general, tan automática y veloz que ni se advierte el esfuerzo mental que hemos de emplear para ello,

ni parece que el proceso tenga una duración apreciable. «Apenas hemos oído pronunciar —decía Berkeley— las palabras de una lengua que nos es familiar, cuando ya las ideas correspondientes se han presentado por sí solas en nuestro espíritu: la entrada del sonido y de su significación en nuestro entendimiento se efectúa absolutamente en el mismo instante...» (1). Y estas frases del filósofo inglés, si bien no son rigurosamente sostenibles frente a los resultados de la psicología experimental, reflejan con toda exactitud el testimonio espontáneo de la conciencia.

Podemos, pues, sustituir los precedentes esquemas provisionales por el siguiente:

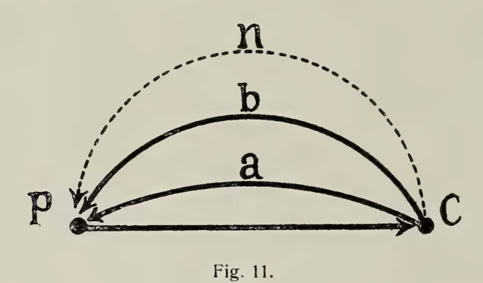


Fig. 11.

en el cual la recta de trazo grueso P C figura la comunicación fácil y rápida que une la palabra al concepto; las curvas C a P y C b P representan el recorrido inverso, de longitud variable, pero *siempre más largo* que el anterior; y la línea de puntos C n P simboliza el límite en que la conexión de concepto a vocablo se halla tan debilitada que es lícito tenerla por dudosa o interrumpida (en este caso están comprendidas las voces del caudal de léxico que hemos llamado latente).

Ahora bien, tomando por tipo la relación $\frac{C\,a\,P}{P\,C}$, en la que se supone que la diferencia entre ambas ramas del circuito es la mínima posible, ¿cuál es la relación exacta entre el arco de círculo y su cuerda?

En otros términos: calculado por una parte el tiempo que pasa

(1) *New Theory of Vision*, página 51 de la traducción francesa.

desde que se presenta en la conciencia una idea hasta que se consigue hallar su equivalencia hablada *(tiempo de denominación)* y, por otra parte, el intervalo que transcurre desde la percepción del nombre (oído o leído) hasta la evocación de la idea *(tiempo de comprensión)*, ¿cuál es la expresión numérica adecuada a la relación entre ambos tiempos?

Reconozco que para la demostración de mi tesis no era realmente indispensable llevar a tal extremo la determinación de los datos; pero el problema, no planteado hasta ahora, que yo sepa, me parece de tanta importancia para la psicología del lenguaje, en general, y especialmente para la lexicografía, que he sentido la tentación de contribuir con mis escasas fuerzas a su solución experimental, siquiera sea de manera aproximada e incompleta. A continuación van los resultados obtenidos. Valgan lo que valieren, representan mi modesta contestación a aquellas retadoras palabras del ilustre físico y filósofo Lord Kelvin: «Si puedes medir eso de que hablas y expresarlo mediante un número, es que realmente sabes algo del asunto que tratas; pero si no puedes medirlo, si no puedes expresarlo en números, es que tus conocimientos son de índole precaria y bien poco satisfactorios» (1).

Determinación esperimental de la relación $\frac{CP}{PC}$

Como antecedente directo de mis experimentos, por lo que hace al tiempo de denominación, habré de citar más de una vez los interesantes trabajos del profesor norteamericano John Mac Keen Cattell, efectuados en el laboratorio de psicología experimental de Leipzig (2), pues aunque estos trabajos, por su plan y finalidad, no guardan relación con nuestro propósito, constituyen, por la meticulosidad y rigor científico con que fueron ejecutados, un precioso punto de referencia. En cuanto a la velocidad de los tiempos de comprensión, sólo he hallado vagas indicaciones en algunas obras o capítulos dedicados al estudio de la asociación de ideas (3).

---

(1) *Apud* Lucien Poincaré, *La Physique moderne.* París, Flammarion, 1909, página 22.

(2) J. M. K. Cattel, *Psychometrische Untersuchungen;* publicados en los tomos II a IV de los *Philosophische Studien* de Wundt.

(3) Th. Ziehen, *Leitfaden der physiologische Psychologie.* Claparède, *L'association des idées.*

Los sujetos de experimentación fueron, salvo alguna excepción, siempre los mismos: personas mayores de edad, de inteligencia cultivada y conocedores de lenguas extranjeras (1).

Los aparatos empleados para las mediciones han sido un cronoscopio de bolsillo de centésima de segundo, un obturador fotográfico de cortina para la presentación de objetos aislados, un kimógrafo de velocidad comprobable en medias centésimas de segundo (mediante un diapasón eléctrico) (2), y un metrónomo Maelzer, utilizado especialmente para asegurar el sincronismo de ciertos movimientos iniciales.

Como unidad de tiempo he adoptado el símbolo usual σ, que representa una milésima de segundo (0'',001), aunque para los efectos de la presente investigación podríamos contentarnos con una aproximación de 0'',1.

La determinación de los promedios se ha hecho por el método de la media aritmética después de eliminar los resultados extremos (3).

Tiempo de denominación

Experimento núm. 1

Se disponen sobre una mesa diez objetos perfectamente conocidos y fáciles de distinguir. Estos objetos han de ser tales que su denominación no motive perplejidad en el sujeto sometido a la prueba. Una caja de cerillas, por ejemplo, podría inducir a la duda en-

---

(1) Para la obtención de valores más generales sería conveniente extender la experimentación a individuos cuya capacidad mental no estuviese tan por encima de la ordinaria, ya que algunos ensayos practicados en este sentido prueban que, en efecto, los tiempos de denominación y comprensión son notablemente más lentos en estos casos.

(2) Este aparato pertenece al Laboratorio de Fonética del Centro de Estudios Históricos, a cuyo profesor, D. T. Navarro Tomás, reitero desde aquí mi cordial gratitud por su amable e inteligentísima cooperación.

(3) Otros métodos empleados en psicología para este fin son: el de la cifra central o promedio probable (*warscheinlicher Mittelwert* de Kraeplin), que se obtiene tomando la cifra central de la serie que forman los valores parciales ordenados de mayor a menor; el de la cifra más repetida *(der dichste Wert)*, utilizable tan sólo cuando se dispone de gran copia de datos, y el más complicado de Ziehen, del valor representativo, cuya descripción no es de este lugar.

tre *cerilla, fósforos, caja,* etc.; un cigarrillo haría tal vez vacilar entre *cigarrillo, pitillo, tabaco,* etc. Los objetos utilizados fueron por el estilo de *lacre, clavo, pluma, sello* (de correos), *botón, reloj, compás, lápiz, llave, dedal,* etc., y se procuró que los nombres correspondientes no excediesen, por lo general, de dos sílabas.

Colocado el sujeto en una habitación obscura junto a la mesa, y preparada por medio del tacto su acomodación visual, se le explica que tan pronto como perciba los objetos deberá empezar a nombrarlos de derecha a izquierda con la mayor rapidez posible. Se echa a andar el metrónomo a 50, con el fin de adoptar un ritmo uniforme para los movimientos sucesivos, y se cuenta: «un, dos, tres». Coincidiendo con el golpe del metrónomo correspondiente a la palabra «tres», el experimentador oprime simultáneamente el botón de la luz eléctrica (1) y el del cronoscopio, y se prepara para detener la marcha de éste al iniciar el sujeto la designación del último objeto.

CUADRO I

Denominación de 10 objetos

	Sujetos	Tiempos
	G. C.	6″
	C. K.	7″
	G. K.	6″
	Fco. C.	6″
	V. de R.	8″5
	E. Mz.	5″7
	E. E.	7″5
	A. V.	8″
	J. O.	7″2
	L. C.	7″
TOTAL:	10	68″9

Promedio de la serie: 6″89

» por objeto: 689 σ

(1) Es conveniente que las lámparas sean de filamento metálico, porque en las de carbón media un tiempo apreciable desde que se cierra el circuito hasta que se produce la incandescencia.

Según resulta del anterior experimento el tiempo que se emplea en denominar un objeto conocido y usual es, por término medio, de 689 σ.

De los diez sujetos examinados sólo cinco realizaron la prueba de un modo irreprochable. Varios de ellos alteraron el orden de los objetos, nombrando, por ejemplo, el tercero antes que el segundo; otros dejaron alguno sin nombrar y otros emplearon denominaciones inadecuadas. A. V., después de un visible esfuerzo para hallar la palabra «sello» (de correos) salió del paso diciendo «estampilla», a sabiendas de no haber acertado. Todos los sujetos tenían el convencimiento, al terminar la prueba, de haber consumido en ella mucho tiempo, más del doble del empleado efectivamente.

Experimento núm. 2

Colocados los objetos como en el ensayo anterior, se prepara el sujeto a nombrarlos, pero hablando en la boquilla del kimógrafo. Él mismo dice «tres» (en lugar de decirlo el experimentador), con lo cual queda inscrito en el cilindro registrador el momento en que comienza la prueba. Es conveniente que los nombres que han de inscribirse empiecen por una consonante oclusiva, sobre todo el primero y el último.

CUADRO II

Denominación de 10 objetos

	Sujetos	Tiempo
	Col.	9″
	Gen.	10″
	Sier.	9″5
TOTAL:	3	28″5

Promedio por serie: 9″50
» » objeto: 950σ

La mayor duración de estos tiempos (cf. el experimento anterior) se explica suficientemente por el embarazo que produce la preocupación de hablar en condiciones anormales, con el cuidado de no apartarse de la boquilla y sin poder mover libremente la cabeza para recorrer la serie de objetos. (1)

Pero el propósito en que se inspiraba este experimento no era el de obtener una nueva medida del tiempo total, sino el de poder apreciar la relación que guardan entre sí los tiempos correspondientes a los distintos objetos. En los tres casos registrados la palabra que tardó más en presentarse fué la primera. El objeto de más difícil denominación resultó ser «candado» (un sujeto, después de detenerse 1″20, dijo al fin «cerradura»). En cambio el grupo final «clavo, llave, botón», fué nombrado siempre con facilidad, a razón, por término medio, de 650σ por objeto.

Experimento núm. 3

Denominación de los objetos aislados — Al coincidir la plumilla que marca en el kimógrafo con un trazo blanco señalado previamente en el tambor, se presenta el objeto que ha de ser nombrado. La distancia desde el trazo blanco hasta la inscripción de la palabra representa el tiempo de denominación.

CUADRO III

Denominación de objetos aislados

Objetos	TIEMPO	
	Col.	Art.
Goma	720σ	600σ
Pluma	620	580
Duro	520	680
Tintero	730	
Lápiz		630
Tiza	1000	
Promedios:	718σ	622σ
Media aritmética: 670σ		

(1) Varios ensayos fracasaron, en efecto, por hablar el sujeto fuera de la boquilla.

Incorporando los datos obtenidos mediante el kimógrafo a los resultados inscritos en el Cuadro I, y sacado el promedio general, podemos admitir para nuestro gobierno que el tiempo de denominación, es decir, el tiempo que se emplea en nombrar un objeto conocido y usual es de 700σ aproximadamente.

Experimento núm. 4

Esta vez, en lugar de las cosas mismas, lo que debía nombrar el sujeto eran dibujos de ellas, de unos dos centímetros cuadrados de tamaño, dispuestos en filas de a cinco, en varias láminas. El total de dibujos era de 100 y se había procurado que no pudiesen ofrecer duda ni en cuanto a la naturaleza de los objetos reproducidos ni en cuanto a los nombres correspondientes. En el orden de colocación de los dibujos (plantas, animales, personas, objetos, etcétera), se introdujo la mayor variedad posible. He aquí el contenido y disposición de una de las láminas: *salero, oveja, vela, pera, tiesto, velador, araña, gallo, butaca, cáliz, aparador, cepillo, gemelos, pato, globo, reloj, cura, tintero, coche, libro, pez, palmera, cerdo, mecedora, mesilla.*

Cuadro IV

Denominación de 100 objetos (dibujados)

	Sujetos	Tiempo
	G. C.	74″5
	M. K.	84″
	V. de R.	95″
	E. Mz.	88″6
	A. V.	94″7
	J. O.	81″2
	G. K.	74″6
	J. Col.	91
	T. N. T.	90
	J. Cs.	80
Total:	10	853″60

Promedio por dibujo: 853σ

Lo primero que se advierte al comparar el promedio del cuadro anterior con el Cuadro I es el importante aumento del tiempo de denominación correspondiente a los dibujos. Para unos mismos sujetos la diferencia es como sigue:

Cuadro V

Sujetos	TIEMPO		
	Objeto	Dibujo	Diferencia
G. C.	600σ	745σ	+ 145σ
V. de R.	850	950	+ 100
A. V.	800	947	+ 147
J. O.	720	812	+ 92
G. K.	600	746	+ 146

En seguida se ocurre, como interpretación de este hecho, suponer que es más difícil reconocer el dibujo de una cosa que la cosa misma; pero los experimentos realizados para comprobar esta hipótesis demuestran precisamente lo contrario: la serie de diez dibujos fué nombrada invariablemente con más rapidez que la serie de diez objetos. La verdadera explicación ha de buscarse, a mi juicio, en la visible fatiga que produce el ejercicio de denominación cuando se trata ya de un centenar de objetos, sean cosas o grabados. En varias pruebas, en efecto, se anotó, a más de la duración total, el tiempo correspondiente a cada diez dibujos nombrados, y se pudo observar que este tiempo crece notablemente durante las decenas del 20 al 50, decrece algo desde el 50 al 70 y vuelve a aumentar desde aquí hasta 100 (1). En algún caso la desproporción llegó a ser la siguiente:

(1) Esto parece confirmar la opinión de algunos psicólogos acerca del ritmo de la atención.

Promedio de denominación de un dibujo, cuando la serie alcanza a 10 : 650 σ
» » » » » » » » » » 25 : 920 σ
» » » » » » » » » » 100 : 800 σ

Tiempo de comprensión

Experimento núm. 5

Se forma una serie de 100 palabras de dos sílabas (substantivos) variando en cuanto sea posible los significados (v. g.: *marqués, hacha, violín, sebo, calle, sota, hilo,* etc.). Entre dichas palabras ha de haber algunas, distribuidas simétricamente, que sólo sean palabras en apariencia, es decir, que estarán compuestas de parejas de sílabas sin sentido (v. g.: *pleta, serge, yane, piza,* etc.). En el experimento que se reseña, las palabras falsas ocupaban los lugares de la serie correspondiente a los números 1, 7, 10, 17, 20, 27, 30, 37... y así hasta 97, 100.

Se recomienda al sujeto que lea para sus adentros la serie de palabras, *comprendiendo* sus significados, y se le advierte que cada vez que tropiece con una palabra que no entienda deberá hacer una señal convenida (dar, por ejemplo, un golpecito con el dedo índice en el tablero de una mesa). No hay para qué decir que la inclusión de las palabras falsas se encamina a evitar que el sujeto lea maquinalmente y pase de unas palabras a otras sin detenerse a pensarlas y *entenderlas.*

Como en la disposición adoptada son falsas las palabras inicial y final, las señales correspondientes a ambas (o sea la señal primera y la vigésima primera) marcan el principio y el fin del experimento y, por tanto, cuándo toca disparar y detener el cronoscopio. El experimentador debe vigilar la lectura y contar el número de señales para anotar cualquier error, si lo hubiere.

Cuadro VI

Tiempo de comprensión de 100 palabras

	Sujeto	Tiempo
	G. C.	42″
	M. K.	46
	V. de R.	42
	E. Mz.	43
	E. E.	49
	A. V.	45
	J. O.	36
	J. Col.	43
	J. C.	40
	T. N. T.	44
Total	10	430σ

Promedio por palabra: 430σ

Experimento núm. 6

Hemos visto en el experimento núm. 4 que la operación que consiste en hallar y expresar el nombre de un objeto es lo bastante fatigosa para que su repetición más allá de cierto límite (desde la vigésima denominación) alargue de manera notable la duración del proceso. Ahora se trata de hacer igual observación respecto del proceso inverso; es decir, se desea averiguar si el tiempo de comprensión aumenta también a medida que se avanza en la serie de cien palabras.

Para ello se substituye la boquilla del kimógrafo por la pera de goma de un obturador fotográfico, y se ordena al sujeto que cada vez que, en el ejercicio de comprensión, tropiece con una palabra

que no entienda, oprima ligeramente la pera. Como ya sabemos que los vocablos falsos están distribuidos entre los verdaderos con intervalos regulares y conocidos, nos bastará luego medir las distancias del trazado comprendidas entre cada dos señales para obtener la duración exacta de todos los períodos de ambas clases: de los cortos correspondientes a los lugares 7 a 10, 17 a 20, 27 a 30, etcétera (comprensión de tres palabras), y de los largos (comprensión de siete palabras) correspondientes a los lugares 10 a 17, 20 a 27, 30 a 37, etc.

En el cuadro siguiente la primera columna indica los números de la serie 1 a 100 correspondientes a las palabras falsas y, por tanto, a las señales inscritas en el cilindro registrador; la segunda columna expresa el momento en que se inscribe cada señal, desde la primera, que coincide con el 0, hasta la última, que marca la duración total del experimento. Las columnas 3.ª y 4.ª registran el tiempo transcurrido entre cada dos señales, o sea la duración de las dos clases de períodos, cortos y largos (1).

---

(1) Tanto en el período corto como en el largo entra en cuenta una palabra falsa que ha de ser reconocida como tal y señalada en la forma convenida. El tiempo invertido en ambas operaciones es sin duda mayor que el necesario para la simple comprensión de las palabras verdaderas.

Cuadro VII

Comprensión de 100 palabras

Números de la serie	Tiempo	Duración de los períodos: Largos	Duración de los períodos: Cortos
1	0		
		2''400	
7	2''400		
			1''000
10	3''400		
		3''200	
17	6''600		
			1''400
20	8''000		
		3''300	
27	11''300		
			1''300
30	12''600		
		3''200	
37	15''800		
			1''200
40	17''000		
		3''200	
47	20''200		
			2''600
50	22''800		
		3''200	
57	26''000		
			1''600
60	27''600		
		2''600	
67	30''200		
			1''500
70	31''700		
		2''600	
77	34''300		
			1''400
80	35''700		
		3''000	
87	38''700		
			1''400
90	40''100		
		3''400	
97	43''500		
			1''700
100	45''200		

Promedio por palabra: 452 σ

El promedio de tiempo de comprensión por palabra, 452σ, concuerda perfectamente con los datos del Cuadro VI, obtenidos con el cronoscopio.

En cuanto a los efectos de la fatiga, el resultado fué francamente negativo. En la columna 3.ª, quitada la primera cantidad, que, por conveniencias prácticas del experimento, contiene seis palabras en lugar de siete, vemos que, con sorprendente exactitud, se repite la cifra 3″200 hasta cuatro veces. Hacia el final decrecen los períodos en lugar de aumentar, y el mayor de todos, el último, sólo excede en 20 centésimas de segundo del valor de la cifra más frecuente. De los períodos cortos hay que separar el quinto, 2″600, alargado probadamente por la vacilación que produjo la palabra falsa «lorce». Entre los restantes la cifra más repetida es 1″400 y las oscilaciones son más amplias que en los períodos largos, lo cual proviene, sin duda, de que el efecto perturbador ocasionado por la aparición de la palabra falsa—valor muy variable según que la fisonomía de ésta recuerde más o menos la de algún vocablo conocido—se diluye en los períodos largos entre siete procesos de comprensión, contra sólo tres en los cortos.

A pesar de esto la proporción entre el número de palabras de ambos períodos 7 : 3, corresponde con bastante aproximación a la relación de los tiempos.

$$7 : 3 :: 3''200 : x \; ; \; x = \mathbf{1''371}$$

Substituyendo la cifra errónea de la 4.ª columna, 2″600, por el valor más frecuente de la serie, 1″400, obtendríamos como promedio para el período corto, **1″390**.

Experimento núm. 7

A pesar de las precauciones adoptadas en los precedentes experimentos de comprensión (5.º y 6.º), puede caber aún la duda de si el sujeto se limita a *reconocer* la palabra en lugar de *entenderla* como se le pide. Para eliminar por completo esa duda se ha imaginado la prueba siguiente:

Se escriben en un tarjetón, A, siete u ocho parejas de vocablos

sinónimos, o cuando menos muy afines, y entre estas parejas se intercalan otras, hasta completar 10, cuyos términos sean claramente desemejantes, v. g.:

Baile - danza
Asno - burro
Cama - lecho
Vientre - panza
Plomo - grasa
Barro - lodo
Rostro - cara
Baúl - cofre
Suelo - piso
Trono - limón

En otro tarjetón, B, se disponen otras diez parejas, también alternadas las de términos afines con las dispares, pero formadas con substantivos abstractos. El tarjetón C contiene en igual forma adjetivos de cualidad material; D se compone de adjetivos de cualidad inmaterial y E de verbos. En junto cinco tarjetones con 10 parejas cada uno, o sea, 100 palabras en total. El sujeto ha de leer interiormente las dos voces de cada pareja, después ha de evocar los conceptos correspondientes, ha de compararlos y ha de formular un juicio acerca de la semejanza o desemejanza de los términos. En caso de semejanza pasará a leer la pareja siguiente; en caso de desemejanza dirá en alta voz «no».

Aquí no parece ya que sea posible eludir la comprensión de los vocablos.

CUADRO VIII

Comprensión de 100 palabras

Sujetos	TIEMPO PARCIAL A	B	C	D	E	Total
E. E.	6″50	8″	7″	8″50	8″	38″
A. V.	6″	7″40	6″	7″65	6″30	33″35
R. Fz.	6″65	8″	7″	8″	7″75	37″40
V. de R.	7″	5″25	6″50	6″	7″	31″75
J. O.	5″75	6″	5″25	5″10	5″35	27″45
E. Mz.	6″25	8″	7″	8″30	7″	36″55
TOTAL 6	38″15	42″65	38″75	43″55	41″40	204″50
Promedios:	6″37	7″10	6″45	7″25	6″89	34″08

Promedio por palabra: 340σ

Los resultados de este experimento comparados con los de las pruebas de comprensión anteriores son verdaderamente sorprendentes. En los ejercicios 5.º y 6.º el trabajo mental exigido se reducía a *entender* el significado de las palabras y esto con una amplitud casi ilimitada. En presencia de la palabra «violín», por ejemplo, el sujeto podía evocar la significación concreta y hasta la imagen visual de la cosa, o bien contentarse con pensar «sé lo que es». Ahora la representación de los conceptos ha de ser lo bastante precisa para basar en ella una comparación; y además entre cada dos procesos de comprensión se intercala una nueva operación intelectual de orden superior y distinta del mero mecanismo asociativo: la formación de un juicio.

La prueba de que efectivamente sucedía todo esto se dedujo del examen introspectivo de los sujetos y muy singularmente en los casos de vacilación o de error. Una de las parejas de la tarjeta B, (substantivos abstractos) está formada con las palabras: «Calma-

prisa». Parece que la oposición de conceptos había de saltar a la vista, sobre todo si se considera que dicha pareja está situada entre dos de ideas evidentemente afines: «temor-miedo» y «rabia-coraje», y con todo varios sujetos vacilaron o se equivocaron en el juicio correspondiente a aquella pareja. Preguntado uno de ellos acerca de las causas de su error, explicó que había evocado perfectamente los dos conceptos de «calma y de «prisa», y que conscientemente los había dado por afines, puesto que se le presentaron como dos magnitudes de una misma dimensión: Calma = poca prisa; prisa = poca calma.

También la pareja «flaco-seco» dió origen a confusiones, porque el segundo término, en lugar de ser comprendido como «enjuto, de pocas carnes», evocó la idea de «privado de humedad».

Pues bien, contra lo que era de esperar, el promedio del *tiempo de comprensión y juicio* de este último experimento, fué sólo de 340σ es decir, notablemente inferior al *tiempo de comprensión simple* obtenido anteriormente, 430σ.

Los promedios parciales de las distintas series de parejas muestran que la gradación de dificultad es como sigue: substantivos concretos (A), 6″37; adjetivos de cualidad material (C), 6″45; verbos (E), 6″88; substantivos abstractos (B), 7″10; adjetivos de cualidad inmaterial (D), 7″25.

Y aquí termina la exposición de los contados experimentos que he podido llevar a cabo con los medios que he tenido a mi alcance. Muchos otros se han quedado en proyecto, en espera de una coyuntura propicia para proseguir en un verdadero laboratorio de psicología la investigación comenzada. Entonces será también ocasión de repetir en gran escala y con mayores garantías de exactitud las pruebas que preceden, pues no se me ocultan las ventajas que habría reportado el empleo del cronoscopio eléctrico, del taquitoscopio, de las llaves labiales, etc., etc.

Para disminuir, en lo posible, las causas de error, he procurado operar siempre con largas series de objetos y palabras (10 cuando menos), a fin de que las inexactitudes imputables a las mediciones con cronoscopio de bolsillo quedasen reducidas, en los promedios,

a una centésima o a una milésima de segundo (esto último en las series de 100).

Ya sé —y al hacerlo constar me adelanto a una objeción probable— que la presentación en series tiene el inconveniente de que mientras el sujeto está, por ejemplo, nombrando una cosa, ha visto ya la que le sigue y ha empezado, por tanto, un proceso de denominación antes de terminar el precedente; pero este hecho, que no dejaría de ser inconveniente para la determinación de valores absolutos, (puesto que, al pisarse unos procesos a otros, el tiempo total de la serie resultaría evidentemente menor que la suma de los tiempos parciales), carece de importancia en nuestro caso, porque aplicado el mismo procedimiento a los dos términos de la relación que buscamos —denominación y comprensión— el cociente permanece invariable.

Hemos hallado como tiempo de denominación 700 σ por objeto. Este es el que pudiéramos llamar tiempo bruto, compuesto de:

t^1 = tiempo que media entre la excitación y la sensación.
t^2 = » » » » » sensación y la apercepción.
t^3 = » » » » » apercepción y la evocación de la imagen verbal (1)
t^4 = » » » » » presentación de la imagen y su transmisión a los órganos del lenguaje.

El tiempo puro de denominación sería t^3.

De igual manera podríamos descomponer el tiempo bruto de comprensión para cada pareja del experimento núm. 6, en:

t^1 = excitación A-sensación A′
t^2 = sensación A′-apercepción A″
t^3 = apercepción A″-evocación del concepto correspondiente A‴
t^4 = excitación B-sensación B′
t^5 = sensación B′-apercepción B″
t^6 = apercepción B″-evocación del concepto B‴

---

(1) Si la imagen evocada no es precisamente la cinestética o articulatoria, sino la visual o la acústica, éstas han de resolverse en aquélla, que es la única que puede ser transmitida a los órganos de fonación.

t^7 = comparación de los conceptos A''' y B'''
t^8 = juicio.
t^9 = tiempo de elección (1).
t^{10} = reacción verbal (2).

De donde se deduce que los tiempos puros de comprensión serían t^3 y t^6.

La evaluación de los tiempos parciales que nos interesan exigiría, en primer término, la determinación exacta de todos los demás valores, cosa a que no puede aspirarse seriamente en el estado actual de la ciencia; pero, aun logrado esto, todavía sería prudente desconfiar de los resultados obtenidos, ya que nada nos prueba que sea lícito sumar y restar procesos lógicos como si se tratase de realidades físicas.

Nos atendremos, pues, a los tiempos brutos y sólo observaremos, por lo que se refiere a los datos del experimento de comprensión (núm. 6) que, correspondiendo a cada pareja de palabras 680 σ y estando incluída en esta cifra la duración del proceso de juicio, el tiempo de comprensión de cada palabra no puede ser superior a 340 σ.

En cuanto al tiempo de denominación, he de advertir que el promedio obtenido en los precedentes ensayos (700 σ) es bastante superior al calculado por Cattell (545 σ). De las varias causas que contribuyen a justificar esta diferencia la principal consiste, sin duda, en la distinta finalidad de las investigaciones. El ilustre psicólogo americano se proponía medir la duración absoluta de determinados procesos psicofísicos: tiempo de reacción simple, de discernimiento, de elección, de reconocimiento, de denominación, etc. Le interesaba, pues, aquilatar la máxima rapidez posible de dichos procesos. Nosotros perseguimos únicamente una relación entre dos operaciones del lenguaje y nos basta saber que los datos que hemos de comparar están obtenidos en igualdad de condiciones. Por otra parte, Cat-

(1) El tiempo de elección, *Wahlzeit*, es el que emplea el sujeto en decidir si ha de hacer o no la señal convenida: en nuestro caso decir «no».

(2) Sólo en los casos de desemejanza, pues en los restantes el sujeto permanece callado.

tell, experimentador profesional, dedicado durante largos años a la práctica diaria de toda suerte de reacciones, se tomó a sí mismo como sujeto de sus experimentos. Los sujetos utilizados por mí no habían pisado jamás un laboratorio de psicología; es más, en mi afán de reproducir en los experimentos el funcionamiento normal del lenguaje, he considerado tan esencial la falta de adiestramiento de los sujetos, que, cuando alguno falló en una prueba, por inadvertencia suya o torpeza mía, preferí prescindir de él antes que repetir la experiencia desflorada.

Viniendo ya al pormenor de la experimentación, hay que advertir que Cattell se hacía presentar cada vez un dibujo, elegido de entre 26 que le eran perfectamente conocidos de antemano; mientras que yo operé siempre, por principio, con series de objetos o dibujos absolutamente desconocidos para el sujeto hasta el momento de la prueba (1). Y esto modifica de manera notable los resultados. El tiempo de denominación de la serie de 100 grabados disminuyó, por término medio, en una segunda lectura, 200σ por grabado.

De todo lo cual me parece lícito deducir que, practicados mis experimentos con igual plan y en las mismas condiciones que los de Cattell, los resultados no se habrían apartado mucho de los suyos.

Así, pues, la expresión numérica buscada sería:

$$\frac{\textit{Tiempo de denominación}}{\textit{Tiempo de comprensión}} = \frac{700\,\sigma}{340\,\sigma}$$

Esto en cuanto a la rapidez de los procesos. Por lo que toca al esfuerzo requerido y a la seguridad de los resultados, recordaremos solamente, con referencia a los experimentos números 4 y 6, que la denominación es incomparablemente más fatigosa que la comprensión y mucho más ocasionada a errores.

Veamos ahora si se vislumbra alguna explicación plausible de estos fenómenos que estamos estudiando.

---

(1) Así y todo alguno de mis sujetos (E. Mz., cuadro I) alcanzó un mínimo de 570 por objeto.

El mecanismo de la memoria y la función del lenguaje.

Ya van quedando atrás aquellos tiempos en que, a consecuencia del descubrimiento de Broca y de la subsiguiente interpretación anatómico-fisiológica de las diversas variedades de afasia, parecía que, por fin, la Naturaleza se había dejado arrebatar los planos de la maravillosa oficina en que se elabora el lenguaje verbal. Se localizaron en determinadas regiones cerebrales las distintas funciones que concurren a la formación de la palabra; se discutió, cual si se tratase de una red telefónica, el esquema de las comunicaciones que unen entre sí los centros visual, auditivo, articulatorio, gráfico y de ideación, para no citar sino los más generalmente admitidos; se asignó a las células corticales de cada uno de estos centros el papel de compartimientos destinados a registrar las percepciones respectivas y hasta se llegó a calcular la suma de todas las percepciones posibles durante una vida normal, para deducir, de la aproximada coincidencia del número de éstas con el de células piramidales, una prueba en favor de la función archivadora atribuida a dichas células.

Claro es que nunca llegó a reinar completa unanimidad entre los autores respecto de los particulares enumerados; pero las discrepancias más importantes surgieron después, al tratar de resolver la dificultad capital del problema, a saber: cómo se efectúa en el cerebro el almacenamiento de las imágenes y su evocación ulterior. ¡Y es que aquí se tocaba ya a la esencia de la memoria, que es, no sólo condición primordial de la producción del lenguaje, sino la clave misma de toda nuestra vida espiritual!

Varios fueron los caminos seguidos por los cultivadores de la psicología fisiológica para explicar los fenómenos de conservación y reviviscencia de las percepciones. Según la teoría de la *persistencia de la impresión*, la excitación inicial perdura indefinidamente en la célula, aunque sólo se haga consciente en el momento del recuerdo. La *teoría de las huellas* admite la vuelta al reposo de la célula impresionada, pero modificada ya de manera indeleble, bien sea en su estructura molecular o en su capacidad dinámica; y la teoría de la *disposición* supone que todo elemento nervioso afectado por un excitante sufre un principio de adaptación funcional que lo mantie-

ne siempre favorablemente dispuesto para la reproducción del proceso anterior (1).

En cuanto a los puntos de vista adoptados para ilustrar la última fase del hecho mnésico, que comprende la evocación de la imagen y su reproducción, reconocimiento y localización en el tiempo, es de notar, más aún que la disparidad de criterios, la vaguedad e inconsistencia de las explicaciones ofrecidas. Prescindiendo del pormenor anatómico, cada vez más puntualizado a medida que se adelanta en el conocimiento de la estructura cerebral, nos limitaremos a recordar que se ha comparado el funcionamiento de la memoria al de un piano mecánico (Spencer); que se ha intentado su equiparación a los procedimientos de la imprenta (Taine); que se ha representado la fijación y el despertar de las imágenes como algo parecido a la impresión y revelado de la placa fotográfica; que también se ha traído a colación el fonógrafo (2), y que más recientemente, en un interesante estudio de psico-mecánica, se ha establecido con todo pormenor el paralelismo funcional de la memoria y el de una instalación eléctrica, en la que la fuerza motriz (excitación externa: visual, auditiva, etcétera) pone en movimiento una dínamo (centros de recepción, sensoriales o motores), la cual engendra una corriente que se va almacenando en un acumulador (centro de percepción situado en los lóbulos frontales), desde donde puede volver a actuar sobre la dínamo, reproduciendo en ésta los mismos efectos (imagen primera) a que dió lugar la excitación inicial ya desaparecida (3). Otros autores han recurrido, para apoyar su tesis, a los fenómenos del magnetismo, y ¿para qué citar símiles ajenos? yo mismo me he atrevido a *explicar* (¡!) en algún tiempo la evocación de los recuerdos como el efecto de las ondas hertzianas (la atención) sobre un cohe-

---

(1) La insuficiencia de todas las hipótesis construidas con arreglo a las tendencias mencionadas, que pueden considerarse cardinales, ha dado origen a no pocas teorías intermedias, entre las cuales la llamada de la *huella disposición* es, quizá, la que recientemente ha logrado mayor número de adeptos.

(2) Véase el ingenioso artículo de Guyau, publicado en la *Revue Philosophique,* 1880, tomo primero, página 319.

(3) Dr. Paul Sollier, *Le Problème de la Mémoire.* (Alcan, París, 1900).

sor (fibras de asociación) que cierra el circuito que une los centros receptores (regiones corticales) con el de percepción.

Del examen de las teorías sucintamente mencionadas, y de todas estas comparaciones, más o menos groseras, en las que el hombre—por cierto con bien poca modestia—se permite equiparar a sus propios inventos la prodigiosa máquina de la vida mental, sólo una cosa se deduce con evidencia: que las incógnitas fundamentales del problema de la memoria continúan tan rebeldes al conocimiento científico como en los tiempos de Aristóteles. Descendiendo, en el terreno fisiológico, hasta las mismas fronteras de la materia inerte, descubrimos que el hábito de la célula, considerado como el hecho primario de la memoria orgánica, constituye un enigma indescifrable en el estado actual de la ciencia; si desde aquí nos remontamos hacia las manifestaciones más elevadas del fenómeno mnésico, pronto cierra nuestro camino un abismo insondable, que en vano trata de salvar la ciencia positiva tendiendo a modo de pasadera frases ambiguas o conceptos vacíos. Y si, por último, nos proponemos averiguar cómo se relacionan, se compenetran y se influyen recíprocamente lo psíquico y lo físico, es decir, los estados de conciencia y los procesos fisiológicos correspondientes, de nuevo nos sale al paso el misterio, y oímos al propio Wundt, preclaro fundador de la moderna psicología experimental, acogerse al animismo aristotélico-escolástico, reconociendo en él la más plausible conclusión metafísica que ha podido deducir de sus trabajos, o vemos al fundador del pragmatismo, al ilustre W. James, postular, como «la más sencilla fórmula psico-física», un alma «*influida de alguna manera misteriosa* por los estados cerebrales».

Pero la breve intrusión que estamos cometiendo en el campo de la psicología fisiológica no se encamina a señalar el actual retorno de esta ciencia hacia una concepción francamente espiritualista de su objeto; lo que cuadraba a nuestro propósito era situar convenientemente ciertos fenómenos del lenguaje dentro del problema general de la memoria, recordar el estado de éste y ver, consiguientemente, hasta dónde pueden ahondar los cimientos de la especulación que nos ocupa.

Ley del ejercicio funcional.

Entre las conclusiones provisionales deducidas del estudio y observación de los hechos mnésicos—conclusiones que llamaremos leyes para no infringir la nomenclatura corriente—la que principalmente nos importa es la del «ejercicio funcional», según la cual toda función se perfecciona y consolida por el ejercicio y decae o desaparece por el desuso. En el terreno puramente fisiológico esta ley tiene sólido apoyo en el hecho, experimentalmente demostrable, del aumento de la excitabilidad de los nervios a consecuencia de la excitación reiterada. Paralelamente, en el dominio de lo psíquico se demuestra también que la asociación repetida de percepciones o estados de conciencia, estrecha y fortifica el vínculo formado entre los términos de la asociación.

En esta ley se apoya Wundt para explicar la persistencia de la conexión palabra-concepto cuando la inversa, concepto-palabra, se debilita o deja de existir. «El hecho de estar olvidada—dice—la palabra correspondiente a un objeto no implica en modo alguno que siempre que esto ocurra se halle interrumpida la asociación contraria; antes bien, en los grados de perturbación leve (1), la palabra correspondiente a un concepto se reproduce generalmente con entera seguridad. La razón de esto, según las leyes de la asociación, estriba en que, a poco que nos sea conocido el significado de una palabra, asociamos *constantemente* a ella la representación correspondiente, mientras que no puede decirse que asociemos *siempre* a cada representación la palabra que la designa» (2).

Hasta aquí la argumentación de Wundt me parece no sólo satisfactoria sino adecuada también para esclarecer, trasladada de lo patológico a lo normal, los fenómenos que pretende representar nuestro esquema (pág. 38). Pero continúa el insigne maestro: «Así, pues, aquella dirección de la asociación (3) es la más ejercitada: frente a la dirección inversa resulta tan favorecida como la asocia-

---

(1) Conviene advertir que el ilustre psicólogo no trata aquí, como nosotros, del funcionamiento normal del lenguaje, sino de los casos de afasia amnésica.

(2) *Völkerpsychologie. Die Sprache.* Leipzig, 1911. T. I pág. 568.

(3) De la palabra al concepto.

ción de las letras en el orden de la serie A a Z, comparada con la asociación en orden contrario». Y ya en estas últimas palabras se ingiere un nuevo principio, el de «dirección de la asociación», que sobre estar asentado en una base discutible, no es aplicable, en mi humilde opinión, al problema de que tratamos.

La asociación retrógrada.

Primeramente, el ejemplo sacado de que la facilidad con que asociamos las letras es mayor siguiendo el orden alfabético que en sentido contrario, me parece abiertamente recusable. La serie de sonidos que se origina al recitar los nombres de las letras para aprenderlas por su orden, no se graba en nuestra memoria de una pieza, sino en grupos de cuatro o cinco sílabas, según el ritmo de recitación empleado, y estos grupos *a-be-ce-de, e-efe-ge,* etc., son los que constituyen verdaderas unidades, cuyos elementos quedan como soldados entre sí. Muchas veces, en efecto, la evocación de una letra por la anterior, caso frecuentísimo en la consulta de diccionarios, nos obliga a recorrer mentalmente todo un grupo de estos para situar con seguridad la letra que buscamos. Así, pues, no parece exacto decir que el grupo *abecede*, representado por una sola imagen articulatoria, sea la resultante de una serie de asociaciones a→b, b→c, c→d, ya que entonces habríamos de admitir, por igual motivo, que toda palabra polisilábica es una suma de las asociaciones de sus sílabas (*alfabeto* sería igual a al→fa + fa→be + be→to.) A más de que las circunstancias de contigüidad, homogeneidad de percepciones, etc., que concurren en la asociación de las letras entre sí, no guardan relación alguna con el vínculo de índole especial que une la palabra, fenómeno sensible, con la idea, fenómeno psíquico.

En cuanto al principio mismo de la dirección de la asociación (1) suponiendo que pudiera ser admitido sin reservas (2), habria que

(1) Este principio se suele formular así: «La fuerza de la asociación depende de la dirección en que se ha efectuado de manera preponderante la *creación* de la asociación». O bien «La fuerza asociativa es menor (próximamente 1/3) en sentido inverso al de la creación de la asociación». Véase Claparède, *L'Association des idées* (Paris, O. Doin, 1903) pág. 129.

(2) Conviene advertir que la existencia de la asociación en sentido inverso, llamada también *asociación recurrente* o *retrógrada*, no está fuera de duda, a

demostrar, antes de utilizarlo para nuestro propósito, que la asociación entre el concepto y la palabra se *crea* siempre en el sentido palabra→concepto; y tal demostración, que ni siquiera es de resultados concluyentes respecto de las primeras manifestaciones de la palabra en el niño, no puede hacerse extensiva, en modo alguno, a las ulteriores etapas de la adquisición del lenguaje, a las cuales corresponde la mayor parte del caudal léxico del adulto. Por otra parte la observación clínica de los casos de afasia en que la comunicación C→P está del todo rota mientras la inversa P→C funciona normalmente, parece indicarnos que se trata, no de un mismo trayecto nervioso, expedito en una dirección y obstruido en la opuesta, sino de dos vías nerviosas diferentes, una de las cuales puede continuar intacta aunque en la otra exista alguna lesión.

Interpretación de los experimentos.

Así, pues, procuraremos interpretar nuestro esquema apoyándonos exclusivamente en la ley del «ejercicio funcional».

CASO 1.º $\frac{P\ C}{C\ a\ P}$.—*Ejemplo:* «mano». Prescindimos de averiguar si existió antes en nosotros el concepto que la palabra y renunciamos, por tanto, a determinar en qué sentido se *creó* la asociación. Nos basta saber que está formada desde la niñez y que es tan sólida en ambas direcciones, C → P y P → C, que ningún individuo normal vacila para nombrar la cosa ni para comprender el nombre. La diferencia entre los dos trayectos se origina del mayor uso de uno de ellos, P → C, pues *siempre* que decimos, oímos o leemos «mano» evocamos el concepto correspondiente, es decir, *comprendemos* la palabra; mientras que *no siempre* que miramos o imaginamos una mano hemos de asociar a ella necesariamente su nombre. Por eso el proceso de *comprender*, más ejercitado que el de *nombrar*, resulta más rápido y expedito.

CASO 2.º $\frac{P\ C}{C\ b\ P}$.—*Ejemplo:* «pulgar». La diferencia entre el

---

pesar de los interesantes trabajos de Ebbinghaus (*Ueber das Gedächtniss*, Leipzig,1885), Müller y Schumann (*Experimentelle Beiträge zur Untersuchung des Gedächtnisses*, Zeitsch. f. Psychol. VI, 1894), y otros investigadores.

caso anterior y el presente estriba, sobre todo, en que aquí el mecanismo de denominación puede permanecer inactivo aun cuando el individuo necesite designar el objeto. No es fácil suponer, en efecto, que existan personas a quienes jamás se les haya presentado ocasión de nombrar la mano o que, puestas en este trance, hayan acudido a un rodeo; en cambio puede admitirse sin inconveniente que un individuo se vea pocas veces precisado a distinguir nominalmente el pulgar de los demás dedos, y que, aun alguna de esas veces, lo llame «dedo gordo» en lugar de aplicarle su nombre. Frustrada, pues, con relativa frecuencia, la comunicación C → P no es extraño que aparezca débil y premiosa.

Este caso representa el promedio de todas las curvas posibles entre la mínima C a P y la máxima C n P.

Caso 3.º $\frac{\text{P C}}{\text{C n P}}$.—*Ejemplo*: «escabel». El individuo (supongamos un oficinista que se sienta diariamente ante una mesa y apoya sus pies en una tarimilla inclinada recubierta de bayeta roja) aprendió alguna vez, hace tiempo, la denominación peculiar de este mueble. Le decimos ahora que lo designe y empieza por usar de un rodeo, aunque a sabiendas de que el objeto tiene un nombre adecuado. Se esfuerza por recordarlo y hay momentos en que le parece tener la palabra en la punta de la lengua. Tal vez acuden a su memoria voces en que se contiene parcialmente la imagen articulatoria buscada (v. gr.: *«escaño», «cascabel»*, etc.) y con ellas el presentimiento de que el recuerdo va a surgir. (Estamos en el límite simbolizado por la línea de puntos C n P). Al fin, el sujeto se declara vencido. Mas si le recitamos una serie de palabras entre las que figure la olvidada, apenas la haya oído pronunciar la reconocerá con toda certeza. El trayecto P → C conservaba su conductividad y la comunicación se ha establecido instantáneamente. Y es que este trayecto, poco o mucho, había sido ya recorrido. Lo fué cuando el oficinista, poseyendo previamente un concepto preciso del objeto, se asimiló la combinación sonora «escabel» asociándola mentalmente a su significado, y volvió a serlo cada vez que la palabra se presentó en la conciencia, ora espontáneamente ora por haber sido

leída o escuchada. En cambio el trayecto contrario no había funcionado jamás.

Ateniéndonos, pues, a los experimentos y observaciones que preceden, creo que podemos dar por sentado que el paso del vocablo a la idea se efectúa ordinariamente de modo fácil y seguro, y que, en cambio, la evocación de la palabra por la idea es *siempre* más difícil y a menudo premiosa, intermitente y hasta nula; y si a esto añadimos la desproporción evidente entre el caudal de léxico activo y el latente, habrá que convenir en que el individuo normal, es decir, «el hombre blanco, adulto y civilizado», está mucho mejor dispuesto para la función pasiva del lenguaje —escuchar, leer y comprender— que para la activa.

Conclusiones que se deducen para la lexicografía.

¿Qué se deduce de aquí en relación con la lexicografía? Se deduce, a mi entender, que el auxilio más eficaz que esta ciencia puede prestar al lenguaje consistirá en equilibrar, cuando menos, las dos fases del proceso, favoreciendo la función activa, que, con ser la más importante es la más torpe, allanando o supliendo los caminos que van desde la idea a la expresión verbal, resolviendo, para decirlo de una vez, el problema inverso del que hasta ahora han venido proponiéndose los diccionarios. Porque no es lo más urgente, siquiera sea muy útil para determinados fines, disponer de un libro que nos enseñe a comprender lo escrito o a entender lo escuchado. Lo verdaderamente necesario, lo que todos echamos menos a cada paso, es un procedimiento mediante el cual se faciliten las operaciones activas del lenguaje (1), algo que, cuando llegue el caso, nos ayude a hablar, a escribir y también a pensar. A pensar, sí; porque este proceso intelectivo, sobre todo en su grado más alto, representado por el pensamiento conceptual, sería absolutamente infecundo, por no decir imposible, sin el auxilio de los signos verbales que concretan y retienen las ideas, impidiéndoles que se esfumen antes de haber

(1) Toda persona culta lee diariamente periódicos, novelas y tratados técnicos o científicos de su especial competencia sin tener que acudir, salvo rarísima excepción, al diccionario de la lengua. En cambio ¿cuántas de esas personas acertarán a redactar un par de cuartillas que sean *expresión fiel y exacta* de su pensamiento?

sido proyectadas distintamente en el campo directo de la visión mental (1).

No hace mucho que un ilustre individuo de esta Real Academia deseaba recordar el nombre con que se designa en castellano a la persona nacida a bordo de un buque. Le constaba que existía la palabra y que figuraba entre las 120.000 acepciones definidas en las 3.219 columnas de vuestro diccionario vulgar; pero ¿cómo dar con ella? ¿Dónde hallar el hilo de Ariadna de tan enorme laberinto? Tal vez pensaría entonces el ilustre académico, encarado con el infolio en que se encierra la secular e inestimable aportación de tantas generaciones de varones meritísimos, cuán triste es que ese inmenso tesoro no pueda ser convenientemente beneficiado. Porque en el vocabulario oficial, como en todos los compilados por el mismo sistema, *para poder buscar una palabra hay que empezar por haberla encontrado.*

La clasificación del vocabulario.

Reconozcamos que este modo de inventariar el léxico está muy lejos de ser satisfactorio y que va siendo ya hora de acometer derechamente, sin pararse en viejas rutinas, ni siquiera en tradiciones respetables, la catalogación metódica, sistemática, racional de las palabras, redimiendo de una vez a la lexicografía de la tiránica y estéril arbitrariedad del orden alfabético.

Ahora bien, ¿cuál ha de ser la base de semejante catalogación? Sin duda alguna la clasificación ideológica del léxico. Desde el punto de vista psicológico ya queda demostrado que, de cuantos elementos entran en el *complexus* psico-físico que llamamos palabra, el más estable y mejor aposentado en la conciencia es el concepto; a la luz de la lógica, considerados los vocablos como símbolos de las cosas e ideas, es evidente que la más natural agrupación de dichos símbolos será aquella en que guarden éstos entre sí una posición correlativa de la que nuestra inteligencia establece entre esas

(1) La importancia de disponer en cada caso del vocablo preciso no estriba sólo en que con ello se consigue mayor propiedad de lenguaje, sino principalmente en que, mediante la palabra exacta, adquiere claridad y fijeza la idea misma que se trata de expresar, con lo cual, antes que el mecanismo del lenguaje, resulta favorecido y mejorado el proceso de la ideación.

mismas cosas e ideas significadas, conforme a sus analogías y diferencias; y si, prescindiendo de especulaciones filosóficas, ponemos por juez al sentido común, seguramente nos concederá de buen grado que, así como la ordenación de una biblioteca por el contenido de los volúmenes es algo a todas luces superior a la yuxtaposición de las obras según el color de las pastas, así también el empadronamiento de las palabras con arreglo a su contenido esencial, es decir, por razón de su significado, representa en el orden del conocimiento una jerarquía superior a la que resulta de la mera colocación automática en series, gobernada por cosa tan extrínseca, fortuita, mudable y aun a veces disparatada, como es la letra inicial del vocablo (1).

No se me oculta que renunciar al ordenamiento alfabético para intentar la clasificación metódica de que ahora tratamos, es dejar un camino conocido que, si bien no conduce a parte alguna, es harto cómodo y seguro, para entrarnos en terreno tan incierto como escabroso, a sabiendas de que en él nos aguardan obstáculos casi insuperables. ¡Como que la catalogación ideológica de las voces, o sea su distribución en especies y en géneros lógicos jerárquicamente ordenados, supondría la clasificación previa de todo lo sabido y por saber, de cuanto existe o ha existido, del mundo real y del mundo de la conciencia, del universo, en fin, hasta donde ha logrado hallar expresión por medio de los signos del lenguaje.

La magnitud y dificultad de la empresa no necesitan encarecimiento. Ni siquiera podemos considerar resuelta la parte del problema que se refiere a la clasificación de las ciencias. En ella han trabajado ahincadamente filósofos de todos los tiempos, desde Aristóteles a Spencer (2), y no obstante el relativo valor de los diferentes

(1) Compárense las vacilaciones ortográficas: *arriero-harriero, harmonía-armonía, hierba-yerba, hieroglífico-jeroglífico, haca-jaca, véspero-héspero, nudo-ñudo, sandía-zandía, nutria-lutria,* etc., etc. *Hombre, honor* y otras muchas voces que hasta el siglo XVI se escribieron sin hache, se escriben hoy con ella, y no pocas palabras cuya inicial osciló largo tiempo entre la *b* y la *v* parecen haberse fijado por ahora en la grafía precisamente opuesta a la que etimológicamente les habría correspondido.

(2) Además de la clasificación de este último merecen especial mención las de Bacon, d'Alembert, Ampère y Comte.

sistemas propuestos, de ninguno puede decirse que merezca prevalecer sobre los otros. Es más, ni aun dentro ya de una ciencia determinada es fácil señalar una clasificación de la materia de su estudio que haya gozado durante largo plazo del unánime asentimiento de los especialistas. Y con todo, no creo que deba desistirse del empeño, pues, si por una parte llegamos fácilmente al convencimiento de que la clasificación perfecta del léxico es un ideal inasequible, nos consta, en cambio, que desde hace muchos siglos existen repertorios de voces ideológicamente ordenadas, y que en algunas lenguas se han publicado ya diccionarios metódicos de indiscutible mérito, cuya utilidad ha sido honrosamente sancionada por la práctica.

III

Ensayos de catalogación del léxico. En la antigüedad.

Entre los más antiguos intentos conocidos de clasificación de palabras por materias hay que incluir, a juzgar por la parte que ha llegado hasta nosotros (1), el *Attikai Lexeis* del famoso gramático griego, director de la biblioteca de Alejandría, Aristófanes de Bizancio (muerto 180 años antes de Jesucristo). Viene después el *Onomasticon* del sofista griego, natural de Naucratis (Egipto), Julio Pollux, que ocupó en Atenas una cátedra de retórica por nombramiento del emperador Cómodo. El *Onomasticon*, diccionario analógico en 10 tomos, es obra que todavía se consulta con fruto, no sólo para el estudio de la lengua, sino para resolver interesantes problemas de la antigüedad clásica (2). Próximamente a la misma época (siglo II después de J. C.) corresponde el diccionario chino *Shu Wen* de que hemos hablado antes.

La antigüedad del célebre diccionario sánscrito *Amara Kosha* no está aún claramente determinada. Mientras los letrados compatriotas del autor, Amara Shima, sitúan la vida de éste en el siglo anterior a Jesucristo, la mayoría de los orientalistas europeos se resisten a creer que la obra haya sido escrita antes del siglo IX de nuestra era. En cambio, el eminente catedrático de la Universidad de Oxford, H. H. Wilson, que hizo un profundo estudio de la cuestión,

---

(1) Impresa con otros fragmentos en Londres (1869) por Boissonade.

(2) Fué publicado por Aldus en Venecia (1500) y desde entonces ha sido reproducido varias veces.

termina su trabajo con las conclusiones siguientes: «O hay que asentir —dice— a la tradición indígena que coloca a Amara Shima en la época del primitivo Vikramáditya, es decir, 56 años antes de la era cristiana, o hay que admitir que floreció en los comienzos del siglo v (d. de C.) si nos atenemos a la posición de contigüedad de cosas y personas relacionadas más o menos directamente con la vida de nuestro autor». (1) De todos modos, y aun ateniéndonos a la fecha más tardía de las que se han propuesto, la distribución de materias en el *Amara-Kosha* es indudablemente obra de una inteligencia privilegiada. En los grupos de voces referentes a *mar*, *tierra*, *animales*, *plantas*, etc., aparecen cuidadosamente observadas las afinidades y relaciones existentes entre los diversos objetos, con arreglo a los conocimientos de la época; y aun en el terreno, ya más difícil, de las ideas abstractas, hay aciertos notables, como el colocar juntos (sección cuarta) los conceptos correspondientes a *inteligencia*' *raciocinio*, *conocimiento*, *sentidos*, *gustos*, *colores* y *olores* (2).

También debemos mencionar aquí el diccionario clasificado siriaco y árabe de Elías bar Shinaya, que nació en el año 975. La obra se titula *Kitab ut Tarjiman fi Taálem Loghat es Suriam* (Libro llamado el Intérprete para enseñar la lengua de los Sirios), y presenta el material léxico distribuido por conceptos en 30 capítulos, cada uno de los cuales se divide en varias secciones (3).

En la época moderna.

Viniendo ya a la época moderna, hay que señalar en Italia el *Memoriale*, de Jacopo Pergamino (1601); el *Vocabolario metodico italiano universale* (Venecia, 1845), de Giuseppe Barbaglia; el *Saggio di un Vocabolario metodico della lingua italiana*, de Carena (1851-1860); el *Vocabolario metodico italiano*, de Zanotto (1852-1855); el *Dizio-*

---

(1) *Essays analytical, critical and philological on subjects connected with Sanskrit literature*. Vol. III, pág 199.

(2) La primera edición traducida del *Amara-Kosha* es la publicada con texto inglés por Henry T. Colebrook en Serampoor (1808). Posteriormente se han impreso muchas otras en Londres (L. Deslongchamps. 1839-1845), en Berlín, Calcuta, Benares, etc.

(3) El manuscrito se conserva en el Museo Británico. Fué traducido al latín por el fraile menor Tomás de Navaria y publicado en Roma por Obicinus en 1630.

nario metodico (la ciudad, el Estado, la casa y la familia), de Francesco Corazzini (Turin 1885), el *Nuovo vocabolario metodico della lingua italiana,* de Fanfani y Frizzi (Milán, 1883) y el *Nomenclatore Scolastico* de Palmiro Premoli (Milán, 1915).

La lengua francesa cuenta con los siguientes diccionarios ideológicos: el *Vocabulaire systematique,* de Ploetz (obra elemental para las escuelas); el *Dictionnaire logique de la langue française ou Classification naturelle et philosophique des mots, des idées et des choses,* por Elías Blanc (1882); el excelente *Dictionnaire analogique de la langue française,* de Boissière (París, 1862), y el *Dictionnaire des idées suggerées par les mots,* de Rouaix.

Inglaterra posee el *Analytical Dictionary of the English Language,* de David Booth (Londres, 1835) y se enorgullece justamente del *Thesaurus* (1) de P. M. Roget, que es, indudablemente, entre todos los dicccionarios de su género el que ha obtenido acogida más favorable en el mundo entero. Ya a los pocos años de haber visto la luz fué imitado, mejor diríamos plagiado, en América del Norte, y traducido al francés por Robertson *(Dictionnaire Idéologique,* París, 1859). El *Deutscher Sprachschatz* de D. Sanders (Hamburgo 1878) y el *Deutscher Wortschatz, oder Der passende Ausdruck,* de A. Schelling (Stuttgart, 1892) son simplemente adaptaciones al alemán de la admirable obra de Roget.

También en España tenemos que señalar, siquiera sea para acusarnos de ello, cierta imitación del *Thesaurus* de Roget, perpetrada con el nombre de *Diccionario de Ideas afines* (2) por «una sociedad de literatos» cobijada, sin duda por sorpresa, debajo del nombre glorioso de un ilustre polígrafo, cuya memoria ha de ser doblemente venerable para vosotros los que os honrasteis teniéndolo por compañero. Para justificar esto que digo y por desagraviar en algún

---

(1) *Thesaurus of English words and phrases classified so as to facilitate the expression of ideas and assist in literary composition,* Londres, 1852.

(2) *Diccionario de ideas afines y elementos de tecnología, compuesto por una sociedad de literatos bajo la dirección de D. Eduardo Benot, de la Academia Española.* Tomo primero. Mariano Núñez Samper, Madrid, S. A. En una advertencia puesta al final del tomo se avisa que los *Elementos de Tecnología* han sido separados del Diccionario y que su publicacion se anunciará oportunamente.

modo la memoria del autor inglés, cuyo «sistema y acertado plan de clasificación» dicen haber seguido, «con toda fidelidad», los de la «sociedad de literatos», permitidme que exponga algunos ejemplos por donde pueda verse cuán maltratada fué la obra de Míster Roget por nuestros literatos en comandita.

En el grupo 361, correspondiente al apartado 1.º *(Vitalidad)* de la sección 3.ª *(Materia orgánica)* de la clase III *(Materia)*, hallamos la palabra «Homicidio», puesta a modo de epígrafe comprensivo de una larga serie de conceptos afines, de menor extensión y relacionados entre sí. No se trata, ciertamente, de una idea abstrusa y de límites inseguros, respecto de cuyo contenido pueda haber diferencias de criterio. *Homicidio* es la muerte de una persona, causada precisamente por otra. Pues bien, nuestros literatos asociados, enmendando la plana al original, han incluído en el citado epígrafe las voces siguientes: *caza, montería, pesca, morcilla para los perros, rejoneador, espada,* etc. Otra muestra de cómo entendieron los adaptadores la afinidad de ideas, nos la ofrece el grupo 250, titulado: «Convexo». Frases relacionadas con la idea de convexidad: «*Creer que todo el monte es orégano*», «*Tener buen diente*» y..... «PISTONUDO» (¡¡¡ !!!). Y no se crea que la originalidad de los socios literarios se redujo a elevar estas y otras expresiones igualmente elegantes a la categoría de frases proverbiales; donde más especialmente hicieron gala de fértil e ingeniosa inventiva fué en la creación de adverbios en *mente*. Sabido es que estas voces, verdaderas oraciones compendiadas, solían formarse en castellano a base de un adjetivo en forma femenina. El *Diccionario de Ideas Afines* ha ensanchado este molde tan estrecho. Sin salir del grupo núm. 86, correspondiente al concepto de «lista», vemos enriquecido el léxico con buen golpe de adverbios nuevos, tales como *remitidamente, facturadamente,* etc., y si no figura a continuación, como era de esperar, *ferrocarrilmente*, es, sin duda, por distracción de los autores, pues de ese mismo tipo, sustantivo más-*mente*, hallamos en otro lugar un ejemplo feliz: CONTERTULIAMENTE.

¿A qué continuar descubriendo la maléfica obra de los literatos anónimos? Ni siquiera consiguieron reunir a escote el mínimum de

cultura necesario para no destrozar el original en la parte en que sólo les tocaba traducirlo o copiarlo. La voz latina *gynecœum*, que en el *Thesaurus* figura incluida en el grupo «Mujer», se ha transformado, por obra y gracia de los adaptadores, en el nombre de un animal, escrito *gyneceum*, y colocado, por cierto, entre la vaca y la gallina. Cierta enigmática palabra, *habio*, que se lee en la página 158 del *Diccionario*, es simplemente la primera parte de un vocablo truncado: *abiogenesis*. No hay palabra extranjera cuya ortografía no resulte grotescamente desfigurada; las abundantes frases latinas del *Thesaurus* diríanse transcritas en la imitación castellana por un memorialista de portal; y para que en este punto no pueda atribuirse por entero a desidia lo que es principalmente absoluta carencia de humanidades, los literatos asociados han puesto, a manera de cuño, algún que otro latín de su cosecha, del calibre de *pulvis eris et in pulvis reverteris* (pág. 137), *lapsus plume* (pág. 224), *parturiens montis* (pág. 798), etc., etc.

Por fortuna no es el malhadado *Diccionario de Ideas Afines* el único intento español de clasificación de voces. Tenemos que citar con elogio el *Inventario de la Lengua Castellana*, publicado en 1879 por D. José Ruiz León, obra planeada tras largas y profundas meditaciones y llevada a cabo con paciente y honrada laboriosidad. El autor, que conocía el *Thesaurus* de Roget, se apartó del sistema de clasificación de éste, después de criticarlo con gran lucidez, pero se equivocó, a mi juicio, al tomar como base para su *Inventario* un criterio puramente gramatical: el de la división de las palabras según su oficio como partes de la oración. El autor no llegó a dar a luz más que una parte de su obra, la que comprende los verbos. Figuran estos distribuidos en cinco grandes clases: verbos sustantivos, auxiliares, de significación material, de significación inmaterial y de germanía.

También merece muy honrosa mención, en el terreno teórico, un discurso de D. Francisco Cutanda, leído ante esta ilustre Corporación en la sesión pública inaugural de 1869. El trabajo del docto académico versa sobre la «posibilidad y utilidad de clasificar metódicamente las palabras de un idioma», y contiene atinadas observaciones

e interesantes puntos de vista, sobre todo en lo que se refiere a las ventajas de la catalogación sistemática comparada con la alfabética. En cuanto al criterio de clasificación, el Sr. Cutanda propone también, como Ruiz León, la separación de las categorías gramaticales (1).

Examen y comparación de los sistemas de Roget y Boissière.

Como ni el espacio ni la ocasión permiten que nos detengamos a examinar los distintos sistemas empleados en la compilación de las obras hasta aquí mencionadas (2), prescindiremos por completo de las antiguas, que sólo pueden tener para nuestros fines un interés histórico, y tomaremos, de entre las más modernas e importantes, las dos que representan puntos de vista extremos en cuanto al modo de concebir la catalogación del léxico: el *Thesaurus* de Roget y el *Dictionnaire analogique* de P. Boissière.

La obra del autor inglés nos ofrece el tipo más acabado de una clasificación filosófica, ramificada en divisiones y subdivisiones y planeada como un gran casillero, en cuyos compartimientos, rotulados previamente en abstracto, han de ir entrando luego cuantas cosas e ideas tienen expresión en el lenguaje. «El principio que me ha guiado—dice Mr. Roget—al construir mi clasificación verbal, es el mismo que se emplea en las distintas ramas de la Historia Natural. Así, las divisiones que he formado corresponden a las familias

---

(1) Además de los trabajos que acabamos de enumerar, podrían citarse otros que, si bien no pertenecen a la lexicografía propiamente dicha, se han propuesto, para alcanzar sus respectivos fines, la clasificación ideológica del lenguaje. Tales son, entre otros, la obra del obispo Wilkins, *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* (1608), encaminada a la creación de un sistema de símbolos utilizables como lengua universal; la *Pasigraphie ou Premiers éléments du nouvel Art-Science d'écrire et d'imprimer une langue de manière à être lu et entendu dans toute autre langue sans traduction* (autor anónimo, París, 1797); y el notable trabajo de nuestro compatriota D. Bonifacio Sotos Ochando, titulado *Diccionario de Lengua Universal, precedido del resumen de su gramática y seguido de varios apéndices muy importantes.* (Madrid 1860). Este ingenioso ensayo de lengua universal obtuvo muy favorable acogida en los centros científicos extranjeros.

(2) Debo advertir que la breve reseña bibliográfica que precede no pretende, ni con mucho, agotar la materia, y que varias de las obras citadas, especialmente las antiguas, sólo han llegado a mi conocimiento por referencias más o menos directas.

naturales de la Botánica y de la Zoología, y la filiación de las voces presenta una trabazón análoga a la natural filiación de las plantas o de los animales». Las grandes clases de la clasificación son seis: Relaciones abstractas, espacio, materia, entendimiento, volición y afecciones. Cada clase comprende varias categorías: ESPACIO, por ejemplo, se divide en (I) *Espacio en general,* (II) *Dimensiones,* (III) *Forma* y (IV) *Movimiento.* Las categorías, a su vez, se dividen en secciones: la categoría *Forma* se descompone en (I) *Forma en general,* (II) *Forma especial* y (III) *Forma superficial;* y las secciones se subdividen en grupos numerados, cada uno de los cuales lleva a manera de epígrafe una palabra, «cabeza de grupo», representativa de la serie de conceptos afines reunidos a continuación de ella. Así, la sección *Forma superficial* se distribuye entre los grupos *Convexo-cóncavo, Puntiagudo-romo, Liso-áspero,* etc., dispuestos, por cierto, a dos columnas, de modo que, en cuanto sea posible, figure frente a cada idea su contraria.

El procedimiento imaginado por el autor del *Thesaurus* para la utilización de su obra se basa en la consulta del cuadro sinóptico de clasificación puesto al comienzo. Suponiendo que la palabra que deseamos hallar es, por ejemplo, «flora», examinamos las seis grandes clases generales antes mencionadas y nos detenemos, naturalmente, en *Materia;* de aquí pasamos a la categoría *Materia orgánica,* en cuya primera sección, *Vitalidad,* hay una división, *Vitalidad especial,* donde figura entre otros grupos el 367, titulado *Vegetal.* El sistema es indudablemente ingenioso, y en muchos casos produce el resultado apetecido; pero no todos los conceptos son tan fáciles de situar en el cuadro sinóptico como el del ejemplo citado. Es muy probable que quien vaya a buscar en el *Thesaurus* la palabra «crisálida» se dirija también a la clase III *(Materia)* categoría III *(Materia orgánica),* con lo cual habrá perdido el tiempo y el trabajo. Debió consultar la clase I (*Relaciones abstractas*), categoría VI, (*Tiempo*), sección 2.ª, (*Relativo*), subdivisión 3, (*Tiempo relativo a un período determinado*), grupo 129, (*Infante*). El camino para llegar a la voz *ptialismo* (secreción anormal de las glándulas salivales) es, según Míster Roget: Clase *Espacio,* categoría *Movimiento,* sección *Movimien-*

to en cuanto a la dirección, grupo *Excreción.* La palabra *café* está también en la misma sección *Movimiento,* grupo *Ingestión* (alimento). Y se podrían multiplicar los ejemplos para probar, no que la clasificación del *Thesaurus* sea más o menos arbitraria, que eso sería cuestión aparte, sino que el procedimiento de busca desde lo general a lo particular supone una previa coincidencia, no siempre posible de prever, entre el criterio del autor y el de quien haya de utilizar su obra.

La mejor y más eficaz crítica del sistema está en el hecho de que el propio autor, apartándose de su primitivo designio, haya tenido que incluir al final de su diccionario un extenso índice alfabético, donde cada palabra va acompañada de referencias a los distintos grupos específicos en que puede tener cabida según sus diferentes acepciones; y como dichos grupos están constituidos por conceptos afines, resulta que, conocido el signo verbal de cualquiera de ellos, se puede ir por derecho al grupo correspondiente, sin necesidad de interrogar el cuadro sinóptico de clasificación. Ya no importa saber si el concepto *ptialismo* está incluido en la clase general de *Relaciones abstractas,* en la de *Espacio* o en la de *Materia.* Con que nos venga a la memoria la voz *saliva,* o *glándula,* o *secreción,* o cualquiera otra semejante, el índice nos conducirá sin tropiezo al grupo que nos interesa. Es decir, que en lugar del proceso lógico—por el cual a partir de un concepto particular se va ascendiendo a otros de extensión cada vez mayor hasta llegar a la clase general, para desde aquí descender al grupo específico buscado— interviene, mediante el empleo del índice, el mecanismo psicológico, mucho más elemental y abreviado, de la asociación de ideas. Y naturalmente sucedió que, a la larga, ese repertorio alfabético, admitido tan sólo como recurso subsidiario, hubo de ser enriquecido y perfeccionado en ediciones sucesivas hasta convertirse, al fin, en verdadera clave del diccionario (1).

---

(1) En el prefacio de una edición póstuma, publicada por un hijo de Roget, se lee lo siguiente: «Aunque en el proyecto original de esta obra la operación de buscar la palabra deseada se concibió como un proceso en el cual se consultaría primeramente la clasificación y sólo se acudiría después al índice en caso necesario, yo creo que casi todo el que usa este libro considera más conveniente recurrir al índice en primer término» (pág. X).

Pues bien, ese índice con referencias, que en el *Thesaurus* representa una concesión del autor en contra de su primitivo criterio, constituye, en cambio, la base del sistema de catalogación imaginado por el profesor francés Juan Bautista Prudencio Boissière para su *Dictionnaire analogique de la Langue française.* El autor de esta obra, después de renunciar, con manifiesto desdén, a la distribución del vocabulario en categorías lógicas y a todo intento de clasificación transcendente, toma como puntos de orientación de su trabajo las conclusiones siguientes: Las voces de la lengua usual, la que se aprende en la infancia sin libros y sin profesores, se graban en la memoria de tal manera y se identifican hasta tal punto con las cosas significadas, que jamás se presentan éstas en la mente sin ir en compañía de su nombre adecuado. Por otra parte, todo lo que es objeto de nuestro pensamiento se formula de algún modo en la inteligencia, mediante términos usuales que nunca faltan; de lo que sí se puede carecer, y en efecto se carece a menudo, es del término propio, exacto, preciso, perteneciente a la lengua no usual. Luego el problema se reduce a facilitar el camino desde la voz vulgar, siempre presente, a la palabra técnica.

Ateniéndose a esta argumentación, que no nos toca ahora discutir, el lexicógrafo francés eligió unos dos millares de palabras, de esas que según él no se apartan nunca del concepto que representan, y a continuación de cada una fué reuniendo todos los vocablos emparentados con ella, sea por asociación de ideas, hábito de lenguaje, relación de causa a efecto, instrumento, etc. Los grupos resultantes aparecen en el *Dictionnaire analogique* ordenados alfabéticamente por la voz que les sirve de encabezamiento, o sea la tomada de la lengua vulgar; y paralelamente a esta serie de grupos corre por la parte superior de las páginas otra serie alfabética, formada por todas las voces de la lengua. Suponemos, reproduciendo un ejemplo del autor, que se desea encontrar una palabra que exprese determinado matiz de *temor*. Recorremos los grupos para ver si hay alguno encabezado con este último vocablo y el resultado es negativo. Entonces, en la misma página en que debía figurar alfabéticamente el grupo *temor*, acudimos a la serie alfabética superior y

allí está la voz *temor* sin el deseado cortejo de palabras afines, pero con referencias a los grupos *miedo* y *desconfianza,* para que de ellos escojamos el que mejor cuadre a nuestro propósito.

A primera vista, el criterio seguido por Roget en su *Thesaurus* y el adoptado por Boissière para su *Dictionnaire analogique,* no pueden ser más opuestos: el primero funda toda la eficacia de su repertorio en la exactitud y acierto de la clasificación previa; el otro ni siquiera cree conveniente esbozar las líneas generales de una división por materias. Pero la oposición de ambos métodos es más aparente que real. Indudablemente el lexicógrafo francés, no obstante su declarado menosprecio de las clasificaciones, hubo de fijarse algún plan para la determinación de esos dos mil vocablos, que, a manera de casilleros, habían de recoger después y encabezar el correspondiente grupo de conceptos afines; tendría que destinar cierto número de estos casilleros a cada uno de los distintos órdenes de conocimientos—ciencias naturales, ciencias abstractas, artes, oficios, etcétera—guardando para ello una prudente proporción según la extensión e importancia de cada materia; también es verosímil, que, siquiera por razones de conveniencia práctica, colocase juntos aquí los casilleros relativos a la marina, allí los pertenecientes a arquitectura, más allá los referentes a botánica, y así sucesivamente. Por otra parte, la profusión de referencias recíprocas, base esencial de todo el sistema, entre los grupos y entre las dos series alfabéticas (la general de la lengua completa y la restringida de los encabezamientos de grupos) exige, no sólo la contigüidad de los epígrafes afines, sino el establecimiento de un verdadero orden jerárquico dentro de los pertenecientes a una misma materia. Así, por ejemplo, entre los grupos *Animal* e *Insecto* se han de observar, para hacer las oportunas referencias, a más de las analogías existentes, las relaciones de dependencia y subordinación entre ambos conceptos, ya que el uno comprende al otro y no al contrario. Sería por tanto absurdo incluir, mediante una llamada, el grupo *Animal* debajo del epígrafe *Insecto*; en cambio en el epígrafe *Animal* no cabe dejar de referirse a los grupos *Insecto, Reptil, Molusco, Infusorio*, etc., por la misma razón que los grupos *Mosca, Mariposa, Larva, Gusano*, etcé-

tera, deben ser mencionados dentro del epígrafe *Insecto*. Y todo esto, bien se comprende, no puede hacerse de manera satisfactoria sin un ordenamiento previo de los materiales, sin una separación de los asuntos, sin un esquema en donde los conceptos ocupen planos distintos según su mayor o menor extensión, sin una composición de lugar, en fin, que podrá ser tan rudimentaria, tan empírica, tan provisional como se quiera, pero que necesariamente tendrá todos los caracteres de una verdadera clasificación. Por eso la diferencia, que parece esencial, entre el *Thesaurus* y el *Dictionnaire analogique*, estriba en que Roget formó sus cuadros sinópticos, no como un instrumento auxiliar para la compilación de su inventario del lenguaje, sino como un mecanismo permanente destinado a facilitar el manejo de ese inventario; al paso que Boissière, una vez terminada su obra, tuvo por cosa inútil el andamiaje levantado para construirla y lo hizo desaparecer.

Y en realidad pudo haber hecho otro tanto el autor inglés, pues ya hemos visto que, en la práctica, la verdadera clave de su diccionario no está, como él pensó, en los cuadros sinópticos, sino en el índice de referencias. Pero lo que nos interesa hacer constar es que, si el lector que consulta un diccionario por materias puede impunemente ignorar el sistema empleado para formarlo, el autor que se propone agrupar ideológicamente el caudal léxico de una lengua—y éste es el caso que estudiamos—necesita inexcusablemente adoptar para ello una clasificación apropiada.

¿Cuál? Mi respuesta concreta a esta pregunta habría de ser una exposición harto prolija de las tareas en que vengo empeñado desde hace algunos años y que aún no han tenido cabal realización. Hasta ahora sólo se me aparecen con evidencia los escollos en que naufragaron mis antecesores; por eso, considerándome incapaz de decidir por el momento cómo ha de ser, a mi juicio, la clasificación del vocabulario, séame permitido decir tan sólo *cómo*, a mi juicio, *no ha de ser*.

Métodos de clasificación según la lógica.

Suelen distinguir los tratados de Lógica dos géneros de clasificación: la natural y la artificial. Es la primera aquella que se funda en características externas, en semejanzas accidentales o extrínse-

cas, y tiene como fin principal la comodidad práctica de la investigación. La segunda, por el contrario, no se conforma con las apariencias: se esfuerza por penetrar hasta la última esencia de los seres y trata de disponerlos, según sus propiedades intrínsecas, en un orden que corresponda, en cuanto sea posible, a las relaciones y afinidades que existen en la realidad. A estos dos tipos clásicos hay que añadir, como consecuencia de las teorías evolucionistas, una nueva manera de clasificación: la llamada filogénica, genética o genealógica, que, confinada a la esfera de las ciencias naturales, pretende reproducir el orden en que los fenómenos y los seres han sido engendrados, determinados o influidos por otros anteriores.

A juzgar por las definiciones que preceden de la clasificación artificial y de la natural, pronto se echa de ver que ésta representa con relación a aquélla un evidente progreso en los métodos de investigación, correspondiente a una etapa superior del conocimento científico. De aquí el empeño legítimo que ponen los naturalistas y, en general, cuantos acometen la ordenación de alguna materia, en adoptar un sistema de clasificación *natural* y en hacerlo constar así. El ilustre Cutanda, en su ya citado Discurso, sueña con «arrancar a la *naturaleza* el secreto de la clasificación del lenguaje»; insiste a cada paso en que la clasificación ha de ser *natural* para que pueda ser al propio tiempo «perpetua y constante», y asegura que «la posibilidad de una clasificación *natural* de las palabras es una verdad absoluta».

Algunas normas para la catalogación ideológica del vocabulario.

Aquí tocamos ya, a mi entender, uno de los mayores obstáculos que se han atravesado en el camino de los autores de repertorios ideológicos; porque si yo fuera capaz de atribuir a una opinión mía el carácter de verdad absoluta, lo haría justamente para afirmar la *imposibilidad de una clasificación natural de las palabras* por razón de su significado.

Lo primero que conviene advertir a este propósito es que ese tan preciado calificativo de «natural», aplicado a las clasificaciones, resulta vacío de sentido si no se limita prudentemente su alcance. Mientras no exista una sola ciencia que haya agotado el objeto de su conocimiento hasta llegar a la absoluta certidumbre, es decir,

mientras sea posible entrever la probabilidad de nuevos descubrimientos, de nuevas investigaciones o, cuando menos, de nuevas hipótesis, todas las definiciones serán provisionales, y asimismo provisionales, condicionadas y mudables las clasificaciones a que sirvan de fundamento. Esto lo vemos en la misma Matemática que, por ser el prototipo de las ciencias abstractas, diríase llamada a gozar de mayor estabilidad en sus definiciones básicas que las ciencias experimentales y aplicadas: hasta hace poco tiempo las nociones de línea recta y de línea curva nos parecían tan terminantes y tan claras como definitivas y recíprocamente irreducibles. Hoy la recta es una curva (1) y la curva es... no sabemos lo que es (2). En la Física antigua toda clasificación que aspirase a ser natural, esto es, a agrupar los fenómenos con arreglo a su íntima esencia, tendría que colocar el calor y la electricidad entre los flúidos; la Física moderna, que conceptúa tal clasificación artificial, puesto que, a la luz de las nuevas teorías, sólo se atiende en ella al modo aparente de manifestarse y propagarse dichas fuerzas, las clasifica, al hacer la ordenación natural, entre los movimientos vibratorios del éter; y nada nos impide pensar que, a su vez, la Física futura, desde un nuevo punto de vista, no considere el criterio hoy vigente como arbitrariamente artificial. Luego, en el fondo, toda la excelencia de la clasificación natural estriba en un intento de acomodación de sus normas fundamentales a las corrientes científicas imperantes a la sazón en la disciplina de que se trate.

Ahora bien, esta acomodación que, siquiera sea aproximada y transitoria, es posible en este o en aquel sector de los conocimientos humanos ¿cómo podrá lograrse cuando la materia clasificable abarca la totalidad de los seres, actos, cosas, conceptos e ideas que tienen expresión en el lenguaje? Que una teoría acerca de la naturaleza del magnetismo llegue a ser compartida durante cierto tiem-

---

(1) «La recta es una circunferencia de radio infinito.»

(2) «Los matemáticos no se han puesto todavía de acuerdo acerca del concepto de curva». Study. (Citado por J. Rey Pastor, *Introducción a la Matemática superior, estado actual, métodos y problemas,* Biblioteca Corona, Madrid, 1916 página 82).

po por todos los cultivadores de esta especialidad, es cosa que, aunque desacostumbrada, no carece de verosimilitud; lo que no se concibe tan fácilmente es una interpretación del Universo que satisfaga por igual las exigencias de la Teología, de la Botánica, de la Geometría, de la Química, de la Sociología, de la Metafísica, etc., etc. Pero aunque contásemos con semejante interpretación, supuesto que la clasificación natural del Universo implica, no sólo el profundo conocimiento de las propiedades intrínsecas de todas sus partes —desde Dios hasta el infusorio y desde el firmamento hasta el átomo —, sino también la comprensión exacta de sus relaciones, afinidades e influencias recíprocas, todavía sería necesario sorprender el plan de la creación y poder seguirlo en todas sus fases antes de empezar a clasificar.

Otra grave dificultad para la catalogación analógica del léxico consiste en proponerse que cada palabra tenga asignado un puesto único en el cuadro de clasificación. También aquí se han querido seguir los métodos de las ciencias naturales, sin advertir que en éstas cada nueva clasificación borra las huellas de las anteriores; mientras que en el lenguaje perduran denominaciones pertenecientes a teorías y sistemas ya desechados hace siglos. Así, seguimos llamando *elementos* al fuego y al agua, según la antiquísima nomenclatura de la filosofía natural, y hablamos de *temperamentos flemáticos*, como en los buenos tiempos de la medicina hipocrática. A más de esto, hay que tener presente que si las ciencias particulares, al hacer el estudio de su objeto, pueden y aun deben prescindir de aquellas propiedades, aspectos o aplicaciones que no les incumben, el clasificador del léxico ha de considerar sucesivamente todas las relaciones y analogías que le sugieran las distintas acepciones de cada palabra, y aun las varias maneras en que puede ser mirado cada concepto. *Agua* es para la Química la combinación de dos volúmenes de hidrógeno con uno de oxígeno, para la Hidrología un agente geológico, para la Fisiología un alimento, y para el autor de un repertorio ideológico, todo eso y muchísimas cosas más que reclaman su sitio entre las respectivas ideas afines. A la *vaca*, como bestia de tiro, le corresponde un lugar junto al *asno* y la *mula*; como produc-

tora de leche ha de figurar al lado de la *cabra;* como animal de carne comestible ha de emparejarse con el *cordero* y el *cerdo,* y como individuo de la familia de los *bóvidos* ha de ir en la compañía del *búfalo* y del *carabao.* ¿No será, pues, arriesgado el empeño de querer abarcar los distintos aspectos de cada objeto desde un solo punto de vista, aunque lo pongamos muy alto y perfectamente situado? Este es el pecado original de esas clasificaciones filosóficas donde, a más de hacer que padezcan violencia las ideas para acomodarlas en casilleros inadecuados, se las reduce a meras abstracciones para la construcción de grandes síntesis, hasta conseguir, por ejemplo, que la *tortilla* figure entre las ideas de *Movimiento* (1).

Todavía conviene señalar otro peligro singularmente tentador para quien se proponga la ordenación metódica del léxico. «La mayor parte —dice el Sr. Cutanda— del imponente volumen de los diccionarios, consiste en *nombres* de los que llamamos *substantivos*..... Pues bien; esta sección inmensa, que forma la mayoría de las palabras en todos los idiomas, está ya clasificada, y sería temeridad y desperdicio de trabajo y de tiempo el insistir en una cosa que ya está hecha... Las ciencias naturales se hallan bastante adelantadas y presentan nomenclaturas completas de todos los seres corpóreos... Las físicas, las matemáticas, las químicas, definen y clasifican así los seres que son producto de composiciones, descomposiciones y combinaciones científicas, como las abstracciones y deducciones, las cualidades y propiedades que resultan del profundo estudio de las leyes de la Naturaleza.—Las ciencias médicas... la filosofía (lógica, crítica, metafísica, moral, teología)... la jurisprudencia, la politica, la economía, la estadística... la historia... la literatura... las artes y los oficios... todos, todos los ramos del saber humano... se han revestido ya de formas, nomenclatura y clasificaciones científicas.....»

En efecto, nada más seductor, a primera vista, que beneficiar sin esfuerzo el saber y la experiencia de los investigadores y trata-

(1) Roget, *Thesaurus,* grupo 298. El encadenamiento es el siguiente: Tortilla = alimento = ingerir = movimiento de fuera adentro.

distas especializados en los distintos órdenes del conocimiento; pero al discurrir de este modo se desconoce la fundamental diferencia que existe entre el lenguaje natural y las nomenclaturas científicas. En primer término hay que recordar que las denominaciones arbitrarias, y con frecuencia efímeras, de que se componen dichas nomenclaturas, constituyen una jerga artificial, formada en su mayor parte de elementos exóticos y en absoluto ajena a la estructura íntima del idioma. Además, se olvida que el lenguaje viviente, tanto al bautizar los objetos como al servirse de sus nombres, se guía preferentemente por el aspecto exterior de las cosas, por sus cualidades salientes o por sus aplicaciones prácticas, sin tener cuenta para nada de ciertos caracteres o propiedades, cuyo descubrimiento suele ser fruto de pacientes investigaciones y que, en muchos casos, permanecen de todo punto inasequibles a la observación ordinaria. Aunque todos los españoles supiésemos griego y entendiésemos, por ejemplo, que *díptero* vale tanto como de «dos alas», a muy pocos se les alcanzaría que en el grupo de los insectos así llamados es donde, técnicamente, tiene su lugar apropiado la pulga.

De todo lo cual se deduce, o deduzco yo, por lo menos, que la clasificación del vocabulario no ha de aspirar a ser científica, ni filosófica, ni natural.

Y ahora veamos las ventajas de diversa índole que de dicha clasificación se derivan.

IV

Utilidad científica y ventajas prácticas de la clasificación del vocabulario.

Vamos a prescindir de las fecundas consecuencias, de orden puramente científico, que ciertamente traería aparejadas el recuento metódico de los términos de un idioma. Es evidente que si la etimología y la semántica hallasen convenientemente agrupados los objetos e ideas que tienen expresión en el lenguaje y, en lugar de tomar como obligado punto de arranque el examen de las palabras, pudiesen completar sus procedimientos de trabajo yendo desde las cosas a los nombres, verían abrirse a su respectiva investigación horizontes no sospechados y dilatadísimos campos de estudio. Justamente comienza a florecer en nuestros días, con promesa segura de muy copioso fruto, una nueva rama de la filología (1), bautizada con el nombre de *Wörter und Sachen* (Palabras y cosas), cuyo objeto se cifra en indagar paralelamente todo lo relativo a la vida de los vocablos y a la existencia, propagación y vicisitudes de las cosas significadas por ellos. Es decir, que no sólo se intenta, como hasta aquí, averiguar la descendencia, filiación, parentesco y transformacio-

---

(1) Estos estudios cuentan desde 1909 con una magnífica revista: *Wörter und Sachen. Kulturhistorische Zeitschrift für Sprache- und Sachforschung.* Sus principales redactores son: R. Meringer, W. Meyer-Lübke, J. J. Mikkola, R. Much y M. Murko. En el artículo que sirve de prólogo a esta interesantísima publicación se lee lo siguiente: «Después de un período de saludable limitación de los estudios lingüísticos a la investigación de las modificaciones fonéticas, parece que ha llegado el momento de dedicar otra vez mayor atención al significado de las palabras, a las *cosas*. Y entendemos por tales no sólo los objetos materiales, sino también cuantas ideas, pensamientos e instituciones han hallado expresión en el lenguaje por medio de alguna palabra».

nes de tal o cual palabra, en determinado territorio lingüístico, sino que se pretende inquirir al propio tiempo cuáles son los nombres que el objeto, operación o idea de que se trata han recibido en dicho territorio. ¡Imagínese, pues, el precioso auxilio que significaría para estos estudios la posibilidad de saber en cualquier momento cómo se llama una cosa, y la inapreciable ventaja de hallar, junto a la denominación usual, sus sinónimos y las variantes correspondientes a los distintos períodos de la lengua y a las diversas regiones en que se habla!

También podríamos hacer resaltar cuán rico venero de datos ofrecería a las ciencias antropológicas una clasificación del vocabulario, que les permitiese determinar el caudal de palabras perteneciente en cada idioma a los distintos menesteres en que, desde los tiempos más remotos, viene empleándose la actividad humana (pastoreo, caza, agricultura, navegación, etc.); que les facilitase el cómputo de los términos expresivos de la vida sentimental, intelectual y moral de cada pueblo, y que les pusiese de manifiesto la índole, intensidad y dirección de la respectiva cultura, mediante el examen comparativo de las sucesivas etapas de la lengua.

La Real Academia Española y el diccionario analógico.

Pero esto nos entretendría más de la cuenta, y además me urge ya confesar paladinamente el propósito inmodesto y atrevido que se oculta en el presente discurso: atrevido, por cuanto, a todas luces, es muy superior a mis fuerzas; inmodesto, porque en lugar de acercarme a vosotros, según cuadra a mi ninguna autoridad, en humilde solicitud de enseñanza y consejo, me permito brindaros iniciativas sin haber traspuesto siquiera el atrio de este augusto recinto. Hasta aquí la demostración objetiva de mi tesis se proponía preparar vuestro ánimo; ahora la exhortación apremiante, la argumentación casi *ad hominem*, se encamina, ya sin rebozo, a la conquista de vuestro asentimiento. Pretendo persuadiros —y hablo con la irresponsabilidad de quien aun no se honró compartiendo vuestras tareas, pero con la fe y la vehemencia que nacen del profundo convencimiento— de que la obra más útil que hoy puede acometer la Real Academia Española, la más urgente para el adelantamiento de vuestra labor lexicográfica, y la más fecunda, a la par, en resultados benefi-

ciosos para el encumbramiento de la lengua viva, es la de formar sin demora el inventario analógico del vocabulario castellano. Porque después de recoger, y aun de *limpiar* y *fijar* con todo esmero el caudal léxico del idioma, todavía queda por hacer algo que es, a mi juicio, lo más difícil y también lo más importante: administrar acertadamente ese caudal, convertirlo en riqueza fértil, procurar que cada nueva palabra definida sea no sólo un artículo más que va a sepultarse en las páginas de un infolio, sino una realidad viviente incorporada al comercio de las ideas y a los medios de comunicación del pensamiento; poner, en fin, en circulación y beneficiar, para el mayor *esplendor* de la lengua, todas sus preciadas conquistas, desde las galas candorosas de los primeros tiempos hasta el más atrevido y recién acuñado de los neologismos de buena ley.

Ya sé que no dáis tregua al noble afán de enriquecer y depurar vuestra copiosísima colección de vocablos; pero acaso la legítima satisfacción que os invade al contemplar vuestro tesoro os impide advertir que la república de las letras padece una triste indigencia; que mientras el Diccionario de la Lengua se acrecienta y se perfecciona de una a otra edición, el caudal circulante de vocablos se empobrece de día en día, y que si hoy nuestra literatura, salvo honrosísimas excepciones, se remedia para todos sus fines con unos pocos cientos de voces, borrosas y desportilladas por el continuo uso, ello no es por culpa exclusiva de los escritores. Porque ¿cuándo, cómo y en dónde se les depara ocasión de adquirir vocabulario abundante y castizo? ¿Acaso en la primera enseñanza, recitando de coro áridas y abstrusas nociones gramaticales, inasequibles a los cerebros infantiles? ¿Por ventura en el bachillerato o en los estudios de facultad, donde un libro sí y otro no están mal traducidos del francés? ¿O es que habremos de proponerles que aprendan de memoria un diccionario, empezando por *a, aba, abab* y acabando por *zuzo, zuzón*? Ya sé que se les recomienda acertadamente la atenta y asidua lectura de los buenos modelos; pero ni el remedio es siempre eficaz, ya que la asimilación de vocablos requiere una retentiva especial y privilegiada, ni el procedimiento está libre de inconvenientes, entre los cuales no es poco grave el de predisponer a la imitación

indiscreta y al amaneramiento del estilo con grave daño de la propia personalidad. De ello son testimonio lamentable no pocos seudo-cervantistas y algún que otro plagiador de Quevedo, que todos recordaréis con empacho.

Supongamos, en cambio, que hay un medio de que el escritor pueda ver reunidas en cada caso cuantas palabras —nombres, adjetivos, verbos, frases, etc.— se relacionan con la idea que trata de expresar. Ya no le agobiará el recelo de que una momentánea flaqueza de memoria le prive del preciso vocablo que necesita. Estará siempre cierto —como el pintor que mira extendida en su paleta toda la gama de colores— de hallar el matiz deseado, y de poder usar, según cuadre a su temperamento, a su estado de ánimo, o al efecto artístico perseguido, ora el término culto, ora el nombre vulgar, ya el arcaísmo venerable, ya el vocablo moderno y atrevido, ya el giro familiar, aquí la palabra dura y cortante, allí la suave y candenciosa, más allá el discreto eufemismo.....

Cierto es que, aun de ese modo, la elocuencia y el estilo genial seguirán siendo un don del cielo, reservado a muy pocos; pero el consejo de Quevedo, «remudar vocablos es limpieza», podrá ser puesto en práctica por todos, y el venero del léxico correcto, propio y significante quedará a la merced de quien quiera beneficiarlo.

Insuficiencia de los diccionarios alfabéticos.

Y para esto hay que crear, junto al actual registro por abecé, archivo hermético y desarticulado, el diccionario orgánico, viviente, sugeridor de imágenes y asociaciones, donde al conjuro de la idea se ofrezcan en tropel las voces, seguidas del utilísimo cortejo de sinonimias, analogías, antítesis y referencias; un diccionario comparable a esos bibliotecarios solícitos, que, poniendo a contribución el índice de materias, abren camino al lector más desorientado, le muestran perspectivas infinitas y le alumbran fuentes de información inagotables. Quédese para el repertorio alfabético el papel del empleado subalterno, sin criterio ni iniciativa, que os entregará automáticamente el libro deseado si le facilitáis la signatura exacta. No le pidáis más, porque nada más puede daros. Si os proponéis averiguar o comprobar por ejemplo, la definición de *hegemonía* y, a más de acordaros de la palabra, sabéis que se escribe con *hache* y con

ge, el diccionario alfabético os dirá si está catalogada y, en caso afirmativo, os explicará el significado.

El vocabulario alfabético no logrará su máxima eficacia hasta que se convierta en complemento del futuro diccionario metódico.

Y aquí termina su misión, cuanto se quiera conveniente y aun imprescindible, pero manifiestamente accesoria; como que el natural destino de todo repertorio alfabético no llega a más sino a servir de obligado complemento a una clasificación racional, ya se trate de seres vivientes, de fenómenos físicos, de voces del lenguaje o de cualquier otra materia. Puesto el Diccionario actual a continuación del diccionario metódico, ocupará su verdadero sitio y rendirá su máxima eficacia. Ya no se podrá decir, como se ha dicho con razón, que el Diccionario de la Lengua es la obra más difícil de consultar porque no tiene índice. Entonces lo tendrá, como lo tienen hoy todos los tratados científicos, sin que por ello se le ocurra a nadie que puede prescindirse en éstos de la distribución sistemática de la respectiva materia. En cualquier Botánica o Zoología modernas podemos ver, por ejemplo, los nombres técnicos y vulgares recopilados al final en tablas alfabéticas, pero sin otro objeto que el puramente práctico de señalar la página del texto en que la planta o el animal, por su sola colocación en la especie, familia y clase correspondiente, quedan ya medio definidos.

Yo tengo una fe ciega en que los diccionarios futuros (1) habrán de ser algo por el estilo de esto que tan vaga y torpemente os propongo, y quisiera para la Real Academia Española la gloria de haber sido la primera en romper la secular esclavitud alfabética y en abrir el camino de la nueva lexicografía científica; pero también se me alcanza que no todos pensaréis como yo y que, aunque compartieseis en principio mi convencimiento, tal vez influiría más en vuestro ánimo la consideración de los manifiestos peligros que toda novedad suele llevar aparejados. Pues bien, aun en el supuesto de que la

(1) Diccionarios del porvenir, *Wörterbücher der Zukunft,* los llama el profesor rumano H. Tiktin en un interesante artículo publicado a este respecto en la *Germanisch-Romanische Monatschrift* (Heidelberg, 1910). Este ilustre filólogo preconiza la redacción de diccionarios metódicos por obra de corporaciones de especialistas, pero entiende que semejante labor está reservada a las generaciones venideras.

Academia no se decida por ahora a emprender la publicación de un diccionario metódico de la lengua castellana, todavía me atrevo a sostener que la preparación de semejante diccionario para el día de mañana, es decir, la formación del catálogo analógico del léxico, ha de merecer lugar preferente en vuestros trabajos, siquiera sea para mejorar de manera sistemática y eficaz las futuras ediciones del actual Diccionario.

Porque lo primero que necesita el administrador diligente de un patrimonio, para conservarlo sin detrimento y prosperarlo en lo posible, es hacer el balance del caudal, determinar el haber y el pasivo, saber a punto fijo lo que posee y lo que le falta. Muchas veces oímos preguntar: «¿Cómo se llama esto en castellano?» «¿Con qué verbo se expresa tal o cual acción?» «¿Qué adjetivo se aplica a la persona o cosa que ostenta ciertas cualidades?» Y se responde: «Seguramente que una lengua tan rica como la nuestra tiene palabras adecuadas para cada uno de esos menesteres». Pero la verdad es que ni podemos acreditar en cada caso concreto esa riqueza de que nos jactamos, ni sabemos si realmente existen o no esas voces que presentimos, ni tenemos —y esto es lo peor— manera de poderlo averiguar. Esta misma ilustre corporación que me escucha, puesta en trance de declarar rotundamente si hay o no, entre los millones de papeletas que atesora, nombre especial para este objeto o para aquella idea, habría de contestar no pocas veces, no obstante su mucho saber y su secular experiencia, *ignoramus*.

¿No os parece que esta posición de incertidumbre no es la que dignamente corresponde a la Academia? ¿O acaso habrá de resignarse a ella por estarle vedado tener al día y, como si dijéramos, al céntimo, el inventario de su caudal? Indudablemente que no. Una vez establecida la clasificación ideológica del vocabulario, será facilísimo averiguar en el acto, que, por ejemplo, la embriaguez producida por el alcohol tiene en castellano un par de docenas de nombres, cuando menos; que así como se llaman *auditivas* las sensaciones del oído, *visuales* las de la vista y *olfatorias* las del olfato, faltan los adjetivos pertenecientes a los sentidos del *gusto* y del tacto; que si lo relativo al rey se dice, según los casos, *regio, real* y *realengo*,

lo relativo al príncipe no tiene expresión adecuada en nuestra lengua (1); y que mientras disponemos de término especial para el vocear de la onza, de la pantera y de otras fieras exóticas, carecemos del verbo correspondiente al característico canto de un animal doméstico tan abundante en España como el pavo.

Entre las inmediatas ventajas que reportaría semejante balance, no hay que olvidar lo que significaría para la Academia poder esgrimir oportunamente, en la lucha contra el barbarismo perturbador, ya el término castizo equivalente, ya el arcaísmo remozado al efecto, ya el neologismo significativo y sonoro, creado, como podéis hacerlo vosotros, reflexiva, sabia y autorizadamente.

Por lo que toca a la revisión del actual Diccionario, insisto en que ningún auxilio podemos imaginar más provechoso para el caso que el derivado de la catalogación metódica del léxico. Supongamos que nos toca corregir y completar el artículo correspondiente a la voz *siete.* ¿Qué garantía tenemos de que, por mucha que sea nuestra atención y diligencia, no pasará ese artículo a la décimoquinta edición, como ha llegado a la actual, falto de una acepción conocidísima y de uso frecuente? Puestos, en cambio, a ordenar, para la clasificación, los nombres de ciertos juegos de naipes (por el estilo de *las treinta y una),* inmediatamente recordaríamos el vulgarísimo y familiar juego de *las siete y media,* y el más moderno y complicado de las *treinta y cuarenta,* dueño y señor por el momento de garitos y *recreos mayores.* Ambos están ausentes del léxico oficial.

Ya sé, porque es notorio, cuán afanoso empeño pone esta ilustre Corporación en acrecentar su Diccionario, beneficiando el saber y laboriosidad de los académicos, requiriendo la utilísima cooperación de individuos y entidades correspondientes, sufragando el rebusco minucioso de obras antiguas y modernas, y fomentando con premios y certámenes la formación de glosarios de autores y de vocabularios regionales. Pero, copiosa y valiosísima como seguramen-

(1) Los franceses dicen *princier;* los ingleses, *princely;* los italianos, *principesco;* los alemanes, *fürstlich,* etc.

te ha de ser la aportación así obtenida, todo hace sospechar que sea al propio tiempo farragosa, heterogénea y aleatoria. Farragosa, por el crecido tanto por ciento de papeletas repetidas o inútiles a que ha de dar lugar la independencia de criterio de los investigadores aislados; heterogénea, porque según los estudios, lecturas y aficiones de los comunicantes, predominarán momentáneamente los términos de ingeniería, los de marina o los de tauromaquia; y aleatoria, porque tal vocablo que hoy llega a vuestras manos, así pudo no haber llegado, como llegar mañana o dentro de diez lustros. Y esta última consideración, aplicada principalmente a la lengua no literaria, la menos estudiada y la que más nos urge recoger, debe llenarnos de inquietud, por cuanto los riquísimos tesoros de elocución castiza, conservados únicamente por tradición oral de las clases populares, tienden cada día más a desaparecer sin dejar rastro.

¿No os parece, pues, que en lugar de esperar el acopio fortuito e intermitente de materiales, sería más eficaz y más científico organizar investigaciones convergentes, verdaderas batidas, que agotatasen en lo posible, ahora el léxico de las faenas agrícolas, luego el tecnicismo profesional de artesanos y menestrales, después el vocabulario de las industrias, del comercio, de las ciencias, de las artes y así sucesivamente? Si la respuesta que se formula en vuestra mente es, como espero, favorable, habréis de convenir en que, para acometer tamaña empresa, es imprescindible la previa distribución del vocabulario, ya recogido, en series de palabras homogéneas por razón del significado. Bastará entonces, por ejemplo, volcar en un lado la espuerta de un albañil y extender en otro los nombres catalogados de las herramientas del oficio, para advertir en el acto que están por definir, entre otros útiles de manejo diario, el *llaguero*, los *hierros*, el *violín*, el *fratás* y la *talocha*.

Y no se crea que las evidentes ventajas de la clasificación del vocabulario, aplicada al mejoramiento del Diccionario actual, quedarían reducidas a facilitar la captura de voces y acepciones; también significaría dicha clasificación un enorme adelanto para la corrección de infinidad de artículos, ya que, al confrontar las definicio-

nes de ideas o cosas análogas, se echaría de ver que unas veces se han explicado en iguales o parecidos términos conceptos notoriamente distintos, y otras aparecen como voces independientes meras variantes ortográficas de una misma palabra.

Muy especial mención debiera hacerse de las excelencias del criterio metódico aplicado a inventariar la enorme riqueza fraseológica de que con tanta razón se enorgullece nuestro romance y que, alfabéticamente dispersa en los diccionarios corrientes, permanece ignorada e inasequible a todo intento de consideración y estudio. Sabido es que, en el particular deleite que nos causa la lectura de ciertos clásicos, tiene parte muy principal la abundancia y variedad de frases —unas inventadas por ellos y otras amorosamente espigadas en el habla vulgar— con que sazonaron su estilo. Familiar o elevada, enérgica y concisa o velada e insinuante, chispeante o sentenciosa, siempre saturada de ingenio, de alusiones folklóricas, de atrevidas comparaciones y de pintorescas metáforas, es la frase figurada donde, más y mejor que en la forja y derivación de palabras, ha ido trazando nuestro pueblo la puntual semblanza de su psicología colectiva.

Y todavía podríamos hablar de la utilidad del sistema para la ordenación del inmenso caudal paremiológico recogido y por recoger. Pero ya basta. Unicamente añadiré, para desvanecer la legítima desconfianza que ha de inspirar un proyecto tan importante presentado por tan menguado valedor, que la idea de formar un diccionario metódico no es mía, sino vuestra, de esta Real Academia, puesto que ha tenido en su seno muy doctos y entusiastas propugnadores. Sin contar el trabajo del Sr. Cutanda, a que repetidamente me he referido, me limitaré a recordar muy recientes palabras de vuestro ilustre compañero D. Daniel Cortázar, encaminadas a estimular «a quien dé a luz un Diccionario analógico de la lengua castellana», con el anticipado aplauso y reconocimiento «de cuantos se niegan a someterse gratuitamente al abandono de nuestra originalidad, de nuestra historia y de nuestro propio ser, que todo ello está contenido en el caudal lexicográfico genuino de España»; y terminaré recitando la invocación que en las postrimerías del siglo

XVIII dirigió a esta Academia un poeta insigne, D. Nicasio Alvarez Cienfuegos: «Tú (Academia)... acometerás luego la grande empresa de formar un *Diccionario* metódico, en que las palabras ocupen su lugar, no según el orden alfabético, sino según el orden de las ideas...» (1).

¿Estará todavía muy lejano ese «luego» que presentía el inspirado vate? ¡Quiera Dios que su profecía logre pronto cabal cumplimiento, para bien de la patria, para el mayor esplendor de la lengua y para honra y prez de esta gloriosa Institución! Y si a ello pudiere contribuir en algún modo este mi modestísimo trabajo, creo que hasta recordaría sin pesar el haberos molestado con su lectura.

Y acabo por donde debí haber comenzado: dándoos las gracias por la inmerecida merced con que me honráis. No me desvanece el favor, porque sé bien que «en achaque de honores no está el toque en lograrlos sino en merecerlos», y, pues no me atrevo a aspirar a tanto, a vuestra benevolencia me atengo y a ella trataré de corresponder con lo único que tiene el que no tiene nada: con mi trabajo y con mi gratitud.

---

(1) Memorias de la R. A. E. Tomo I pág. 363.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

Señores Académicos:

Acabáis de verlo. Debemos contar al Sr. Casares entre los que son académicos por derecho propio, al lado de los que fuimos elegidos discrecional y libremente. Entre unos y otros hago distinción para señalar la diferencia de títulos con que participamos en la común tarea; pero reconozco que estos son por igual legítimos. Cabalmente la diversidad de aptitudes y merecimientos individuales habilita a la Corporación para conllevar sus cargas, concernientes a la gramática, a la lexicología y a la literatura. Muchas censuras de las que suelen recrudecerse cuando la muerte nos compele a nuevas provisiones, dimanan de que se desconoce u olvida que la Academia se ha de mantener capaz para estas obligaciones varias, en que consiste la razón perenne de su propia existencia. No siempre se divulgan, aunque anden en letra de molde, estudios técnicos que a estas obligaciones atañen y, que hacen meritísimos a sus autores; aun conociéndolos, se comparan, a veces, cualidades personales desemejantes, como quien suma o resta cantidades heterogéneas. No diré que sean únicos estos motivos; otro consiste en la ocasión que la estima da para desavenencias, siquiera se trate de una línea misma de méritos. Quienes no aspiran al sillón vacante, se reputan desinteresados censores y, en verdad, sus peculiares gustos, inclinaciones y simpatías les tienen ganados, para alguna de las clientelas literarias, propensas por un lado a extremar la admiración y por otro lado a escatimar la justicia. Y si de los escritores mismos se

trata, ni su ingenio ni su cultura subsanan la flaqueza con que solemos graduar nuestro propio valer y el ajeno. Si se estilase tarifarlo en vez de recatarlo en la intimidad del ánimo, hallaríamos entre las valías positivas y las imaginadas, sobreprecios y altibajos más alocados que las cotizaciones de bolsa, son, aun durante estos años en que una ráfaga de demencia desquicia a las haciendas, angustia a los pueblos y afrenta a la humanidad.

Cuando hablo de académicos por derecho propio, pienso en aquellos cuya vocación les determinó a abrazar de por vida el cultivo profesional de los estudios lingüísticos o literarios. A estas pericias corresponde el ministerio académico que atañe a la gramática, y también buena parte del otro cometido que concierne al diccionario. Otras asistencias técnicas, numerosas y diversas entre sí contribuyen a este último; motivo por el cual, y también porque nos incumbe emitir informes que el Gobierno pide incesantemente, convocar y juzgar certámenes y concursos que cada año se renuevan, y divulgar las obras maestras de nuestros escritores, digo que la constitución de este cuerpo oficial ha de ser compleja y que nuestras elecciones no siempre pueden recaer en los círculos mismos donde las aguardan nuestros detractores.

El Sr. Casares, circunscribió siempre su labor a la antedicha especialidad técnica. En el prólogo de uno de sus libros lo indicó, y entonces no sospecharía la ocasión que ahora se ofrece de recordarlo. Decía modestamente: «he llegado a ser, con la ayuda de Dios, un número de un escalafón»; pero es de advertir que en la GUIA este número se intitula «Jefe-Intérprete de 1.ª clase», y es el que encabeza la plantilla de la Interpretación de Lenguas, en el Ministerio de Estado.

Con designar el cargo oficial, queda encarecida la aptitud académica del políglota a quien recibimos hoy por compañero. Muestras relevantes de ella serían, por sí solos, aun cuando resultan en comparación aminoradas, sus *Diccionarios Francés Español* e *Inglés Español*, que el público tiene juzgados, porque las reiteradas ediciones suman ya sesenta mil ejemplares de cada uno.

Todo ello no satisfizo su laboriosidad, ni acaba su semblanza.

Recuerdo sus campañas de crítica musical insertas en el periódico *La Nación*, y las de vulgarización científica, que se diseminaron por muchas otras publicaciones. Reunió, además, en dos volúmenes, que intituló «*Crítica Profana*» y «*Crítica Efímera*», trabajos que enaltecen su vocación de filólogo y la asiduidad con que viene cultivándola.

Aunque el género a que pertenecen estos libros y que los rótulos designan, es ocasionado a divergentes pareceres, la conformidad o desavenencia del lector con los dictámenes no obscurece la sanidad del criterio, la independencia del ánimo, la cultura de los juicios, ni la concienzuda probidad con que están formados. Será más o menos frecuente coincidir con los que el Sr. Casares emitió; pero creo que nadie desconocerá en todos los trabajos coleccionados, estas cualidades relevantes y peregrinas. No paso a ensalzarlas tanto cuanto las conceptúo merecedoras de encarecimiento, para no vejar a presencia suya la modestia que ha mostrado en toda ocasión.

Lo que no he de omitir, porque hoy viene al caso, es que la vocación personal de filólogo descuella en todas sus producciones, sin detrimento de la lectura selecta y copiosa, ni del acendrado gusto literario, que atestigua aquella serie de estudios críticos, explanados siempre con galanura y amenidad. La predilección hacia los aspectos gramaticales y lexicológicos tiene realce suficiente para que ningún lector deje de advertirla; mas da testimonio de mayor excepción nuestro colega Sr. Menéndez Pidal, con estas especies, que hallo en el prólogo del segundo de los volúmenes. «Bienvenidos sean a esa crítica efímera artículos como los de usted, que pueden poner en ella y en sus aledaños un freno de competencia, de buen método..... y de probidad, pues hasta la probidad falta a veces». —Reconoció, «además del mérito de vulgarización de rectos principios, el valor de gran número de observaciones originales, relativas al léxico, a la gramática y a la interpetación de textos, que en cualquiera de los artículos hallará el lector aficionado».

Una tal preparación nos prometía, cuando le elegimos por compañero, asistencia muy provechosa para nuestros principales tra-

bajos; mas el discurso que acabáis de escuchar y aplaudir, acredita que en ellos se ejercitaba con fructuoso ahinco, desde tiempo atrás. Contiene primicias tan estimables, que bastarían para comprobar que fué cierta nuestra esperanza y atinado nuestro voto. El tema de que trata merecía su predilección y también el desvelo con que lo explana; tenía, además, en este acto oportunidad señaladísima. Sobran las excusas, que la modestia sugirió, y en lugar de ellas pongo la alabanza, no por cortesía, sino en pago de la noble sinceridad con que el Sr. Casares nos habla del que juzga yerro de la Academia, consistente en preferir para el diccionario la ordenación alfabética a la analógica. Cuando así opinaba como espectador ejercitaba la libre crítica, que se le convertía en caso de conciencia al asumir las obligaciones de académico; nos lo declara y explica, al tiempo de posesionarse de su sillón. No nos habría hecho justicia si recelase que con ello nos podía desplacer.

En estos cuerpos colegiados la contraposición y el recíproco contraste de pareceres, lejos de causar enfado, vienen a ser aliento vital y prenda inestimable del acierto; se excusaría la pluralidad, si la divergencia desagradase. El Sr. Casares razona la advertencia sin desabrimiento y sin amargor la censura. A fe que estamos hechos a otros modos de desaprobación; y también lo estamos a que, con sólo mudar de observatorio nuestros detractores, su propia rectitud les sugiera el desagravio.

Muy diferente caso es el actual. Ni siquiera novedad nos causa el dictamen del Sr. Casares, según lo recuerda en su discurso; y pues sabe que prevalece aquí el parecer opuesto, tampoco a él le sorprenderá la desavenencia que ha de hallar en mí, para que usemos igualmente la sinceridad que se acostumbra entre quienes discurren sin otro designio que conocer la verdad y profesarla.

Dividirse y contraponerse las opiniones acerca del diccionario es y siempre será achaque inherente a la singular condición de este libro; obra magna, que atesora los trabajos de una serie secular de generaciones de doctos, versados en las más variadas disciplinas.

Debiendo reflejar el anchuroso curso de la vida y los avances cotidianos del saber, está perennemente sometido a revisión, a ex-

purgo, a complemento y a adaptación. Por sus cuatro costados presenta a la crítica aspectos innumerables, y el ejercicio común, mejor cuanto más intenso, de esta crítica, en vez de contrariarnos, merece de nosotros gran estima; tanta que no debemos parar mientes en sus desiguales humoraciones, ni en sus desabrimientos, con tal de aprovecharla para acertar en nuestra obligación, que es estar criticando también sin tregua.

El dictamen del Sr. Casares vendría en todo tiempo muy abonado por su pericia personal y por el valor intrínseco de su copioso razonamiento, mas toma realce singular al hacerse él colaborador en la obra censurada; y toda vez que concierne al ministerio principal de esta Corporación, no hallé lícito declinar en uno de vosotros, que cualquiera lo cumpliría mejor, el honroso encargo que los Estatutos me asignan.

Entre las tachas de diversos linajes que cabe poner a un diccionario, las hay que ninguna conexión guardan con el actual asunto. Por de pronto, se eliminan las que atañen a lo más substancial, la exactitud y la claridad de las definiciones; todas las cuales, por muy abstrusa o complicada que sea a veces la materia, se han de enunciar con forzoso laconismo, dando con lo que se omite amplio margen para el reproche, si se olvida el estricto designio del texto criticado. Tampoco se trata de ninguna de las cuestiones concernientes a la delimitación del léxico vulgar, que tiene indecisos sus confines con el tecnicismo peculiar de los que profesan las ciencias, las artes o los oficios; con los arcaismos caducos; con los neologismos que vienen ganando auge; con el vocabulario que es privativo de los pueblos hispanoamericanos; con el que está muy localizado, o el que, proviniendo de clase o grupo muy singular, se difunde en el uso común con insegura fortuna. Otro grupo de observaciones críticas se refiere a la disposición interna de las materias; o sea a las facilidades que la contextura del libro ofrezca para consultarlo, toda vez que èste es su destino.

Corresponde el tema a esta última categoría, y no por ello, se le debe tener en poco. El diccionario influirá, prácticamente, más o menos en la pureza del habla común, a medida de la mayor o me-

nor comodidad de su manejo; comodidad que no se consigue sino adecuando la estructura de la obra a los alcances de los lectores, en el número de los cuales entran así los muy cultos como los intonsos. En rigor, esta última distinción no hace al caso ,porque las personas peritas acudirán rara vez a esclarecer lo que saben y señorean, y para todo lo demás ellas mismas estarán al nivel del vulgo.

En el vulgo, pues, de manera indistinta, deberemos pensar para la controvertida opción entre el orden alfabético y el analógico, ya que a esta alternativa se circunscribe ahora nuestro asunto. Colocados delante de ella, corremos peligro de que nos ofusquen y sonsaquen nuestro asenso, la lucidez admirable, el ardoroso conato y la vehemente convicción personal, con que el Sr. Casares recusa la catalogación de las palabras por orden de alfabeto, y ensalza el método de analogía o afinidad entre los conceptos que ellas significan. Para romper el hechizo y rescatar nuestro libre discurso, valga esta consideración preliminar. Hecho innegable, prestigioso a causa de su universalidad y su perpetuidad, es que casi todos los diccionarios, de todas las lenguas, en todas las civilizaciones, durante todos los siglos, siguieron el orden alfabético. El Sr. Casares expone lealmente cuán escasa medra alcanzó hasta hoy el analógico. La virtud persuasiva que la realidad tiene cuando es tan extensa y tan persistente, tal cual vez se disipa de improviso por algún hallazgo feliz de la indagación o por peregrino invento del ingenio, que trastrueca el estado secular de las cosas; pero el Sr. Casares nos informa de la antigüedad de la catalogación por conceptos, que data de las más remotas edades y que cuenta reiterados asomos en el curso de los siglos; de suerte que no está por descubrir, ni por inventar, sino que muy a sabiendas de todos permanece postergada.

Esta lección de cosas redime nuestra libertad crítica y nos da permiso para reflexionar por cuenta propia acerca de la cuestionada opción, sin merma de la consideración que merece el recipendiario. Admito de plano, sin embargo, la grande y luminosa parte de su discurso, que explica cómo y por qué, en el espíritu humano la operación de entender por la palabra el concepto que ella enun-

cia, es más obvia y más rápida que la operación inversa. También me avengo buenamente a considerar más provechoso el auxilio del diccionario cuando allane el primer proceso psíquico, y no el segundo, fácil de suyo. Pero, con todo ello, permanece intacta la cuestión; falta averiguar cuál de los dos sistemas sirve mejor al designio o a los designios con que son formados y publicados los diccionarios de las lenguas.

Nuestro compañero, no obstante su predilección, confiesa las dificultades que se habrán de vencer para agrupar los vocablos, dentro de un plan general, según las coincidencias, las conexiones o las afinidades, que existan entre los conceptos. Hablaré luego de tales embarazos; pero imagino por un instante que se remató la obra, y pongo de añadidura que nada deja que desear, a causa del acierto que se haya conseguido en todas sus partes. Detengámonos a considerar los usos de este maravilloso libro, en manos del público, porque ellos deberán aconsejar la preferencia de uno u otro sistema; aquel que resulte de mayor comodidad y provecho.

Si el diccionario tan sólo hubiese de servir para empleos que, abreviadamente, denominaré *eruditos*, en oposición al uso *vulgar*, poco discreparía mi parecer del que acabamos de oir. Para diversos e interesantes fines será provechosísimo hallar reunidas las palabras en familias, de tal modo que, por haber sido la coincidencia o la afinidad de sus significados el criterio rector de la agrupación, caigan de una vez bajo la mirada todas las variantes y los accidentes de un objeto material o de un hecho, y todas las inflexiones o los grados de un cardinal concepto, en los ámbitos inmensos de la abstracción, de la lógica o del sentimiento. Aunque lo más frecuente sea buscar o acrisolar en el Diccionario las expresiones, también vale como instrumento auxiliar del discurso, para los más elevados vuelos de la tácita abstracción mental. A medida que las ideas se generalizan y que se hace sutil la hebra del raciocinio, crece la asistencia íntima que los enunciados verbales, sin llegar a pronunciarse ni a escribirse, prestan al pensamiento, a causa de que ellos son los que concretan, delimitan y matizan las especies, dándoles, en el orden espiritual, consistencia semejante a la corporeidad visible del orden físico.

Viniendo de la función especulativa a las comunicaciones literarias o simplemente léxicas del comercio humano, se hace más patente todavía la ventaja que los grupos analógicos de palabras han de ofrecer, así al que compone obras artísticas de imaginación, como al que sencillamente procura designar las cosas o emitir las ideas con propia y justa fidelidad; el cual elegirá, exonerado de la rebusca, el más exacto entre todos los términos. Al cultivador de la amena literatura no sólo le abreviarán ellos el enriquecimiento y la depuración de su léxico personal y predilecto (sin que jamás le dispensen de frecuentar las lecturas de obras maestras, educadoras del gusto para aquella selección), sino que le aprontarán los nombres, las dicciones y los modismos que cada vez sean más eficaces para caracterizar los personajes, dar colorido a los escenarios e infundir en los diálogos el aliento de la vida. Eximirle del esfuerzo que emplearía en el acopio, vale para dar al estilo gallardía, agilidad y airosa soltura.

Todavía será mayor para los filólogos el provecho de este sistema de agrupación, y se acrecentará luego que se haya ésta cumplido en las distintas lenguas, y se facilite así la confrontación. Se dispondrá entonces de un instrumento potentísimo para todos los estudios gramaticales y lexicológicos, y también para aquellas irradiaciones del lenguaje que iluminan los horizontes de otras disciplinas, señaladamente, la historia interna de los pueblos que lo hablaron o lo hablan. ¿Para qué insistir en estas coincidencias mías, cuando el dictamen ha sido expuesto ya por el Sr. Casares con maestría insuperable?

Mas no se contenta nuestro compañero con encarecer la ordenación analógica para estos fines de que vengo hablando, con respecto a los cuales es dudoso que halle contradictor alguno; avanza hasta reprobar y tachar el método alfabético, y pretende que sea abandonado y sustituído, convidándonos a que tomemos la delantera en esta innovación, cuyo advenimiento pronostica. Aquí es donde mi disconformidad me obliga al examen de su tesis, la principal del discurso.

Nos toca considerar ahora el uso vulgar del Diccionario, y ad-

vertimos pronto que, aun habiéndonos desentendido de aquellos otros empleos de carácter técnico, necesitamos referirnos todavía en plural a los que el libro tendrá entre el común de las gentes. Habrá quienes lo consulten para averiguar o para contrastar el significado de una palabra, de un modismo, o de una frase, que oyeron pronunciar. Otros habrán leído la expresión ocasional de la consulta; y no serán pocos los que busquen la voz que más adecuada sea para designar con exactitud un objeto o un hecho, para comunicar de modo concreto un concepto abstracto, para señalar una relación ideal, más o menos lejana y sutil, o para declarar, según su grado y su matiz, un afecto del ánimo. Para valerse del diccionario, difieren mucho unos de otros los indicados casos. El orden alfabético tiene sin duda suprema excelencia cuando se inquiere el sentido de una palabra o frase que se vió escrita. Tratándose de las oídas de viva voz, podrán dificultar la consulta diferencias que haya, gramaticales y legítimas, entre la ortografía y la fonética, o bien variantes regionales o vicios individuales de la pronunciación. Estos embarazos serán, sin embargo, menores que los que se ofrecen para hallar la expresión ignorada u olvidada, del concepto que está presente en la conciencia del lector del diccionario; idea a la cual se la quiere suponer innominada, a modo de catecúmeno que aguarda en el umbral del baptisterio. Entonces se ofrece la dificultad máxima; y, siendo conocido el concepto (al revés del caso en que lo que se sabe es la palabra, con su ortografía) parece aventajarse mucho el orden analógico del diccionario; por esto mismo, la lealtad del estudio me ordena que fije el pensamiento con preferencia en el último de los dichos grupos de lectores.

La persona que se halla en tal caso, cuando echa mano del libro dispuesto según el sistema en cuestión, sabe que la palabra incógnita habrá de estar agrupada con las que sean sinónimas, congéneres o afines; necesita hacer su consulta en las páginas concernientes al tal grupo; y fundadamente espera que después de hallarlo se le abreviará, dentro de él, la elección. Mas para abrir el volumen por un cabo, por el cabo opuesto, o por en medio, necesita formarse idea acerca de cuál sea el grupo donde la palabra esté registrada, y cuál la si-

tuación del grupo dentro de la sinopsis general. Si conociese al dedillo toda la traza de la clasificación y distribución de materias en el libro, mejor le estaría formar y editar diccionarios, que consultarlos. Podrá ser persona de excepcional cultura e ignorar, no obstante, el paradero de cada uno de los tipos ideales, núcleos de agrupación, según el plan que haya seguido el autor. Esta persona docta de quien hablo, lo mismo que otra de la medianía o que la más inculta, para dar con determinado grupo de voces necesita saber cómo están formados y distribuídos los del libro. Hasta tanto que lo aprenda (si para aprenderlo tiene capacidad) habrá de guiarse por sus propios raciocinios (si sus alcances lo permiten), en la conjetura de cuál sea, y dónde radique, dentro de la clasificación hecha por el autor, el grupo comprensivo del concepto que él intenta expresar.

El Sr. Casares, después de enumerar curiosos precedentes universales y seculares, expone las trazas respectivas de las dos obras que con razón reputa culminantes, porque resultaron ser las menos infortunadas: la de Roget, en Inglaterra; la de Boissière, en Francia. Entre ambas señala afinidades que las apariencias disimulan; pero es innegable la diversidad. Establecen realmente dos estados sucesivos de la atrasada gestación, cuyo término se nos propone que consista en mudar el régimen de nuestro diccionario. A mi entender, la formación del segundo de los mentados libros, tras el experimento hecho con el primero, vale por compendiada sentencia del litigio; y le falta poco a este fallo para causar ejecutoria.

Si importase, que no importa, fijar con exactitud el designio inicial del primero de estos dos diccionarios, tal vez hallaríamos que Roget no ambicionó innovación tamaña como ésta que se nos propone ahora, sino que aspiraba tan solamente a los beneficios que de la ordenación analógica debemos esperar todos. No por ello acometió con menor ahinco la empresa; procedió como firmemente convencido de la misma conclusión que hoy saca el Sr. Casares de toda la primera mitad del discurso que hemos escuchado; conclusión que compendia la razón esencial del sistema analógico. Si entre los ele-

mentos del *complexus* psicofísico que denominamos «palabra», es el «concepto» lo más estable y mejor aposentado en la conciencia, debe juzgarse lo más lógico agrupar las palabras según la analogía existente entre los conceptos que ellas expresan. Guiándose por este criterio, Roget trazó la distribución de su *Thesaurus* por vía de puros raciocinios. Distinguió seis grandes categorías, a saber: relaciones abstractas, espacio, materia, entendimiento, volición y afecciones. Dentro de cada clase hizo los repartos y las subdivisiones que venían al caso; así, por ejemplo, distinguió dentro de la clase primera: existencia, relación, cantidad, orden, número, tiempo, mutación y causalidad; y dentro de la categoría «*existencia*», distinguió la abstracta, la concreta, la formal y la modal. Desplegada por este arte la sinopsis entera, opuso a cada uno de sus enunciados, en otra columna paralela, el concepto respectivamente antitético, de suerte que el sistemático emparejamiento obviase la definición de cada idea por su contraria. Dentro de esta cuadrícula, al distribuir las palabras, hizo resaltar, impresa en caracteres sobresalientes, a la cabeza de cada grupo formado con las análogas, aquella que reputó cardinal y típica.

No se necesita ampliar la reseña para advertir que la obra fué concebida y ejecutada cual corresponde a una verdadera catalogación analógica, nombre que no le cuadra a otra alguna, si difiere de ella substancialmente. No conozco (supongo que no existe, cuando el Sr. Casares no lo menciona) otro plan de textura semejante. Ignoro si el de Roget admitiría con ventaja modificaciones, chicas o grandes; ni interesa averiguarlo, porque cuantas remudaciones se operasen, ora en la primera distinción de las seis grandes clases, ora en las subdivisiones, resultarían indiferentes para lo que hoy hemos de dilucidar. Cuanto debemos pensar y decir acerca de la cuestión que el Sr. Casares plantea sería aplicable, en sus términos mismos, al diverso reparto de materias que se idease, siempre que respondiese al principio lógico, rector de la obra de Roget.

Quien para consultarlo tenga en la mano este u otro cualquiera diccionario que sea verdadera y puramente analógico, antes de abrirlo necesitará clasificar mentalmente por sí mismo el concepto para

la expresión del cual desea elegir la voz más propia Si no ha ideado una general distribución, no podrá situar aquel concepto en una determinada de las clases generales, ni, dentro de ésta, en una de las secciones, ni, al cabo del proceso metódico, dentro de un cierto grupo. Encarecer la aptitud personal y el esfuerzo que se requieren para esta operación preliminar, parece redundante. Pero quiero imaginar persona apta por su capacidad y su tesón; supongo que ha logrado determinar el grupo al cual, según la clasificación que ordena en su magín, corresponde aquel concepto cuya palabra propia está buscando. Al abrir el diccionario analógico, ¡líbrele Dios de que su propia cavilación no coincida con el plan adoptado por el autor del libro! A falta de esta coincidencia, que se ha de reputar muy azorosa y problemática, necesitará volver a empezar, hasta que tope, si al fin lo consigue, con el grupo que, en lo impreso contenga la cosa o la idea cuya expresión fiel apetece.

Se da con esto a entender cuán contados lectores podría tener la obra, y cuán pronto se hartarían de ella quienes cayesen en la tentación de manejarla. No cabe llegar a otro paradero habiéndose postergado el propósito que debe ser primordial siempre que se compone un diccionario. El mejor servicio de tales libros es facilitar su consulta; vale en ellos mucho más que una lógica ordenación de materias, el despejado acceso al lugar donde está lo que cada lector busca. Bien advertidos de que es este el efecto útil, pongamos enfrente el vocabulario dispuesto por orden alfabético.

Cuando para consultarlo da ocasión una palabra o frase que se vió escrita, ella misma señala de primera intención el pasaje del libro a donde se debe acudir. Oída de viva voz la palabra dudosa, los estorbos que para esta notación provengan de anomalías fonéticas, guardarán proporción inversa con el deseo de apurar en el diccionario la duda, porque ésta rara vez inquietará a quienes nada sepan de ortografía ni de prosodia. Lo dije antes: el caso más árduo consiste en la busca de expresión adecuada para la idea que se concibió, sin haberla leído ni oído; y de este caso conviene tratar singularmente.

A propósito del pro y el contra de la ordenación alfabética nues-

tro compañero no consiguió preservar sus juicios de la demasía a que suele propender la vehemencia, en especial, cuando pasamos de la mera especulación a la pugna contra aquello que anhelamos derrocar, porque confiamos en mejorarlo. La exageración se advierte en todo el análisis que hace; pero su conclusión sintética nos brinda con mayor brevedad, cuando censura el diccionario oficial en estos términos: «*para poder buscar en él una palabra hay que empezar por haberla encontrado*».

La tacha va, muy certera, contra el atributo que acabo de señalar como primordial de un diccionario; pero desde antes de reflexionar se conoce que, si fuese ella verdadera, el sistema del alfabeto no habría podido alcanzar ni mantener la boga que tiene. Realmente, el reproche dimana del mismo error que mostré antes, y que me recuerda a los fantaseadores del pacto social, cuando estudiaban al ser humano extrayéndole de la humana sociedad. Por estilo semejante, se olvida ahora que la mente de una persona que se crió oyendo y hablando determinado idioma (desconocemos otro modo de crianza), no puede formar concepto alguno que no se halle emparejado con una expresión verbal. Es fenómeno de conciencia y se acredita con sólo señalarlo; veremos de seguida que Boissière asentó sobre él su obra. La expresión verbal espontánea y nativa, cuya comparecencia automática e indefectible antecede al propósito de pronunciarla o escribirla, como hermana gemela de la idea, suele provenir del léxico que el Sr. Casares denomina *activo*; o sea el usual de cada persona, adecuado a su condición y a sus habituales ejercicios. Bien dice Boissière que estos *términos usuales* nunca faltan; tendrán más o menos propiedad, según el grado de cultura que alcance el sujeto; y también será éste más o menos severo en la crítica de la voz que, a la par del concepto, haya aparecido en su mente.

Lo que hay es que esta silueta verbal que la idea proyecta, puede aparecer deformada, como la sombra de un cuerpo se deforma también cuando cae sobre superficies irregulares o torcidas. Cabalmente cuando se observa o se recela una viciada correspondencia del concepto con la palabra congénita o primaria, es cuando se acude

al diccionario. Carece de realidad y hasta de verosimilitud la hipótesis de un concepto mental disociado de toda expresión; alguna tendrá tan definida y tan concreta como él, aunque no se haya iniciado siquiera el conato de verterla al exterior del ánimo.

Se acude al diccionario para contrastar la propiedad de la palabra ocurrente, para desvanecer una duda y decidir una opción entre varias palabras, o bien con intento decidido de hallar otra que sea más exacta, más expresiva, más adecuada, más elegante o más eufónica. Entretanto que se hace la consulta, aquella expresión verbal que el concepto trae consigo desde su origen, aunque no parece satisfactoria, sirve de guía para la exploración; señala la página y el artículo del vocabulario ordenado alfabéticamente, por donde se debe abrir el libro, franqueando de súbito esta operación inicial.

Hénos aquí horros de la pesadilla que nos acechaba en el vestíbulo de una catalogación analógica, a causa de resultarnos ésta inútil mientras no hubiésemos imaginado cuál fuese el grupo de palabras que nos aprovecharía, y cuál su paradero. Allí donde el diccionario vulgar registra la palabra nativa que cabalmente es la que nos mueve a consultarlo, se hallará inmediatamente la definición del significado; o bien se hallará una referencia a otra palabra, a la cual acompaña la definición de ambas. Si este contraste que es muy obvio no acredita como de buena ley aquella voz, los términos de la definición leída evocarán otras palabras conexas, porque a falta de tal conexión ellas nos servirían para explicar el sentido que declaran. Así, pues, la definición prosigue el oficio de guía que antes correspondió a la palabra congénita; señala otros artículos del vocabulario, que conviene leer; y por este arte, con la asiduidad mayor o menor que se aplique al estudio, se llega a acendrar la expresión, adecuarla o embellecerla.

Cierto que este peregrinar de una a otra página se excusa cuando se tiene ya delante el pertinente grupo analógico, donde se abarca con una sola mirada la familia entera; pero este goce, que tengo por tan apetecible como suele serlo el de cualquier caudal, viene después de alcanzarlo, que es donde, también de ordinario, reside la dificultad.

En rigor, podría haber omitido la comparación entre ambos sistemas y sacado idéntica enseñanza del experimento mismo que como

más afortunado menciona el Sr. Casares. No pongamos tasa a la estima de las obras de Roget y de Boissière para los empleos eruditos del vocabulario; pero, intentárase o no con ellas sustituir la catalogación alfabética, lo que de cierto cabe aseverar es que la dejaron acreditada de indispensable.

Roget mismo se apiadó de sus lectores, y acudió a sacarles del purgatorio, por donde tenía la puerta de entrada su catalogación analógica. Discurrió, al efecto, agregar a ésta un índice *alfabético*, del cual cada palabra designa el grupo específico que se liga respectivamente con cada una de las acepciones de ella. Este repertorio creció rápidamente; el hijo del autor hubo de ampliarlo, y la edición que acaba de aparecer este año 1921, consta de 342 páginas dedicadas a los grupos analógicos y 328 dedicadas al índice alfabético; bien entendido que éste resulta muy abreviado porque omite las definiciones y las sustituye con signos de referencia a aquellos grupos.

Con antecedente tal no puede causar extrañeza que Boissière arrumbase la sinopsis lógica, tomase sagrado en el alfabeto, y, de las palabras con arreglo a este recapituladas, fuese colgando sendas agrupaciones, hechas por analogía de significados. Entresacó dos millares de vocablos (supuso que son los que nunca se apartan del concepto que representan) y los erigió en régulos de otras tantas tribus de palabras afines; pero se mostró bastante avisado para no contentarse con estas claves, puestas por orden alfabético y arboladas como insignias verbales de los grupos analógicos; además hizo correr por la parte superior de las páginas otra serie alfabética, formada por todas las voces de la lengua.

Uno y otro ejemplo valen, a mi parecer, por sentencia definitiva en nuestra amigable contienda. Lo único que falta es renunciar paladinamente al inútil y embarazoso armadijo de las palabras *claves*, ordenadas en repertorio alfabético, y, de una vez, reposar en el seno de la tradición universal, precisamente con el fin de que no se malogren los grandes beneficios que la catalogación por analogía de conceptos nos deparará. La busca mental de la palabra típica, inclusa en aquel repertorio de voces selectas (cada una de las cuales supone el autor que culmina en el respectivo grupo), es un esfuerzo pre-

liminar para cada consulta, poco menos fatigoso y aleatorio, que la conjetura del grupo que estuviese encuadrado, sin tales banderines, en una sinopsis general. Sería experimento curioso entregar a una docena de lexicólogos, los más aptos, sendos ejemplares del cuadro distribuidor, y encargarles que, con todo sosiego, a su solas, señalasen dentro de cada grupo la palabra *clave*. No dudaréis que se obtendrían doce diversos repertorios, y colegiréis los provechos que el vulgo de lectores podrá sacar de aquel que se le ofrezca impreso, ora sea tímida y vergonzantemente diminuto, como el de Roget, ora se alargue hasta dos millares de voces, como el de Boissière.

El repertorio valedero no puede ser sino un completo diccionario alfabético; en él es donde no faltará la nativa voz usual, presente cada vez en la conciencia. Su manejo es breve y seguro, y sus definiciones bastan para indicar el grupo analógico a los lectores que sean medianamente sagaces y cultos; mas el enlace con esta otra catalogación (luego que la poseamos) se podrá favoreeer y hacerse asequible al vulgo, por medio de signos convencionales, que se agreguen a las definiciones.

Venimos a parar, por fin de cuentas, en que la agrupación de las palabras según analogía de conceptos, tan solo será útil y manejable, valiéndonos del diccionario alfabético. Por lo tanto, éste, lejos de quedar eliminado, arrumbado, ni postergado, ensanchará todavía sus beneficios cuando, a su propia sombra, aparezca la catalogación analógica. Así, pues, cuanto más crezcan las excelencias de esta última, aquél ganará quilates y valdrá más.

Ya que el razonar me trajo a este punto, véome libre del dulce enfado de disentir del Sr. Casares, y tomo su gratísima compañía para todo lo restante de su discurso y del mío propio. Convengo en que los provechos de la catalogación auxiliar serán grandísimos para gentes de toda condición. Para el vulgo, a quien ella dispensará de idas y venidas por las páginas numerosas del léxico oficial; para los cultivadores del arte literario en cualquiera de sus géneros, porque desplegará a su vista, como abanico, la colección completa de voces análogas, de modo que en la elección ejerciten cómodamente su buen gusto; y muy señaladamente, aprovechará para los filó-

logos, a quienes facilitará sus estudios de semántica y sus operaciones de crítica, de expurgo y de complemento, haciendo llanas las confrontaciones de los vocablos y patentes las deficiencias de la recapitulación, cual el Sr. Casares, gran perito, lo explica y lo encarece.

Porque me hallo conforme con esta parte principal de su discurso, también deseo y espero que la Academia, cuando den lugar para ello los otros trabajos que con ahinco extraordinario tiene emprendidos, aplique su solicitud profesional a la catalogación analógica. Mucho le valdrá para ordenarla la preparación aventajada de nuestro nuevo compañero, en quien no deberá amortiguarse el entusiasmo, aunque advierta que la nueva obra no sustituye, ni arrincona, ni deprime, a la que venimos guardando por herencia secular. Completándose ambas recíprocamente, merecerán a la par el cuidado perenne de la Corporación.

¡Quiera Dios haber mejorado las horas al arte de catalogación analógica, para cuando venga oportunidad de acometer nosotros la tarea! Hace el Sr. Casares luminosa muestra de las ajenas tentativas y del fruto que rindieron. Sería redundante segundar su examen crítico de los sistemas ensayados hasta el día; los halla él erizados de inconvenientes. Confiesa que todavía no ha conseguido trazar por su propia cuenta otro plan que le satisfaga; pero no desmaya, y, a reserva de proseguir sus estudios, compendia en una conclusión eliminatoria la enseñanza que logró cosechar. Sabe tan sólo, y lo da por suficientemente averiguado, *cómo no ha de ser la catalogación;* no ha de ser científica, ni filosófica, ni natural.

Con esto se coloca él y nos pone a nosotros, al pie del repecho más áspero del camino. Se necesita un atinado plan de distribución, según analogía de conceptos, a falta del cual habría que desistir del intento. He discurrido hasta aquí dentro de la hipótesis de tenerlo ya conseguido a todo nuestro contento; mas para convertir en realidad este supuesto, siquiera sea con rebajas razonables en la perfección, se habrán de andar jornadas fatigosas.

Una parte hay en el léxico que es muy adecuada para formar grupos homogéneos. Las palabras que lisa y llanamente denominan

objetos materiales, cualidades, cantidades, y otros semejantes conceptos, atinentes así al orden físico como al inmaterial (conceptos que me atrevería a llamar «estáticos»), participan de la realidad inconfundible de las cosas que denotan o expresan, y son, como ellas, fáciles de clasificar. De puro mantenerse distintos estos significados, parece que automáticamente se sitúan, como por su propio peso, en casillas determinadas, de aquellas que no podrán faltar en una cualquiera distribución por materias. A causa de esto mismo, cuando se delibera acerca del tema actual, tienen escasa virtud persuasiva los ejemplos que se sacan de entre denominaciones tan ingénuas y tan estadizas, toda vez que no de éstas solas se trata, sino que la clasificación ha de abarcar todo lo restante del vocabulario.

Esta primera zona de él, no es, sin embargo, tan extensa ni tan llana como a primera vista parece. Abundan las palabras que, teniendo significados genuinos muy definidos y de común notoriedad, sirven también para expresar cosas diferentes, tal vez del todo inconexas con las que corresponden a aquellas acepciones. Los artículos del diccionario en que estas últimas son numerosas, muestran cuán frecuente es y qué extremos alcanza la heterogeneidad, como vosotros lo tenéis harto sabido. Existen además, y no en corto número, vocablos que, a causa de ser diferentes sus etimologías, están repetidos de seguida, y expresan otras tantas veces, respectivamente, cosas o ideas desligadas unas de otras. La pluralidad de significados que, en todos los dichos casos, están atribuídos a una idéntica expresión verbal, obligará a repetir la palabra en todos los grupos analógicos a que aquellos corresponden; grupos que estarán diseminados, sea la distribución cual sea. He aquí una categoría, razonablemente copiosa, de vocablos con respecto a los cuales la catalogación analógica opera a la inversa de su propio capital designio; el orden del alfabeto junta lo que se dispersará en razón de los significados. Si se les halla, como los tenemos ahora, reunidos en el lugar que corresponde a la única expresión verbal, la persona que consulta el diccionario deshace prontamente toda confusión; pero luego que estén diseminados, ninguno de los grupos analógicos informará al lector de aquella pluralidad. Si cada vez se reiteran tan-

tas referencias cuantos son los sentidos de la palabra, la indagación del lector se complicará y se obscurecerá.

Existen conceptos abstractos que aisladamente se definen con precisión y claridad, pero que se diversifican en razón de las aplicaciones que admiten; de suerte que el significado de las palabras que a conceptos tales corresponden, resulta más relativo que intrínseco, y por ello mismo, fluctuante. Admiten las palabras sentidos traslaticios que las hacen denotar cosas distintas de las que con ellas se expresan cuando se las emplea en su acepción primitiva, o más propia y corriente. Está enriquecida nuestra lengua con innumerables metáforas, a las cuales transfirió el uso común desde el dominio de la retórica al de la lexicografía, compendiándolas y convirtiéndolas, vez por vez, en acepción figurada de una sola palabra. Bien se vé, con todas estas indicaciones, que nos hemos alejado de aquella primera zona del vocabulario, que expresa conceptos simples, inertes, quietos. Los de ahora aletean, se entrecruzan, se trastruecan o se subordinan al contexto, permaneciendo una misma la enunciación verbal; y al perder ellos su reposada regularidad, ha de complicarse una catalogación que esté basada en analogías o coincidencias del elemento que, dentro de la conexión entre el concepto y la palabra, se hace tornadizo.

De manera alguna que pueda traducirse en norma o en ley, se acompasa la coexistencia de las acepciones figuradas junto a las directas y propias. Provienen aquellas de la fantasía popular, o del ingenio literario cuando tuvo aceptación general; unas sugeridas por la observación sagaz, que se aplica a las cosas o a los hechos; hijas otras de la fantasía, que es poco escrupulosa para sus ayuntamientos, o inspiradas por la agudeza mental, o por el espíritu festivo, o por la malicia. Una tal muchedumbre de comparaciones abreviadas, de pinceladas sintéticas, de insinuaciones picantes, de vuelos imaginarios, alocados y hasta extravagantes; de alusiones, tal vez, a lances efímeros que se olvidaron, perdurando, no obstante, en el léxico su huella ya inexplicable; una tal behetría de originalidades desmandadas y ariscas, se caracteriza cabalmente por la azarosa diversidad del ligamen entre el significado imaginario y el directo de cada

palabra. Quedan ambos, a veces, en visible contacto; otras veces apenas se vislumbra la conexión, a causa de ser muy tenue o muy recóndita; también a causa de la lejanía entre uno y otro término, y acontece entonces que la originalidad atrevida de este enlace remoto o insospechado, es lo que comunica más viveza y más énfasis a la expresión metafórica consagrada por el uso. En nuestro tesoro paremiológico abundan los ejemplos de ello.

Con no menor desenvoltura, el uso, árbitro supremo del lenguaje, ha troquelado y estatuído, sin guardar regla ni simetría, las sustantivaciones, los modos adverbiales y las frases hechas, pertenecientes casi todas al lenguaje familiar. En estos modos desgobernados de hablar, las palabras toman significados excepcionales, peregrinos en algunos casos, vinculados, quizá, al acompañamiento de otro determinado vocablo; a veces inverso, y siempre diferente del que como propio y directo les pertenece.

Conviene, naturalmente, nuestro colega en la gran estimación que merecen estos modos adverbiales, frases hechas y proverbios; y si lo considera despacio, a causa de la heterogeneidad espiritual que observará en unos y en otras, conocerá que no cabe facilitarle al vulgo la busca, si no se le ofrecen catalogados alfabéticamente, según el método que tenemos establecido, u otro semejante a él. De los refranes tan sólo admite el Diccionario aquellos (son, incomparablemente, los menos) que amplían o confirman el léxico; en cambio, se debe acrecentar siempre, tendiendo a completarlo, el acopio de los modos adverbiales y de las frases, porque varían o matizan los ordinarios significados de sus términos. Son éstas las inflexiones más geniales y castizas de nuestra habla; son las elocuciones más efusivamente imbuídas del espíritu popular; centelleantes, cálidas, lacónicas, enfáticas, pintorescas, felicísimas. Despliegan sin melindres gramaticales, en desarreglada dinámica, impulsos mentales y ráfagas patéticas, que alientan a la multitud anónima, autora principal de esta maravilla sobrehumana que denominamos «lenguaje»; y a causa de ser tal su origen y tal su condición, habrá de resultar árduo el conato de encerrarlas en una cuadrícula, y sujetarlas a clasificación; porque este solo nombre denota lógica, método y simetría.

Al formar grupos de palabras en razón de sus significados, se verán mariposear alocadamente, sobre el casillero distribuidor, los miles y miles de genialidades venturosas que han roto (haciéndolo de manera intermitente, por añadidura), la correspondencia ordinaria entre el vocablo y el concepto. En las frases y en los modos adverbiales que formuló el uso común, a guisa de troquel, y que guardan las fragancias más exquisitas del habla popular, no tan sólo es frecuente hallar trabucada esta ordinaria relación; además, el significado de una palabra suele depender de la cercanía de otra; a tal punto, que el sentido se altera, se invierte o se disipa, si el acompañamiento falta, si se antepone viniendo pospuesto o, si, estando delante, se pospone. Para que resulte provechosa la catalogación del vocabulario según la analogía de los conceptos, habrá de hacerse tan metódicamente que ella venga a ser el método mismo; la rigidez y la uniformidad simétrica forman parte principal de su esencia; y sus disciplinados e inexorables alineamientos han de sentarle mal al lenguaje, que traduce, no sólo la variedad que es ordenada, aunque inmensa, de la naturaleza, sino también las intimidades imponderables del alma y del albedrío humanos; de los individuos, de las colectividades y de las generaciones. Sucesivamente imprimieron todos en él las huellas de sus exaltaciones, de sus arrebatos, de sus extravíos y de sus glorias. Si el lenguaje no mostrase una ingénita repugnancia al acuartelamiento riguroso y acompasado dentro del casillero, carecería de su nativa idoneidad para plegarse a todas las inflexiones del pensamiento, de la fantasía, de la pasión y de la vida.

No se entienda, sin embargo, que retiro mi adhesión a una buena parte de las ideas expuestas con admirable brillo por nuestro nuevo compañero. Señalar la aspereza del empeño no es disuadir de acometerlo. Confiemos en que se hallará modo de vencer las dificultades, y dispongamos nuestro conato para cuando nos llegue la ocasión. Lo que en la presente estimé que me cumplía es juntar mis alabanzas del diccionario analógico con las que el señor Casares rendidamente le tributa; mostrarme convencido, pues realmente lo estoy, de que cuando se haya dado cima a la nueva obra,

el actual diccionario alfabético, en vez de desmerecer, alcanzará redoblada valía, y resultarán ensanchados sus ministerios lexicológicos y literarios; advertir, en fin, que existen sobrados motivos para que sea dificultoso y lento el avance, como lo manifiesta el señor Casares, aun hallándose él dotado de pericia tan extrema y estando tan decidida su voluntad.

Para ejercitarla en esta casa, donde con fraternal afecto le acogemos, llega en sazón muy adecuada. ¡A fe que ninguna otra dejaría de serlo!; porque la perpetuidad de la Academia se corresponde con la permanencia y con la extensión indefinida de su privativo ministerio. Antes que acabe de cumplirlo, habremos fenecido nosotros y muchas generaciones más de sucesores nuestros. Lo que ambicionamos (y más no cabe), es incorporar al acervo secular todo aquello que individual y corporativamente tengamos a nuestro alcance.